Los siete silenciosos
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
MUERTE A MEDIANOCHE

Una desapacible llovizna barría aquella noche la calle Ochenta y uno.

Envolvía la mustia figura de un hombre de edad, que se detuvo ante una casa de piedra. Se apoyaba en un bastón de puño de plata y llevaba el cuello de su grueso abrigo subido hasta las orejas. Sus delgados y resecos labios se movían silenciosos en continuo murmullo.

Haciendo repentino esfuerzo, ascendió los escalones ladeándose como un crustáceo. Su dedo tembloroso oprimió el pulido botón del timbre.

La puerta se abrió dando paso. El viejo entró en un vestíbulo oscuro sin decir palabra. La persona que acudió a abrir, a juzgar por su respetuosa compostura, era un criado.

Silenciosamente tomó el sombrero y el abrigo del viejo. Luego empujó una puerta corrediza que se deslizó por un entrepaño del vestíbulo y permaneció en la misma actitud de respeto mientras su dueño entraba. Dos hombres esperaban en el aposento.

Uno de ellos era joven y bien parecido. El otro, que acaso había pasado de los cuarenta, era afable y vestía un smoking impecable. Fumaba un cigarrillo que ardía al final de una larga boquilla. Sus maneras desenvueltas contrastaban con el nerviosismo de su joven compañero.

Ambos se levantaron para recibir al recién llegado. El joven habló con rapidez:

-Celebro que haya usted venido, mister Marchand-dijo con cierta ansiedad.

-Pensé que sería mejor regresar, Willis-replicó el viejo, displicente.

Miró con atención al joven. Luego se volvió al del smoking y le contempló interrogador.

-¿Qué te trae por aquí, Paget? - preguntó.

El interpelado retiró la boquilla de su boca.

-Me enteré de su vuelta, míster Marchand-afirmó tranquilo-. Supuse que le gustaría verme esta noche.

-Willis-dijo con brusquedad el viejo-. Te encargué que no dijeses a nadie nada.

-Pero míster Paget sabía lo del intento de robo con escalo -explicó el joven -. Estuvo aquí aquella noche; pasaba por casualidad. Pensé que él...

-Muy bien - interrumpió Marchand-. ¿Quién más está enterado?

-Sólo Oscar.

El viejo se volvió hacia la puerta. El silencioso sirviente acababa de entrar.

Marchand le miró sin despegar los labios.

Algo en los ojos de Marchand indicaba que estaba preguntando si era cierta la afirmación de Willis. Oscar recogió la mirada y asintió corroborador.

Satisfecho, el viejo se sentó en un cómodo sillón. Willis y Paget tomaron asiento también. Oscar quedó de pie junto a la puerta.

-Cuéntame lo que hay acerca de ese particular - dijo Marchand.

-Hace una semana - comenzó Willis, vacilante -, ocurrió algo que...

-¿Hace una semana? -preguntó vivamente Marchand.

-Sí, hace una semana - replicó Willis-. Aquélla fue la primera vez. Pero nosotros entonces no sospechábamos nada...

-¡Hum! - interrumpió el viejo-. Sigue...

Marchand se revolvió en la silla y contempló a Oscar, el criado.

De este modo obtenía el testimonio de dos hombres, pues observaba cualquiera expresión del de Oscar y al mismo tiempo escuchaba a Willis.

-Cuando usted se marchó, míster Marchand - siguió Willis-, Oscar y yo obedecimos todas sus instrucciones. Yo desempeñé mi cargo de secretario suyo. Oscar atendió a sus deberes de criado. Uno de nosotros estaba siempre en la casa.

»Una semana se cumple esta noche-el joven miró al viejo reloj que descansaba en la repisa de la chimenea-casi en este mismo instante, y precisamente antes de las doce. Oscar llamó a la puerta de mi cuarto, donde estaba yo trabajando.

»Me habló en voz queda y me dijo haber oído un ruido abajo. Descendimos juntos las escaleras y registramos con detenimiento la casa. No había nadie.

»Pensé que Oscar se habría confundido con algún ruido del exterior. Por último, también él creyó lo mismo.

Oscar afirmó con ligero movimiento de cabeza, mientras Willis hacía una pausa.

-Hace dos noches - continuó el secretario-, Oscar llamó a mi puerta otra vez, después de haberme retirado a descansar. Me cogió del brazo cuando llegué al vestíbulo.

»Escuchamos. Ambos oímos ligeros ruidos que llegaban de la fachada de la casa...

-¿Procedentes de mi cuarto? -inquirió Marchand.

-De su habitación, sí, señor. Antes de que pudiésemos actuar, la puerta de su cuarto se abrió. Por el suelo del vestíbulo rastreó la luz de una linterna y acto seguido desapareció.

»Pero, como si le favoreciese la suerte, el hombre que llevaba la luz debió de vernos en su seguimiento. Alcanzó la escalera antes de que nosotros llegáramos. Encendí las luces cuando llegamos al primer piso.

»El hombre había desaparecido; pero momentos más tarde oímos ruido en la parte trasera del vestíbulo. Corrimos hacia allí y encontramos abierta la ventana. ¡El hombre había logrado escapar!

-¿Qué hicisteis entonces?

-Corrí a la puerta principal y salí a la calle. Vi pasar un policía. Entró en la casa con Oscar, después de ordenarme que telefonease a la comisaría. Vino una patrulla y se nos reunieron varios policías. No pudimos encontrar et menor rastro del hombre.

Willis terminó su relato y esperó el comentario de Marchan. El viejo contemplaba todavía a Oscar. De pronto, su mirada se volvió a Paget.

El hombre vestido de smoking parecía indiferente a la conversación.

Marchand le miró; estaba metiendo otro cigarrillo en su boquilla.

-¿Qué sabes del intento de robo, Paget? - preguntó Marchand.

-No mucho, mister Marchan-replicó el hombre. Hizo una pausa para encender su cigarrillo-. Pasaba por aquí en mi auto aquella noche. Bajo con mucha frecuencia por la calle Ochenta y uno para ir a mi casa.

»Vi el coche de la policía. Entré y me unía Willis y a Oscar.

»Supongo que huiría antes de que tuviese oportunidad de robar nada.

-La puerta de su habitación estaba abierta, señor-dijo Willis de pronto-. En aquellas circunstancias me tomé la libertad de entrar. Oscar me veía desde la puerta. El ladrón no había hecho nada contra la caja ni el armario. Su mesa parecía no haberse tocado.

»Creo que míster Paget tiene razón. De todos modos, examinamos el asunto y consideramos aconsejable telegrafiarle a usted.

-Todo queda explicado, Willis - dijo Marchand conciso-. Pero ahora dime: ¿cómo entró el ladrón en mi habitación? ¿Rompió la cerradura?

-No, señor. Debió abrir con un modelo especial de llave. Después de inspeccionar el cuarto, cerré la puerta. El pestillo se cerró automáticamente.

»Nadie ha entrado en la habitación desde entonces.

Sonó el timbre. Oscar salió del aposento. Regresó anunciando una visita.

-Hazlo pasar - ordenó el viejo.

El doctor Lukens entró.

Marchand no se levantó para recibir a Lukens; pero el médico se acercó decidido. Evidentemente era un amigo de Marchand de toda la vida.

-¡Henry! - exclamó.

Estrechó la mano de Marchand; luego, su mirada amistosa se trocó en gesto de preocupación profesional.

-¿Estás en buena salud?

-Pasable - replicó Marchand con agria sonrisa-. He hecho hoy un largo viaje. Este corazón débil objeto de tus prevenciones, no es demasiado bueno. Te telegrafié que vinieses por si te necesitaba.

»Puedes quedarte un poco; pero dudo que necesite ningún tratamiento médico.

El viejo se levantó de la butaca y fue hacia la puerta con su paso cojeante.

Se apoyó en el bastón cuando llegó al rellano.

-Voy arriba - anunció-. Estaré en mi habitación un rato. Podéis esperar aquí mientras vuelvo.

Sacó una llave del bolsillo y subió la escalera.

Hubo un silencio forzado después de la salida de Henry Marchand.

Bien se veía que Willis estaba inquieto. Su rostro expresaba la preocupación de su naturaleza recta y escrupulosa. Confiaba que Marchand no encontraría nada malo en el cuarto que el viejo consideraba como un santuario.

Oscar estaba impasible como siempre. Paget parecía indiferente.

El doctor Lukens, ignorante del asunto que se había discutido, se sentó en una butaca y encendió un cigarro, satisfecho de esperar el regreso de Marchand.

Willis miró a Paget. El hombre vestido de smoking se encogió de hombros.

Esto dio ánimos al joven secretario.

Paget había empequeñecido el asunto del intento de robo. Sabía, lo mismo que Willis, que Henry Marchand tenía muy pocas cosas de valor en la casa.

La caja de caudales del cuarto del viejo encerraba únicamente un heterogéneo montón de papeles. Willis los había ordenado bajo la dirección de su principal antes de que se fuese Marchand. De ahí que la actitud de Paget expresaba esta idea: <¿Por qué preocuparse?>.

Transcurrieron los minutos. No hubo el menor intento de conversación.

Todos los que estaban en el aposento de abajo parecían satisfechos con sus propios pensamientos. Diríase que estaban impregnados del espíritu sombrío que fluctuaba sobre la antigua casa.

El reloj de la chimenea dio la doce.

-¡Medianoche! - exclamó el doctor Lukens-. No tenía la menor idea de que fuese tan tarde. Me proponía estar aquí sólo hasta poco más de las once. ¡Bien, bien! Esperaba una importante llamada telefónica. Debo regresar a casa muy pronto.

El médico se puso nervioso. Echó una mirada al reloj, y luego hizo señas a Oscar.

-Me he de marchar en seguida - dijo-. Oscar, ¿quiere usted subir y decirle a míster Marchand que no puedo esperar más? Acaso baje inmediatamente.

El criado asintió con un movimiento de cabeza. Salió del cuarto. El doctor Lukens le siguió y le vio subir las escaleras. Se le oyó llamar en la puerta de arriba. Una pausa, otra llamada.

Oscar bajó las escaleras. Willis, con súbita inquietud, se unió al doctor Lukens en el vestíbulo. Paget se levantó tranquilamente y les siguió.

-No contesta, señor-dijo Oscar.

Willis subió de dos en dos los peldaños de la escalera. Los otros fueron detrás y encontraron al secretario escuchando junto a la cerrada puerta de la habitación.

Willis llamó dos veces. No hubo respuesta.

-¿Estás seguro de que se encuentra dentro, Oscar?

El criado afirmó, moviendo la cabeza.

-Entonces es que algo ha ocurrido. ¿Qué hacemos?

El doctor Lukens resolvió la cuestión.

-Echemos la puerta abajo - ordenó.

Paget entró en acción. Con fuerza sorprendente, lanzó su cuerpo contra la puerta, pero ésta no cedió. Oscar se marchó corriendo y regresó con un pesado martillo.

Paget cogió la herramienta y dio unos cuantos golpes bien dirigidos contra la cerradura. Abolló el metal sin resultado. Entonces, cambiando de táctica, dio con el martillo contra el paño de madera de encima de la cerradura. Por la abertura que hizo metió la mano y abrió la puerta por dentro.

Willis, incapaz de contenerse, empujó a los otros a un lado al lanzarse dentro de la habitación.

Henry Marchand estaba sentado en un sillón ante su mesa de trabajo. La cabeza y los hombros descansaban encima del escritorio. El brazo izquierdo lo tenía extendido y con los dedos separados. Su brazo colgaba inmóvil.

El cajón superior de la mesa estaba abierto. En él se veía un sobre sellado.

El doctor Lukens avanzó hacia la contraída forma de Henry Marchand. Los demás retrocedieron.

Willis, con fieros y asombrados ojos miró a su alrededor como inspeccionando las sólidas y cerradas ventanas. Paget permanecía silencioso junto a él, con la boquilla en la mano.

El médico levantó la cabeza y se volvió al grupo expectante. Apenas parecía verlos o darse cuenta de su temor. Sus labios temblaban como si quisiese hablar, pero no salió de ellos palabra alguna.

Luego, de pronto, recobró la voz y habló. Lentamente profirió palabras en las que al dolor del amigo, se mezclaba la notificación del médico profesional;

-¡Henry Marchand ha muerto!

CAPÍTULO II
LA AGUJA HUECA

El cuerpo de Henry Marchand había sido retirado de allí; por lo demás, la habitación era la misma. Sus luces anticuadas todavía dejaban caer su luz fantasmal sobre la escena.

Más allá de la puerta, por donde los cuatro hombres habían forzado su camino, una mortecina luz del vestíbulo revelaba a un hombre bajo y moreno que parecía estar esperando a alguien. Era el detective José Cardona, detective español agregado a la policía de Nueva York.

Se oyeron pasos en la escalera. El detective escuchó. Levantó su mano dando la bienvenida a un individuo alto y ancho de hombros que llegaba al rellano.

El recién llegado era el superior de Cardona, el inspector Timoteo Klein.

Ambos hombres entraron en la habitación. De modo breve y profesional, Cardona relató las circunstancias de la muerte de Henry Marchand. Después señaló al cajón abierto en la mesa. Sacó el sobre del cajón y extrajo un papel doblado.

-El sobre estaba sellado-explicó el detective-. Yo lo abrí. Esto fue lo que encontramos dentro.

El inspector Klein examinó el papel. Aparecía lleno de una serie de extraños signos ininteligibles.

-Una clave - recalcó el inspector.

Cardona asintió y dijo: -Pero no puedo sacar nada en limpio de esto.

El inspector alargó el papel a Cardona, quien lo metió en el bolsillo con el sobre.

-¿Qué más ha averiguado usted? - preguntó Klein.

Cardona aludió a un informe escrito.

-Habían aquí cuatro hombres, cuando Marchand dejó de existir -dijo-. Los cuatro entraron juntos en la habitación. Hemos registrado la casa de arriba abajo. De haber habido alguien en ella, se hubiese encontrado.

»Marchand murió aquí y solo. He interrogado a los testigos, separadamente y juntos. También he sabido hechos de cada uno de ellos. Todos parecen personas de confianza.

Cardona se detuvo y extendió cuatro hojas de papel sobre la mesa. Tomó una silla y prosiguió con más detallada información.

-Oscar Schultz - leyó-. Criado de Henry Marchand durante más de veinte años. Considerado de confianza y honrado. Dice muy poco y contesta rápido a las preguntas, aunque con brevedad.

El detective leyó las referencias de la segunda hoja.

-Harvey Willis-dijo-. De veintiocho años de edad. Secretario de Henry Marchand durante dos años. Parece verdaderamente anonadado por la muerte de su principal. Tipo débil, pero honrado. Ha seguido siempre al pie de la letra las instrucciones de Marchand.

Klein arqueó las cejas cuando Cardona leyó el tercer nombre.

-Rodney Paget - dijo el detective-. Un amigo de Henry Marchand...

-¿Se refiere usted al joven clubman?-interrumpió Klein-. ¿Al jugador de polo?

Cardona afirmó y explicó: -No es tan joven. Tendrá unos cuarenta años.

-Me rejuvenezco unos cuantos años-contestó el inspector con una sonrisa-. EL joven Paget viene de buena familia. Hace treinta años yo conocí a su padre. Siempre estuvo bien considerado.

»Es Rodney, el joven, ¿verdad? Tiene buenas relaciones, pero no creo que heredase mucho dinero. ¿Qué relaciones tenía con Marchand?

-Paget está relacionado con un agente de cambios. Manejaba valores por cuenta de Marchand. Vino aquí esta noche a ver al viejo.

-Muy bien. ¿Quién es el cuarto?

-El doctor George Lukens.

-Del Hospital Telman - gruñó el inspector.

-Era el médico de cabecera de Marchand - explicó el detective-. Vino aquí esta noche después de recibir un telegrama de Marchand. El viejo no se encontraba bien. Quería que el médico estuviese aquí cuando llegase.

-Buen grupo de testigos - comentó Klein.

-Más todavía - declaró Cardona-. Fueron verdaderos testigos instrumentales al llamar a la policía inmediatamente después de la muerte de Marchand.

»Este caso les intriga tanto como a mí. Si hay indicios en la muerte de Marchand, sea cual fuere su causa, el hecho es que han facilitado importante información que puede ser valiosa.

-¿Por ejemplo?

-Empecemos por Lukens.

»Marchand tenía débil el corazón. Acababa de regresar de un largo viaje. Lukens, como médico suyo, pensó al principio que la muerte de Marchand tenía por causa un colapso cardíaco. »Con otro doctor, ahí hubiese terminado el asunto, probablemente. Pero Lukens es tan meticuloso, que buscó algo más.

»Conferenció con el médico de la policía. Llamaron a un toxicólogo. Están convencidos de que la muerte de Marchand fue causada por algún veneno poco conocido. Todavía no han descubierto de qué manera fue aplicado.

El inspector Klein recorrió con la vista la habitación, como buscando algún lugar donde una persona pudiese estar oculta. El detective sonrió.

-Hemos registrado a conciencia-dijo-. Willis y Oscar nos ayudaron. Tuvimos suerte de que lo hiciesen. ¿Ve esa puerta cerrada?

El inspector afirmó.

-A menos que dé dos vueltas al pomo antes de abrir la puerta -dijo Cardona -recibirá en la cara un chorro de gas lacrimógeno. Una ideíta de Marchand. También tenía un timbre de alarma conectado con el pomo de la caja de caudales.

-¿Y la mesa?

-Sin proteger. Pero vea la ingeniosa construcción de este cajón.

Cardona empujó el cajón hacia dentro. Se oyó un chasquido. EL detective se echó hacia atrás instintivamente. Después contempló atento la mesa.

-¡Mire! -exclamó-. ¡Es más ingenioso de lo que yo pensaba! Sin embargo, ¿qué ha ocurrido con el cajón?

El compartimiento había cerrado con tal perfección, que ni el inspector ni el detective podían encontrar las junturas en la madera.

-Ni Oscar ni Willis conocían este cajón-dijo Cardona-. Lo cerré yo antes, pero no tan adentro.

»Ahora lo he cerrado. ¿Cómo demonios vamos a abrirlo?

-Luego lo veremos - dijo secamente el inspector-. ¿Nada más?

-Sí - contestó Cardona, separándose de la mesa-. Fue Willis quien llamó a la policía. Él y Oscar creen que en la casa entraron dos veces durante la ausencia de Marchand.

»La primera vez, Oscar oyó ruido abajo. La segunda vez, descubrieron a un hombre en esta habitación. El ladrón escapó por una ventana abierta del piso bajo. No pueden describirlo.

»El segundo intento les hizo avisar a Marchand para que regresase.

-¿Por qué?

-Porque el viejo no quería que nadie entrara en este cuarto.

-¿Por qué?

-No lo sabemos, a menos que la explicación esté en la clave que encontramos en el cajón. He rastreado la carrera de Marchand. Está por encima de todo reproche. No tenía enemigos.

»Se retiró del negocio de lanas hace veinte años. Desde entonces había aumentado su capital con provechosas inversiones.

»Willis está familiarizado con todos sus negocios y eran muy sencillos.

-Si aquí no había nada-observó Klein-, ¿por qué entró el ladrón?

-Se sabe que Marchand poseía algunas joyas valiosas-dijo Cardona-. Las gemas pertenecieron a su difunta esposa. No se guardaban aquí. Están en una cámara acorazada.

»Mi teoría es que el ladrón creía que estaban en alguna parte en este cuarto; sin embargo, no trató de forzar la caja.

-¡Hum! -observó el inspector-. Quizás ambas veces fue descubierto antes de poder llevar a cabo una rebusca completa.

-De todos modos, no acierto a colegir la relación entre esos intentos de robo y la muerte de Marchand - dijo Cardona-. Willis cree que puede haber una relación, pero no tiene ninguna teoría. No obstante, llamó a la policía.

-Muy bien-dijo el inspector-. Ahora nos ha vuelto usted al punto inicial: La muerte de Marchand. Todo lo demás es superfluo por ahora.

»¿Cómo fue envenenado Marchand? Eso es lo que tenemos que averiguar.

El inspector se levantó y paseó por el cuarto. El detective Cardona le miró con admiración.

José Cardona era considerado como el detective más listo de Nueva York; pero sabía que su verdadera habilidad no podía compararse con la del inspector Timoteo Klein. El superior de Cardona era un hombre que, basándose en simples hechos, llegaba al corazón del crimen. Reducía todos los informes a su mínima expresión antes de actuar.

El inspector se detuvo. Señaló la mesa.

-Abra ese cajón secreto otra vez-ordenó.

Cardona inspeccionó la mesa. Pasaba las manos por los lados, buscando algún resorte que cediese. Sus esfuerzos fueron inútiles. Abrió un cajón ordinario en el centro de la mesa.

-Quizá haya aquí alguna llave-manifestó.

Entre otros objetos encontró un par de dados.

-Mírelos-dijo-, marcan siete.

-Siete-comentó el inspector, cogiendo los dados-. Han habido muchos crímenes en los cuales ha figurado el número siete. ¿Se acuerda de aquel robo del Banco en que dejaron siete peniques en la caja?

-Acaso la misma banda tiene algo que ver en esto.

-Alejémonos de vagas teorías, José-dijo el inspector-. ¿No hay señales de ninguna llave, todavía?

-Aquí hay un dedal-dijo Cardona. El inspector cogió el objeto. Era un dedal con baño de plata que estaba entre un montoncito de sujetapapeles.

-¡Hum! - gruñó el inspector-. Es curioso encontrar esto en la mesa de un hombre viejo.

El detective no replicó con ningún comentario. Cerró el cajón. Pasó la mano a lo largo de la mesa, siguiendo una línea donde sabia que el compartimiento secreto debía estar.

Se detuvo cerca de la parte posterior de la mesa. Sus dedos estaban sobre una moldura ornamental dividida en secciones. Cardona dio un golpe y notó un movimiento en la labrada madera.

Al apretar hacia arriba el pequeño segmento de moldura, se deslizó revelando debajo un agujero. Cardona quitó la mano: el segmento cayó.

-¡Mire! - exclamó el detective.

El inspector miró por encima de la mesa.

-Fíjese-dijo Cardona -, yo deslizo hacia arriba esta pieza de moldura, así. ¿Ve? De nuevo cae hacia arriba. Ahora la sostengo con un dedo; luego meto el otro dedo en la abertura de debajo y...

El potente puño del inspector Klein descendió sobre la muñeca del detective. El brazo de Cardona cayó separándose de la mesa.

El detective miró al inspector asombrado, como se mira al hombre que se ha vuelto loco de repente.

-¿Qué ocurre? - rugió, incapaz de contener su ira.

El inspector le alargó el dedal.

-Póngase eso en el dedo-dijo-. Entonces meta el dedo en el agujero cuando levante la moldura.

EL detective obedeció, pensativo. Cuando apretó con el dedo que llevaba el dedal, el compartimiento secreto apareció de pronto en la parte delantera de la mesa.

-¿Notó algo? - preguntó Klein.

-Sí - contestó el detective, todavía preocupado. Miró al dedal-. Me pareció como si hubiese tropezado con metal.

-¿Tiene alicates? - preguntó el inspector.

Cardona se buscó en los bolsillos y sacó unas pinzas.

-Servirán -dijo Klein.

Se inclinó sobre la mesa y levantó la moldura movible con el pulgar de la mano izquierda. Sosteniendo las pinzas con la derecha, las introdujo en el agujero de debajo de la moldura.

Se oyeron ligeros chasquidos; luego el inspector dobló la mano y sacó las pinzas.

Alzando el instrumento hasta la luz, reveló una puntita de metal corta y delgada, aprisionada por las pinzas.

-¡Es como una aguja! - exclamó Cardona-. Parece la aguja de una máquina de coser.

-Es una aguja-dijo el inspector tranquilamente-. Mire la punta. Una aguja hueca con una punta muy afilada. Sólo el dedal impidió que le agujerease el dedo...

El inspector se detuvo para mirar fijamente a Cardona.

-Si no llego a ponerme el dedal... - fueron las palabras del detective.

- ... ¡Hubiese usted muerto como murió Marchand!

CAPÍTULO III
LA SOLUCIÓN DE KLEIN

El inspector Timoteo Klein estaba en el centro de la habitación de Marchand. Con las manos a la espalda, observaba a un grupo de hombres reunidos ante él.

EL grupo comprendía a los cuatro que habían encontrado el cadáver de Marchand. Con ellos estaban el médico de la policía y el toxicólogo, quienes habían sido llamados por el doctor Lukens.

José Cardona se encontraba tras ellos apoyado contra la pared.

-¿De manera que encontraron ustedes la señal en el dedo de Marchand?-preguntó Klein.

-Sí - replicó el doctor Lukens-. En el dedo índice de la mano derecha. Pero no logro explicarme cómo pudo producirse. Me tiene muy intrigado.

El inspector sonrió al mirar a los presentes. Todos parecían aturdidos, excepto el toxicólogo.

-Indíqueselo, José - ordenó Klein.

EL detective se adelantó. Separó la mesa de la pared, de manera que el lado quedase frente al grupo.

Con la mano hizo funcionar la moldura movible levantándola con el dedo del corazón e introduciendo el índice en el agujero. Entonces el cajón secreto se disparó saliendo por delante de la mesa.

Los testigos del prodigio se acercaron sorprendidos. Examinaron el aparato mecánico del lado de la mesa. Entonces Klein les hizo retroceder y se dirigió al toxicólogo.

-Mandé a buscar a este hombre sin consultarlo con usted, doctor-dijo a Lukens-. Usted era uno de los cuatro que encontraron el cadáver de Marchand, así que por el momento me permití dejarle fuera del asunto. Quería que él viese lo que podía descubrir en esto.

El inspector exhibió un sobre pequeño del que cayó una aguja hueca sobre la mesa.

-¡No la toquen! -advirtió el toxicólogo-. ¡Contiene un veneno muy fuerte! ¡Causó la muerte de Marchand!

-Cuando Marchand hizo funcionar el cajón secreto-explicó Klein-, se hirió con la punta de la aguja. Por eso murió.

»Este descubrimiento hecho por el detective Cardona y yo, explica la muerte de Henry Marchand. ¡Fue la víctima de su propia trampa!

-¿Su propia trampa? - preguntó Lukens.

-Seguro - replicó el inspector-. Todos sabemos las precauciones que adoptaba: La puerta protegida por gas lacrimógeno; la caja de caudales con alarma.

»El cajón - dio un golpe sobre la mesa - que era lo que parecía más ansioso de guardar, ¡estaba defendido por la aguja envenenada!

Rodney Paget rompió el momento de silencio que siguió.

-Es sorprendente que míster Marchand hiciese semejante cosa. Debería haber tenido inteligencia suficiente para comprender que necesitaba cualquier otro método de abrir el cajón. No parece lógico...

EL inspector sonrió mientras levantaba la mano interrumpiendo.

-Marchand estaba completamente preparado - dijo. Sacó el dedal del bolsillo-. Cardona encontró esto en el cajón. El viejo lo tenía a mano, de manera que podía abrir el compartimiento secreto sin herirse. En realidad, fue este dedal el que impidió que Cardona sufriera la misma suerte de Marchand.

»Por cualquier burla del destino, el viejo olvidó ponerse el dedal. Probablemente fue debido a su estado, después del largo viaje.

El doctor Lukens asintió. Se volvió a Paget como para corroborar la teoría del inspector Klein.

-Puedo comprenderlo fácilmente-dijo el médico-. Míster Marchand era muy olvidadizo. Se me quejaba de ello.

»Cuando llegó a casa la otra noche estaba preocupado. Subió a su habitación deprisa. No es nada sorprendente que olvidase tomar las precauciones de costumbre.

»El documento del compartimiento secreto es evidente que era para él de una gran importancia. Quería convencerse de que estaba seguro. No se dio cuenta del error que estaba cometiendo.

-Quizá tenga usted razón, doctor - concedió Paget-. Míster Marchand acostumbraba olvidar asuntos muy importantes relativos a sus inversiones.

-Willis lo recordará-dijo el médico-. Cuando Marchand instaló el emisor de gas lacrimógeno en el cuarto cerrado, casi lo puso en marcha por equivocación. El mismo míster Marchand me lo contó.

-Sí, señor - dijo Willis-. También tenía contratiempos en el timbre de alarma de la capa de caudales. Olvidó desconectarlo tres veces. Tanto Oscar como yo respondemos de ello.

EL inspector Klein se acercó al secretario.

-¿Sabía usted algo acerca del cajón secreto de la mesa? -preguntó.

-No, señor - replicó Willis.

-¿Y usted? - preguntó el inspector, dirigiéndose a Oscar.

El criado movió la cabeza negativamente.

-Muy pocas personas entraban en esta habitación-dijo Willis-. Míster Marchand me tenía aquí alguna vez cumpliendo mis deberes de secretario.

En ocasiones conferenciaba a solas con míster Paget o el doctor Lukens. Aparte de eso no puedo recordar a nadie más.

El inspector recorrió con la vista el recinto.

-El lugar, por su riqueza, parece ofrecer botín a un violentador de cajas de caudales, y se comprende que uno de ellos intentase el asalto - anunció-. Pero no veo ninguna relación entre los dos intentos de robo y el infortunado accidente que mató a míster Marchand. Por supuesto, fue el telegrama lo que le hizo volver.

Dejó caer la mano sobre la mesa.

-El caso es obvio - declaró-. Muerte por accidente. Las circunstancias eran muy excepcionales. Casi me cuestan perder un hombre-señaló a Cardona con el dedo-pero, al fin, fuimos afortunados.

»El detective Cardona posee abundante información. Sólo necesita que se le facilite el análisis completo del veneno de la aguja nada más.

-Un momento, inspector - dijo el doctor Lukens-. Habló ahora como amigo de Henry Marchand... como su mejor amigo.

»Las circunstancias de su infortunada muerte son, como usted dice, claras. Pero estoy ansioso en extremo de conocer el significado del papel que estaba en el sobre. Creo que contenía un mensaje en clave. ¿No hay manera de descifrarlo?

El detective Cardona sacó el sobre. El inspector se lo alargó a míster Lukens.

-Ya no sirve de prueba-declaró el inspector Klein-. Es un documento personal perteneciente al patrimonio de Henry Marchand. Lo dejaremos en su poder, doctor Lukens.

-Pero yo no puedo interpretarlo-objetó el médico-. Ni sé quién podría hacerlo. Sin embargo me parece importante.

»Un documento tan altamente apreciado por Henry Marchand... por mi antiguo amigo, quien...

-Déjemelo-dijo Cardona tranquilamente-. Sacaré copias fotográficas, doctor, y le devolveré el original.

»Entregaré las copias a algunos peritos. Podrán descífralo casi todo. Ya le comunicaré el resultado más adelante.

-En cuanto a los periódicos... - empezó a decir el doctor Lukens.

-No harán mucha historia del caso-dijo el inspector Klein tranquilizándole-. No es un asesinato, no es ni tan siquiera un suicidio. Muerte por accidente.

»Si alguno hubiese querido matar a Marchand, lo habría realizado mientras se encontraba lejos de aquí. No se entra en las casas como los fantasmas. Eso es lo que dije al detective Cardona.

»Dígame cómo fue envenenado Marchand - le manifesté -, y tendremos la solución. Tenía razón ¿no es cierto, José?

El detective hizo un gesto afirmativo.

De regreso a jefatura, Cardona redactó un informe incoloro con referencia al caso de Henry Marchand. Los aspectos teatrales de la tragedia no le impresionaron. El detective estaba demasiado acostumbrado a la muerte, para ver nada dramático en el hallazgo del cadáver de Marchand.

Había estado intrigado por un misterio y con la ayuda del inspector Klein le había solventado. Ni asesinato, ni crimen. Una combinación infortunada.

Las reflexiones de Cardona sobre el asunto, se referían a su milagrosa salvación. No se preocupó de velar su error. El inspector lo había olvidado al parecer. Esto complacía al detective.

Los periódicos echaron tierra al asunto y Cardona lo redujo al mínimo. Las circunstancias de la muerte eran interesantes y el encuentro de la clave venía a ser un añadido. Pero, como motivada por un accidente desgraciado, la muerte no llegaba a las cimas de lo sensacional.

El nombre de Henry Marchand era poco conocido. El viejo había vivido como un recluso durante muchos años. Por tanto la historia apareció en forma extractada y fue estrujada en las primeras páginas por la emoción de un asesinato de los gangsters, ocurrido la misma noche.

Cardona que esperaba que la prensa no hablase más del asunto, quedó un poco sorprendido al día siguiente, cuando un periodista se le acercó en demanda de una interviú.

Era Clyde Burke, ex reportero que escribía ocasionalmente acerca de algún tema importante. Conocía a Cardona desde hacía varios años.

-Dime, José - inquirió Burke-, ese caso de Marchand fue algo raro, ¿verdad?

-No mucho-replicó Cardona-. Puse el asunto en manos del inspector. Lo aclaró pronto. Muerte por accidente.

-¿Qué hay del mensaje en clave que se encontró en el cajón de la mesa del viejo?

-No nos interesa. Probablemente algunos datos privados que pertenecían a Marchand. Tengo hechas copias fotográficas para que los peritos lo estudien. Lo hice para complacer a un amigo de Marchand, el doctor Lukens, pero las envié todas y di el original a Lukens.

-Me gustaría verlo. Acaso yo pueda descifrar el escrito.

Cardona estaba pensativo.

-Creo que podría recuperar una de las copias y dejártela. Pero no trabajarás ahora para algún periódico, ¿verdad, Burke?

-No, ahora dirijo una oficina de recortes de prensa diaria y revistas.

-Buen trabajo para un periodista. Dame tu dirección, Burke. Te mandaré la copia del mensaje por correo.

-A propósito, José - dijo Burke-. ¿Qué es lo que hay de cierto en ese caso de Marchand? Los periódicos no se mostraron muy explícitos.

EL detective pareció mal dispuesto a hablar; pero apremiado por las preguntas de Burke, le dio uno a uno todos los detalles importantes relacionados con la muerte de Marchand.

Clyde Burke regresó a su despacho. Una vez allí, con la facilidad del periodista entrenado, escribió a máquina los rasgos esenciales del relato del detective. Bajo el informe puso las palabras: «Seguirá copia del mensaje en clave.»

Cardona le había asegurado que la copia fotográfica le sería enviada pronto.

Burke metió el informe en un sobre y cerró éste con lacre.

Salió de la oficina y cogió el metro. Ascendió del subterráneo en la calle Veintitrés. Entró en un viejo edificio pera oficinas, subió las escaleras y se detuvo frente a un despacho oscuro. Las desdibujadas letras que aparecían sobre el cristal de la sucia puerta, llevaban el siguiente nombre:

M. JONÁS

Burke metió el sobre en el buzón para cartas de la puerta.

El trabajo de Burke acababa de terminar. Había servido la historia oculta del caso de Marchand. Su información tenía detalles completos de la solución establecida por el inspector Timoteo Klein.

Pero no se aludía en el informe al par de dados que mostraban el número siete. Los pequeños cubos habían sido olvidados en la teoría del inspector Klein. Habían sido clasificados como cosa en absoluto sin importancia.

CAPÍTULO IV
UN EXTRAÑO VISITANTE

Se oyó el chasquido del interruptor de una luz. Los rayos de una bombilla cubierta por verde pantalla se concentraron sobre la pulida superficie de una mesa.

La luz reveló una hoja rectangular de papel, cubierta de caracteres formados extraña y sinuosamente. Era la copia fotográfica del escrito encontrado en el cajón secreto de la mesa de Henry Marchand.

Junto al escrito en clave, se amontonaban varios papeles. Todo lo demás estaba en tinieblas.

Dos manos blancas y finas aparecieron bajo la luz. Sus dedos rápidos y sensibles distribuyeron los papeles de la pila hasta que la superficie de la mesa quedó cubierta por ellos.

Tales papeles estaban llenos de notas escritas con lápiz. Evidentemente fueron redactadas en un esfuerzo por desentrañar la clave. Representaban horas de trabajo que se había interrumpido y que empezaba de nuevo.

Las manos sacaron una hoja de delgada cartulina cuya superficie presentaba infinidad de agujeros cuidadosamente hechos. Los dedos movieron la cartulina y la pusieron sobre la copia fotográfica del mensaje. Sólo algunos caracteres se veían a través de los orificios de la cartulina.

Las manos trabajaban ligeras, cambiando la posición de la cartulina en un esfuerzo por formar nuevas combinaciones de visibles caracteres.

La clave estaba siendo sometida a una prueba concienzuda. Las manos iban de una a otra hoja de papel, buscando trozos de información que condujesen al resultado deseado.

A veces las manos se detenían y quedaban inmóviles. Entonces, lo más notable que podía observarse en ellas, era una gema que brillaba en un anillo del dedo anular de la mano izquierda.

La piedra era un girasol, esa rara joya llamada a veces ópalo de fuego. Sus profundidades reflejaban intensa luz carmesí que reverberaba cual brasa viva.

Las manos descansaban sobre la mesa; tan inmóviles, que parecían una talla en marfil. El cerebro que las dirigía estaba pensando, intrigado por algún problema que tenía ante sí.

Una mano desapareció y sacó un reloj. El cronómetro, que brilló sobre la mesa, marcaba las diez y cinco.

Pasó tiempo. El reloj señaló la media noche.

Entonces se oyó una risa hueca en la oscuridad, por encima de las manos.

Suave y siniestra, la risa resonó en las invisibles paredes de la habitación hasta que se convirtió en nada más que un murmullo fantasmal.

Las manos actuaron. Recogieron las hojas de papel y las pusieron sobre la copia del mensaje. La mano derecha recogió el reloj. Se oyó un chasquido y la luz se apagó.

Otra vez se oyó la risa. Ella penetró en la sólida negrura. Después el aposento quedó silencioso. El ser que lo había ocupado, se había ido.

Un taxi rodaba por Broadway poco después de media noche. Algunas personas lo llamaron a intervalos, creyéndole vacío. El chófer no prestó ninguna atención, pues llevaba un pasajero.

El hombre que iba en el asiento posterior, estaba sumergido en la oscuridad.

Iba vestido de negro lo que le hacía invisible desde la calle. Su rostro se ocultaba bajo las anchas alas de un sombrero negro.

Su cabeza estaba echada hacia adelante. Sus manos invisibles trabajaban.

Sus largos dedos frotaban sus mejillas en un esfuerzo por cambiar la apariencia del rostro.

El auto paró frente a una casa de color pardo en la calle Ochenta y uno. El pasajero, sin salir del coche pagó al chófer. Abrió la portezuela y salió.

El chófer miró a su alrededor asombrado. Se daba cuenta de que la puerta del coche había sido abierta; ¿pero qué había sido del pasajero? De algún modo misterioso el hombre había desaparecido al tocar con el pie en la acera.

El conductor se encogió de hombros y arrancó.

La casa ante la que se detuvo el taxi era la residencia del difunto Henry Marchand. Sus portones, gruesos y lúgubres y las ventanas cerradas, indicaban que el edificio estaba vacío. Pero había arriba una luz en la habitación que un tiempo fue el santuario de Marchand.

Allí a la mesa de despacho que había usado el viejo, estaba sentado el doctor George Lukens. El médico parecía sumido en profunda meditación. Ante él, se hallaba la desdoblada hoja que contenía el mensaje original encontrado en la mesa de Marchand.

Su frente se surcaba de arrugas mientras en vano examinaba el papel. Los caracteres estrambóticamente formados, parecían letras de un sistema alfabético desconocido. El doctor Lukens se veía incapaz de encontrar un punto de partida. Arrugó el entrecejo.

Olvidando el mensaje por un momento, sacó una carta del bolsillo y la leyó mecánicamente. Puso el dedo sobre un párrafo de la carta.

«Nos ha sido imposible desentrañar la clave-leyó casi en voz alta-. No corresponde a ningún sistema de los conocidos. No tenemos la menor pista en cuanto al sistema empleado. Es algo enteramente nuevo.»

El médico echó la carta a un lado de la mesa. Una vez más empezó el estudio del mensaje original. Murmuró mientras se golpeaba la barbilla.

«Los peritos no pueden aclararlo» -fueron sus palabras-. «Si ellos fallan, ¿qué puedo hacer yo?»

No fue un ruido lo que hizo levantar la cabeza al doctor Lukens. Le obligó a hacerlo, uno de esos extraños impulsos que todos los humanos han

experimentado: la impresión mental de que alguna persona está cerca y observando.

Esta influencia vino a ser tan fuerte en la mente del doctor Lukens, que de pronto olvidó el escrito, se afirmó en la butaca y miró a la derecha. Entonces quedó sobrecogido por el estupor.

Sentado junto a la mesa había un hombre envuelto en una capa negra. Su figura parecía muy confusa en la velada luz de la habitación. Miraba al doctor Lukens y su faz era la más extraña que el médico había visto en su vida. Una exclamación de sorpresa salió de los labios de éste.

El rostro era suave como pergamino. Su expresión, la de una máscara. Los ojos quedaban ocultos por unas gafas de gruesos cristales ahumados.

El doctor Lukens tuvo la impresión de que habían unos ojos extraordinarios tras aquellas gafas; De que el desconocido las llevaba para ocultar el brillo de sus ojos.

-¿Quién es usted? - preguntó el médico.

-Nada le diría a usted mi nombre-replicó el interpelado con tono tranquilo.

-¿Qué hace usted aquí?

-He venido a verle - el desconocido extendió una mano larga y enguantada de negro y la puso sobre el mensaje-, acerca de este particular. Está usted ansioso por aclararlo, ¿verdad?

-No le he oído entrar-contestó el doctor Lukens, fríamente.

-Estaba usted embebido en su trabajo-replicó el desconocido con calma-. No quise molestarle.

El médico se acarició la frente con ambas manos. Se daba cuenta de que había estado bajo una gran tensión nerviosa. Suponía que no había oído al hombre llamar al timbre de la puerta principal.

-Quizá me he sobrecargado - reconoció-. Ahora recuerdo haber dicho a Oscar que hiciese subir a cualquiera que viniese a verme acerca de este dichoso mensaje.

«Debo excusarme por mi brusquedad. He quedado muy decepcionado al ver que nadie ha podido dar con la clave.

El desconocido se inclinó ligeramente aceptando la explicación del médico.

El doctor Lukens le alargó la carta que estaba a un lado de la mesa.

-Creo haber recibido ya respuesta de todos aquellos a quienes se les mandó una copia del mensaje-dijo el doctor Lukens-. Ésta es la última carta recibida. En concreto es igual a todas las demás.

«Ninguno de los peritos ha tenido éxito. Sin embargo, se me ha asegurado que las mayores inteligencias han trabajado en ello.-El desconocido leyó la carta. Asintió con la cabeza ligeramente al informarse de su contenido. Puso la carta sobre la mesa y miró pensativo al doctor Lukens.

-¿Cuál es su opinión? - preguntó el médico.

-Los peritos han señalado los hechos-dijo el desconocido.

-¿Por qué entonces ha venido usted a verme?

-Porque me gustaría examinar el mensaje original.

El doctor Lukens le tendió el documento. El desconocido lo estudió durante algunos minutos, mientras el médico le observaba intrigado. Por fin, puso nuevamente el mensaje sobre la mesa.

-La copia fotográfica es idéntica - dijo-. Eso es lo que necesitaba saber.

Algo en el tono del hombre inspiró nueva confianza al doctor Lukens.

-¡Ah! - exclamó el médico-. ¿Cree usted que es posible una solución?

El desconocido movió la cabeza.

-Todo lo contrario - replicó-. Como los demás que han examinado el escrito debo manifestar que nada puedo leer en él. No es un criptograma. No es una clave cifrada. No corresponde a ninguno de los sistemas existentes para la composición de claves.

EL doctor Lukens suspiró decepcionado.

-Hay varios sistemas de clave-explicó el visitante con su voz suave y tranquila -, y no todos son descifrables. Hay ciertas claves que están basadas en idiomas artificiales o en vocabularios conocidos únicamente por los que las prepararon. Claves así son virtualmente insolubles.

«He examinado muchas claves. En todas he encontrado al fin un indicio del sistema empleado. Me he encontrado con sistemas que son aparentemente nuevos. Sin embargo, en toda ocasión han tenido alguna similitud con uno u otro de los tipos existentes.

«Los peritos a quienes usted ha enviado copia de este escrito, habían tenido sin duda experiencias por el estilo de las mías. Por eso, estoy de acuerdo con sus decisiones; pero debo añadir una manifestación por mi parte.

El doctor Lukens escuchaba interesado. El desconocido calló durante un momento. Estaba pensando y a punto de hacer una declaración de importancia.

-Los peritos -continuó el desconocido-, manifiestan que no pueden dar con la clave. ¿Pero dicen que sea imposible?

-Lo insinúan-contestó rápido el doctor.

-Están acertados al insinuarlo - dijo el desconocido-. Supongo que su razonamiento se basa en que el sistema de clave es único.

-Sí... Eso es lo que aducen.

-No es una buena razón. La solución de cualquier clave está dentro del reino de la posibilidad, aun cuando se trate de un sistema completamente nuevo.

-Entonces, ¿la clave puede ser desentrañada?

Hubo súbita esperanza en la voz del doctor Lukens.

-No.

-¿Por qué no?

-Un escrito en clave - dijo el hombre vestido de negro -, es un mensaje trascrito a algún ingenioso sistema de letras o caracteres. ¿Digo bien?

-Sin duda - reconoció el doctor Lukens.

-¡Entonces esto no es un escrito de clave!

-¿Cómo que no?

-No-replicó el desconocido con lánguida sonrisa-. Ni el hombre que lo escribió puede descifrarlo. ¡Es una nueva colección de caracteres extraños formados caprichosamente y dispuestos para engañar al que trate de leerlo!

CAPÍTULO V
¡ASESINATO REVELADO!

El doctor George Lukens quedó asombrado ante la manifestación hecha por su extraño visitante de medianoche. El énfasis de las palabras del

hombre impresionó al médico. Multitud de confusos pensamientos pasaron veloces por su cerebro.

La revelación de que los caracteres del papel encontrado en la mesa de Marchand, no eran un mensaje escrito, sino una jerga sin sentido, parecía increíble. En todo caso el doctor Lukens no ponía en duda la verdad de la declaración del hombre. El desconocido parecía demasiado sincero.

-Parece usted perplejo-observó el desconocido-. No me sorprende. Usted estaba convencido, como los demás, de que este papel contenía un mensaje en clave.

«No reprocho a los peritos sus conclusiones. Al intentar, para resolver el enigma, todos los sistemas conocidos por ellos, dan por sentado, naturalmente, que se encuentran ante algo nuevo.

-Pero usted no lo supone así-replicó Lukens.

-No-replicó el desconocido-. Porque tengo más confianza en mi habilidad. Después de haber estudiado la supuesta clave y haberla sometido a todos mis medios de prueba sin el menor indicio, sé que en este asunto no hay más que una respuesta: ¡el papel es una burla!

-¿Cuál es entonces su propósito?

-Despistar. Provocar falsas teorías. Lograr lo que ha conseguido. Hacer creer que la muerte de Henry Marchand fue un accidente casual ¡cuando en realidad fue un asesinato hábilmente tramado!

-¡Un asesinato! - Lukens se agarró a los brazos del sillón.

-Hable bajo - apremió el desconocido-. Le estoy haciendo una confidencia. Cerré la puerta al entrar. No debemos ser oídos por nadie.

El médico afirmó con un movimiento de cabeza.

-Debo admitir-dijo el desconocido-, que las circunstancias de la muerte de Henry Marchand, abonan mi creencia de que el papel era una clave espúrea.

«Estoy familiarizado con los detalles más importantes. Por esa razón, veo grandes defectos en la teoría que el inspector Klein presentó como solución de la muerte de Marchand.

-¿Cuáles en particular?

-Primero - continuó el visitante extraño -, la medida preventiva de utilizar una aguja envenenada.

«Marchand tenía un timbre de alarma en su caja y un proyector de gas lacrimógeno en la puerta privada. Nada de esto era peligroso. ¿Por qué, entonces, tener oculto en la mesa un artículo mortífero?

-Porque este papel-clave o no clave-debía ser de vital importancia...

-Está usted equivocado, doctor Lukens - interrumpió el desconocido-. Si el cajón secreto contenía un secreto vital, Marchand no habría colocado allí un artilugio capaz de producir la muerte.

«De morir alguien en la habitación, el viejo no hubiese podido explicar el asunto, a no ser descubriendo un secreto que era el primero en desear que se mantuviese secreto.

-Eso es verdad - asintió el médico.

-La muerte de Marchand-continuó el desconocido-, fue atribuida a sus descuidos. Marchand mismo sabía que era olvidadizo, ¿no es cierto?

-Así era.

-¿Por qué, entonces, había de ser tan necio como para ponerse a sí mismo una trampa?

-Me doy cuenta de su punto de vista - concedió el doctor Lukens-. Naturalmente, Marchand debía estar ansioso por conservar secreto el cajón oculto...

-Por supuesto - interrumpió el desconocido -, y el ingenioso mecanismo era suficiente por sí mismo.

«Nadie hubiese sospechado nunca la existencia del cajón. ¿A qué fin, pues, la necesidad de la aguja envenenada?

-¡Pero la aguja estaba allí! ¡Y el dedal también!

El desconocido sonrió a estas palabras del médico.

-La aguja y el dedal - repitió el hombre vestido de negro-. También el escrito en falsa clave en un sobre sellado.

-Cierto -dijo el doctor Lukens.

Sacó el abierto sobre del bolsillo. El desconocido se adelantó a examinarlo.

-Supongamos que este documento era de gran importancia para Henry Marchand-sugirió-. ¿Por qué lo guardaba aquí, en vez de tenerlo en una cámara acorazada?

-Estaría aquí para que pudiese vigilarlo, o consultarlo-replicó el médico.

-De acuerdo. Guardado en un cajón oculto que se abría mediante ingenioso mecanismo, el papel estaría bien protegido.

«Mas, ¿por qué había de estar en un sobre sellado con lacre?

«Ello no sería obstáculo para un ladrón que descubriese el secreto del cajón. Marchand no podía tener la intención de proteger el sobre. Un ladrón listo, robando el documento, hubiese puesto otro sobre parecido con un papel blanco dentro.

«Por otra parte, si Marchand había estado tratando de descifrar un mensaje que no entendía, no le hubiese tenido lacrado.

-Parece ilógico - admitió el doctor Lukens.

-Ilógico - dijo el desconocido -, e improbable.

-¿Cuál es, pues, la respuesta a este problema?

-Una teoría nueva-dijo el desconocido-. Debemos recoger cuanta información pueda servir de pista.

«Hay en esto un asesino. Debemos considerar el asunto desde su punto de vista.

-¿Tiene usted una teoría? - inquirió Lukens.

-Más que una teoría.

La tranquilidad de la voz del desconocido impresionó a Lukens. -¡Tengo la solución!

El desconocido apoyó el mentón en las manos y descansó los codos en los brazos de su butaca. Sus gafas negras le daban aspecto de lechuza.

-Alguien-dijo-, supo la existencia del cajón secreto de esta mesa. Esa persona conjeturó que el cajón contenía algo, probablemente un documento de importancia y resolvió robarlo.

«Entró en la casa, llegó a la habitación y consiguió abrir el cajón. Robó lo que deseaba. Esto ocurrió la primera noche en que Oscar sospechó un robo en la casa.

-Hubo otro intento de robo... - empezó a decir Lukens.

-Lo sé - interrumpió el desconocido-. Eso fue necesario.

-¿Por qué?

-Porque el ladrón tenía que prevenir el regreso de Henry Marchand.

-¡Ya comprendo! - exclamó Lukens-. Robó este papel con su pretendida clave. Quiso devolverlo antes de que Marchand descubriese la desaparición.

-No-dijo el otro pacientemente-. Cogió otra cosa. Algo que no estaba dispuesto a devolver y que no quería que Marchand supiese que había desaparecido.

¡Más aún! ¡Sea lo que fuere lo que robó, no habría de serle de utilidad hasta que Marchand muriese!

«Así que urdió un asesinato premeditado, un asesinato ideal, puesto que sincronizó la muerte de Marchand con el descubrimiento del viejo de que su posesión secreta había sido robada.

«El ladrón entró en esta casa por segunda vez. Puso la aguja envenenada en el lugar secreto donde se manejaba el cajón oculto. Dejó un dedal en la mesa. Sólo faltaba un toque.

«No quería que Marchand fuese encontrado muerto junto a un cajón vacío. De manera que planeó su golpe maestro: la carta en clave. Sabia que sería encontrada; que los que la encontrasen creerían que era el secreto de Marchand.

«Incluso ahora el asesino está satisfecho. La supuesta clave no puede ser aclarada. De ahí que nadie - así lo cree el asesino - tendrá nunca la menor pista del verdadero secreto de Marchand.

-¡Esto es asombroso! - declaró el doctor Lukens-. Cambia totalmente la solución de la muerte de Marchand. Pero usted... ¿quién es usted?...

-Sólo hubo un defecto - interrumpió el desconocido, sin hacer caso de la pregunta del médico-. El asesino empleó un sobre lacrado. Quizá pensase que sería más impresionante encontrar el escrito sellado.

«No cayó en la cuenta de lo débil de la situación; como tampoco cayeron el inspector o el detective que investigaron el caso.

-El asesino - murmuró el doctor Lukens -, ¿quién puede ser?

-Alguien que conocía bien a Marchand - declaró el desconocido con tono impresionante-. No creo que supiese lo que robaba. Supongo que sorprendería a Marchand alguna vez cuando el viejo estuviera abriendo el cajón secreto.

«Henry Marchand temía un robo porque su propia vida dependía de alguna cosa que tendría escondida. Vino aquí inmediatamente cuando supo que alguien había entrado en la casa. Regresó... para morir.

El doctor Lukens abrió el cajón del centro de la mesa y sacó el dedal. Se lo dio al hombre vestido de negro, quien lo examinó. El desconocido volvió a colocar el dedal en el cajón y vio entonces el par de dados.

Los sacó. Señalaban siete. Los tiró sobre la mesa; de nuevo marcaron siete.

-Emplomados -dijo el desconocido-. Es curioso. Siempre siete. ¿Ha relacionado alguna vez este número con Henry Marchand?

-Me parece que sí - dijo Lukens pensativo-. Pero no puedo recordar las circunstancias. ¿Ve usted algún significado en el número siete?

-Sí. Puede conducirnos hasta el asesino.

-¿Sospecha usted de Oscar? - preguntó Lukens.

-Tal vez.

-¿De Willis?

-Quizás. Incluso sospeché de usted, doctor Lukens.

El médico esbozó un gesto de indignación.

-Le vigilé - dijo el visitante-. Usted no me vio aquí. Su interés por la clave demostraba que usted no conocía su falsedad. Decidí explicarle a usted el asunto y pedirle ayuda.

-¿Cómo puedo ayudarle?

-Viviendo aquí como albacea de la testamentaría de Marchand. Estudie a los dos hombres que vivían con Marchand. Vigile los nuevos acontecimientos que pueden ocurrir.

El doctor Lukens asintió.

-Entretanto - continuó el desconocido -, seguirá la pista de otro que...

-¿De quién, por ejemplo? -preguntó el doctor.

-De alguien que estaba íntimamente asociado con Henry Marchand.

»Estoy convencido de que el viejo fue asesinado; el problema ahora es encontrar lo que se robó y coger el rastro del criminal.

El doctor Lukens se inclinó asintiendo. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. El médico observó que el visitante gozaba de extraña tranquilidad.

-Puede haber peligro aquí-dijo el desconocido-. Usted puede encontrar algún indicio entre los efectos de Marchand. Puede usted informarse de otros que con él han estado asociados. Algún espectro del pasado puede surgir para enfrentarse con usted. Si así sucede, usted debe reconocerlo.

-Estaré preparado-dijo Lukens con firmeza-. Es para mí un deber hacia mi viejo amigo Henry. Usted me ha convencido, además... Aunque nunca le he visto antes de ahora, tengo confianza en usted. Su habilidad me asombra. Me gustaría saber su nombre.

El hombre vestido de negro se levantó. Su alta figura formó una sombra larga y delgada que se extendía fantástica a todo lo ancho del aposento.

Despacio, sin ruido, fue hacia la puerta, allí se volvió y se quedó mirando al médico. Allí en el extremo de la habitación, el rostro del desconocido apenas era discernible en la penumbra.

-Soy un amigo - dijo-. Mi nombre no hace el caso.

-¿Pero, quién es usted... un detective?

Una risa suave salió del hombre que estaba en la puerta. Era una carcajada de tono siniestro que a su pesar hizo estremecer al doctor.

-Quizá - dijo el visitante-. Usted puede estar seguro de que en este caso estoy buscando al asesino de Henry Marchand y que cuando lo descubra, caerá sobre él todo el peso de la ley por su crimen.

-Entonces cuente usted con mi cooperación incondicionalmente - declaró el médico.

-Su cooperación - replicó el desconocido -, ¡y su silencio! Volveré de nuevo, surgiendo de la oscuridad. Si recibe usted un mensaje mío, reconocerá su autoridad. Si me necesita con urgencia llame a este número.

El hombre avanzó hasta el centro de la habitación y puso una tarjeta en la mano del doctor Lukens. En ella aparecía un número de teléfono. El desconocido dio media vuelta y salió del aposento.

Cuando la puerta se cerró tras él, el médico se apresuró a perseguirlo. Llegó al rellano de la escalera y encendió la luz del vestíbulo de abajo. Vio al hombre al pie de la escalera, junto a una mesa.

El desconocido se había tocado con un sombrero negro de anchas alas.

Tenía los brazos extendidos para ponerse una capa negra por encima de los hombros.

El doctor Lukens le llamó, pero el desconocido no contestó. Por el contrario, fue hacia la puerta principal y la abrió.

Lukens, precipitándose escaleras abajo, llegó a la puerta cuando ésta se cerraba tras el hombre vestido de negro. El médico abrió la puerta y salió.

Pensó que estaba solo a pocos pasos detrás de su visitante; sin embargo, no se veía al hombre por ninguna parte. ¡Había desaparecido!

Durante algunos minutos, Lukens miró calle arriba y calle abajo, buscando algún rastro del esfumado visitante. Convencido, al fin de la inutilidad de su esfuerzo, el médico volvió a entrar en la casa. Al subir la escalera, Oscar apareció.

-¡Oh! -exclamó el criado-. Le oí. Me preguntaba quién entraría.

-Bajé con nuestro visitante. ¿Te dijo su nombre, Oscar?

-¿Quién?

-El hombre que estaba aquí. El hombre de la capa negra.

-No vi a ningún hombre, señor.

-¡Cómo! ¿No le dejaste entrar hace una hora?

-No, señor. He estado durmiendo desde las diez.

El doctor Lukens se quedó con la boca abierta.

-¿Cerraste la puerta?

-Ciertamente doctor-replicó Oscar-. Siempre la cierro y... con cerrojo.

-Ahora está abierta-dijo el médico, ceñudo-. Estuve fuera hace un momento.

Oscar corrió escaleras abajo para cerrar la puerta principal.

El doctor Lukens, con la cabeza inclinada en gesto pensativo, entró en la habitación donde Marchand había muerto. Se dejó caer en la butaca que estaba junto a la mesa.

Todo parecía irreal. Por un momento el médico creyó que había sido víctima de alucinaciones producidas por el esfuerzo mental que le produjera el estudio de la clave.

Entonces sus dedos hurgaron en el bolsillo del chaleco y sacó la tarjeta que el hombre vestido de negro le había dado, la cartulina que contenía el número de teléfono al que debía llamar en caso de urgencia.

El doctor Lukens sonrió. Allí había una prueba tangible. Allí había una pista que le permitiría descubrir a su visitante y conocer su identidad.

Convencido de la realidad de la situación, el doctor Lukens se abismó pensando en la información que el desconocido le había facilitado. La lógica de sus argumentos había creado una profunda impresión en la mente del doctor.

-Es cierto - murmuró Lukens-. Mi viejo amigo Henry murió asesinado. Ese hombre lo ha descubierto. Sea quien sea-quienquiera que pueda ser-está dispuesto a descubrir al asesino. ¡Le ayudaré como desea!

El médico miró a la pared mientras su mente revertía al hombre que había venido a verle.

«¿Quién podrá ser? -se preguntaba el doctor Lukens.»

«¿De dónde vendrá? ¿Adónde fue? No se puede saber.»

El médico se imaginó a sí mismo fuera de la puerta principal, contemplando la oscuridad.

Librodot

«¡Es extraño!» -exclamó-. «Desapareció como... ¡cómo una sombra viviente!»

CAPÍTULO VI
LA SORTIJA DEL ESCARABAJO

A la mañana siguiente, el doctor George Lukens regresó a su hogar. AL salir de casa de Marchand llamó a Harvey Willis y dijo al joven secretario que volvería, pues pensaba permanecer en la vieja mansión.

El médico explicó que iba a tomarse una vacación y que le gustaría estar presente para hacerse cargo de la liquidación de los asuntos de Marchand, deber que Willis tenía pensado cumplir por sí mismo. Cuando llegó a su propia residencia, el médico llamó a las oficinas de la compañía telefónica.

Sacó la tarjeta que el desconocido le había dado y pidió que fuese investigado el número. Le rogaron que esperase el informe.

Entre tanto el doctor Lukens hizo la maleta. AL abrir un cajón de su mesa encontró un objeto que le trajo infausto recuerdo.

Era una sortija de oro en la que estaba montado un escarabajo, animal sagrado entre los egipcios. No era cosa de gran valor y el doctor Lukens casi la había olvidado. El anillo se lo había dado algunos meses antes Henry Marchand.

-Esta sortija-había dicho el viejo-, es la única joya que me he puesto alguna vez. No quiero llevarla ahora. No quiero depositarla con las joyas que pertenecieron a mi mujer, porque no forma parte de esa colección.

«Sin embargo, aprecio esta extraña sortija, y temo guardarla en casa porque la podría perder. Tú nunca pierdes nada, George.

«El miedo a perder esta sortija ha llegado a convertírseme en una manía. Si la tienes tú, sabré que está segura. Si no te la pido nunca, guárdala como un recuerdo.

El doctor Lukens conocía bien las debilidades mentales de su paciente y amigo. Había tomado la sortija y la había guardado en aquel cajón que siempre tenía cerrado.

El médico no temía a los ladrones. Había dudado de la importancia de la sortija; en realidad había creído que Henry Marchand la olvidaría.

Ahora la sortija del escarabajo le parecía preciosa al doctor Lukens. El anillo era un recuerdo de su amigo muerto. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras examinaba la sortija y miraba al verde escarabajo engarzado en oro.

Miró al interior del anillo v observó una serie de señales casi imperceptibles.

Estaba a punto de examinarlas más detenidamente cuando sonó el teléfono.

El doctor Lukens se puso el anillo en el dedo y contestó a la llamada.

La compañía telefónica informaba que el número solicitado era una cabina de pago de la Estación Central. El doctor Lukens abrió la boca asombrado; Después, al colgar el auricular soltó una carcajada.

Un momento más tarde su hilaridad se convirtió en profunda meditación.

Marcó otro número. Contestó una voz de hombre.

-Barlow-dijo el médico-. ¿Está usted ocupado esta tarde y esta noche?

-No, señor-fue la respuesta.

-Tengo un trabajo para usted. Vaya a la Gran Estación Central. Observe las cabinas telefónicas, con disimulo ¿comprende? Encuentre una que tenga este número - el médico miró la tarjeta y le dio el número - y quédese cerca. Dígame si ve a alguien entrar en ella.

«Si el timbre suena, allá a las nueve de la noche, vea quién contesta. Llámeme en seguida a casa de míster Marchand.

-Muy bien, señor.

El médico se frotó las manos satisfecho. Terminó de hacer su maleta.

Notaba que entraba en un nuevo juego y que sobrevendrían raros e interesantes acontecimientos. Salió de su casa, llamó a un coche y se dirigió a la morada de Marchand.

Allí encontró a un visitante: Rodney Paget. El suave e inmaculadamente vestido clubman estaba con Harvey Willis en la habitación en que Henry Marchand había muerto.

El secretario estaba muy atareado con los efectos del viejo, la mayor parte, cosas que se habían sacado de la caja de caudales. Paget, con su larga boquilla en la mano, observaba indolente.

-Buenos días, doctor - saludó-. Me dejé caer por aquí para saludarles. Willis me dijo que vendría usted hoy. ¿Cómo está usted?

-Bien, gracias - contestó secamente Lukens. Se volvió al secretario-. Willis, le dije que no hiciese este trabajo hasta que yo llegase.

-Ordenaba algunas cosas, señor - replicó el secretario-. Míster Paget me preguntó si había empezado la revisión y le dije que le esperaba a usted. Me sugirió que pusiese las cosas a punto.

-De ahora en adelante, obedezca mis órdenes - replicó Lukens.

Hubo una pausa. Rompió el silencio Paget.

-¿Se queda usted aquí, doctor? - preguntó.

-Sí -replicó el médico.

Fue a la mesa y empezó a examinar algunos de los papeles que se habían sacado de la caja. De pronto se volvió y miró a Paget. El clubman estaba a su izquierda. Lukens actuó tan rápidamente que le sorprendió.

«Paget ha estado mirando los papeles, pensó Lukens. La mirada del hombre se volvió precipitada, pero demasiado tarde para que no le observase el médico.

-Debo marcharme-dijo Paget-. Volveré después, doctor. Creo que encontrará usted algo concerniente a mi negocio con míster Marchand. Tal vez esta noche...

-Venga y entre a verme sí quiere-dijo Lukens bruscamente. Observó a Paget con desconfianza mientras éste salía del cuarto. El médico no hizo ningún comentario a Willis, quien seguía ocupado en la caja.

El secretario había removido todo lo que se guardaba en la caja y en el armario de Marchand. AL doctor Lukens le sorprendió el mucho trabajo que había hecho. Hasta el más pequeño objeto había sido sacado a la luz mientras, al parecer Paget, se hallaba presente. EL doctor empezó la tarea de examinar los efectos de Marchand. Trabajaba despacio y no tardó en encontrar el trabajo tedioso. Había allí muy pocas cosas interesantes.

Oscar sirvió la cena a las siete, antes de que el doctor Lukens terminase el examen. El criado pidió una noche de permiso y Lukens se la concedió.

Inmediatamente después de cenar el doctor y el secretario volvieron a la tarea. El examen final terminó. Willis se preparaba a ponerlo todo de nuevo en donde lo había encontrado. Fue interrumpido por el timbre de la puerta.

Paget, vestido de smoking, subió las escaleras con él.

-Buenas noches, doctor-dijo Paget perezosamente-. ¿Algo de interés para mí?

-Nada.

Paget se dejó caer en una butaca y miró negligente a Willis. El médico estaba sentado junto a Paget y también observaba el trabajo del secretario.

Una vez más el médico obedeció al impulso de mirar hacia Paget. Descubrió al visitante observando la sortija del escarabajo que llevaba en la mano izquierda puesta.

Paget sonrió avergonzado.

-Curiosa sortija, doctor-dijo, señalando el objeto con la manta-, No recuerdo haberla visto antes.

-Perteneció a Henry Marchand-replicó el médico-. Me la dio hace algún tiempo. La encontré hoy en mi casa.

Apenas el médico había acabado de hacer esta manifestación cuando le asaltó una sospecha.

¿Por qué Paget había notado la sortija? El clubman era por lo general poco observador. En aquel instante, el doctor Lukens se dio cuenta de pronto de que Paget, cuando había visitado la casa por la mañana, había estado observando la sortija del escarabajo, no los papeles que tenía Lukens.

La sospecha del médico debió de ser advertida por Paget. Éste se levantó y estiró los brazos.

-Me marcho - dijo-. Asunto de sociedad esta noche. Tengo que atenderlo, sabe usted; es un buen negocio.

Alargó la mano.

-Adiós, doctor-añadió-. Acaso no le vea durante algún tiempo. Sospecho que mi negocio con míster Marchand está ahora terminado. Si algo ocurriera, notifíquemelo.

El doctor Lukens se quedó contemplando la puerta por la que Rodney Paget había salido. Oyó abajo cómo se cerraba la puerta principal. El médico se volvió a Willis.

-No trabaje más esta noche-ordenó el doctor-. Está usted pálido y débil. Todavía no son las nueve. Vaya y distráigase en algún cine.

El secretario pareció animarse ante la sugestión, mientras Lukens señalaba a la puerta con la mano.

-Regresaré a las once y media-prometió Willis.

-Muy bien - rió Lukens-. Creo que Oscar regresará antes. A los dos les gusta acostarse pronto. Márchese. No cerraré la puerta principal.

Lukens quedó meditabundo después de la marcha del secretario.

Dio con la mano abierta sobre la mesa y el sonido de la sortija del escarabajo llamó su atención. Chasqueó los dedos con una idea repentina.

Recordó la tarjeta que tenía en el bolsillo. Por el teléfono, que estaba a un lado de la habitación, llamó al número que el misterioso desconocido le había dado la noche antes.

Librodot

«No contestan» - murmuró después de dos minutos de espera-. «Confío en que Barlow estará a la mira.»

Barlow estaba en su sitio. En aquel momento vigilaba la cabina telefónica.

Oyó sonar el timbre. Cesó la llamada. Barlow esperó un poco; entonces entró en otra cabina.

Si Barlow hubiese observado el activo kiosco de refrescos que estaba al otro lado de las cabinas telefónicas, hubiese visto a uno de los camareros de chaqueta blanca abandonar su sitio. Barlow no hubiese sospechado nada en la acción del hombre, pues el camarero pasó invisible por detrás del mostrador.

Allí el camarero marcó un número. Al recibir la respuesta, murmuró simplemente algunos sonidos ininteligibles y colgó el aparato con el aire de la persona a quien han dado un número equivocado.

Inmediatamente después, el camarero se encontraba de regreso en el mostrador, sirviendo a un nuevo cliente.

El teléfono sonó en la habitación de arriba, donde el doctor Lukens estaba sentado. El médico contestó:

-¿Barlow? -dijo-. ¿No hay nada? ¿No has visto a nadie? Gracias. Puedes dejar la vigilancia ahora. Era sólo un experimento.

Colgó el auricular.

«¡Una burla!»- fue su comentario-. «Una burla a menos que Barlow, con alguna indiscreción haya ahuyentado al hombre. Sin embargo no puedo comprender... »

El teléfono sonó de nuevo.

Una voz murmurante contestó a la interrogación del médico. El doctor Lukens reconoció el modo de hablar del misterioso desconocido.

-¿Desea verme? -dijo la voz.

-Sí -replicó Lukens casi involuntariamente-. He encontrado... - miró a la sortija que llevaba en el dedo y vaciló-. Se lo diré cuando le vea. ¿Puede usted venir ahora mismo?

-Inmediatamente.

-No hay prisa-dijo Lukens de pronto-. Pongamos dentro de una hora.

Colgó el auricular.

«Fue una equivocación» - murmuró-. «Una hora puede ser demasiado pronto. Debería haberle dicho que llamase más tarde. Pero entonces podía haber sospechado. Bueno, es cosa de confiar en la suerte.»

Marcó en el teléfono y llamó a la jefatura de policía. Pidió hablar con José Cardona. El médico profirió una exclamación de placer cuando oyó la voz del detective a través del hilo.

-¡Ah! ¡Cardona! -dijo en voz baja-. Soy el doctor Lukens. ¿Puede usted venir en seguida?

-¿Qué ocurre? -preguntó el detective con curiosidad.

-No lo sé-contestó el médico francamente-. Espero una visita. Quién es ni lo que es, no lo sé. Su propósito puede ser de importancia. Venga lo más pronto que pueda. La puerta está abierta. Suba la escalera con precaución y manténgase fuera de vista en el vestíbulo.

«Estoy en el cuarto donde Marchand murió. Si mi visitante está aquí, usted oirá la conversación. Si no ha llegado todavía, le verá usted llegar más tarde. Le espero dentro de una hora.

-¡Perfectamente!

Lukens colgó el auricular y empezó a pasear por la habitación. Luego se sentó en el sillón de la mesa y se abismó en profunda meditación. Daba la espalda a la puerta; estaba ansioso por comprobar si podía advertir la llegada del desconocido.

Cogió los dados y los tuvo en la palma de la mano derecha. Los agitó pensativo; después, cerró el puño, y los apretó con fuerza.

La impresión de que alguien entraba en el aposento dominó de pronto el pensamiento del doctor. Luchó con ella momentáneamente; luego se volvió rápido en el sillón.

Con loco esfuerzo se puso en pie. Ante él, a tres metros de distancia, aparecía un hombre armado de un curioso revólver. El cañón estaba tapado por un silenciador. El arma iba dirigida contra la mesa.

Un grito escapó de los labios del médico. Fue un grito de reconocimiento, de súbita comprensión. Era el hombre tanto como el revólver lo que le alarmaba.

En una fracción de segundo, el médico se dio cuenta de la situación. Antes de que pudiese obrar, vio un dedo apretando el gatillo. ¡Exhalando el último suspiro, el doctor George Lukens cayó al suelo desplomado!

CAPÍTULO VII
UN ASESINO ESCAPA

Era casi una hora después de la llamada telefónica del doctor, cuando el detective Cardona llegó a la vieja casa de la calle Ochenta y uno. No entró en la parda mansión inmediatamente de llegar.

En cambio, se detuvo al otro lado de la calle y emitió un silbido en tono bajo casi imperceptible. Dos hombres surgieron de la oscuridad.

-Se trata de esto, muchachos-murmuró el detective-. Voy a entrar en esta casa a ver a un hombre arriba. Puede no ocurrir nada, pero quiero que os lancéis deprisa dentro si oís algo. ¿Cuánto tiempo habéis estado aquí?

-Sólo unos dos minutos - replicó uno de los hombres-. Pusimos un par de hombres de uniforme detrás, como usted nos dijo.

-Bien, ¿ha entrado alguien?

-No desde que estamos aquí.

-Perfectamente. No hay prisa. Si salgo primero, estad dispuestos a detener al primero que salga detrás, siempre y cuando dé la señal.

«Si os necesito dentro ya me oiréis. Si no salgo transcurridos treinta minutos, entrad. Si alguien entra, observarlo, pero no lo detengáis. ¡Entendido!»

-Sí, señor.

El detective cruzó la calle despacio y silenciosamente, entró en la casa parda. Encontró el vestíbulo iluminado con luz mortecina. Subió con lentitud la alfombrada escalera.

Cardona recordaba la casa. Se enorgullecía de la suavidad de su avance.

Al final de la escalera vio la luz que salía de la habitación donde Lukens esperaba a su visitante, iluminando parte del rellano.

Librodot

Había un lugar oscuro en el lado contrario a éste. Ofrecía un excelente lugar de observación. Cardona se deslizó hasta allí, y agachándose se volvió a mirar dentro del silencioso aposento.

La mesa no podía verse. Cardona se inclinó a un lado, corriendo de momento el riesgo de ser visto al entrar en la zona de luz.

Allí el detective quedó inmóvil, demasiado sorprendido para actuar.

¡Con la cara contra el suelo yacía el cuerpo de un hombre!

El alborotado cabello gris le identificaba como el doctor George Lukens.

Los brazos estaban extendidos, como si el muerto hubiese hecho un desesperado esfuerzo por lanzarse sobre su atacante. Los puños los tenía cerrados; pero había algo en la mano izquierda que atrajo la mirada del detective.

El dedo anular de aquella mano formaba una línea rígida que salía del puño cerrado.

Junto al cuerpo había un hombre vivo, una figura vestida de negro. Envuelto en los vuelos de una gran capa, parecía un espectro de la noche, un ser siniestro de otro mundo, cuya sombra gigantesca se proyectaba sobre el cuerpo tendido en el suelo.

Cardona experimentó una sensación, mezcla de miedo y asombro.

Reconoció al ser vestido de negro. Era uno con el que no se había encontrado nunca, pero cuya existencia conocía sin embargo.

El detective se dio cuenta de que estaba contemplando una figura que había llevado terror al inframundo; cuya misma existencia era tanto para la policía como para los criminales un misterio. Los labios de Cardona estaban secos, mientras dibujaban dos palabras que el detective no llegó a pronunciar.

-¡La «Sombra»!

EL cerebro de Cardona reclamó acción. La policía nada tenía que ver con La «Sombra». EL hombre misterioso había sido acusado de algún crimen, no obstante nada se había probado contra él.

Por el contrario había - en ocasiones - ayudado a la policía en su guerra contra el crimen, pero siempre con su mismo misterioso sistema. Nunca había aparecido a la luz como detective.

Sus propósitos allí esta noche, eran un misterio para Cardona. Que La «Sombra» era el visitante esperado por el doctor Lukens no lo dudó el detective.

Cardona, aunque astuto, era un hombre que se inclinaba por soluciones inmediatas. Allí había una prueba tangible.

Un hombre muerto - el doctor Georges Lukens - que hacía menos de una hora estaba vivo. Sobre él se cernía aquel monstruo de la noche, la única persona que se encontraba en la casa. Un hombre muerto y un hombre vivo.

La evidencia se alzaba contra La «Sombra».

Cardona había venido a escuchar como observador oculto. Ahora su propósito era capturar y detener al hombre que según su convicción era un asesino.

Las circunstancias eran apremiantes. Si Cardona hubiese tenido a sus hombres cerca, hubiera procedido con habilidad. De creer habérselas con un criminal ordinario, se hubiese limitado a apuntarle y ordenarle rendirse.

Pero había oído mucho acerca de La «Sombra». Ahora, el mito del inframundo se había convertido en realidad. Cardona vacilaba ante medidas débiles.

¡Muerte al asesino era su único recurso!

EL deseo de observar lo que La «Sombra» iba a hacer detuvo al detective de momento, pero dominó su momentánea vacilación. Sacando su automática, Cardona se levantó y penetró en la habitación. EL ruido de su llegada hizo conocer su presencia al hombre de la capa negra. Tan pronto obró La «Sombra», que sus movimientos parecían simultáneos a los del detective.

El brazo de Cardona, siempre seguro y firme, temblaba ligeramente por la emoción al tocar el gatillo de la automática. Entonces se oyó un tiro; pero no salió del arma que empuñaba el detective. Bajo la capa, el hombre vestido de negro había sacado una automática.

Lanzándose al suelo cuan largo era, a fin de eludir la puntería de Cardona, La «Sombra» había disparado oblicuamente. La bala dio contra la pistola del detective, exactamente encima de la culata rozando los dedos de Cardona. La estropeada pistola cayó de la paralizada mano del detective.

Cuando La «Sombra» iba a levantarse, Cardona se lanzó contra él. Rabioso, el detective olvidó que estaba a merced de su antagonista.

Un tiro de la automática hubiese cortado el ímpetu del detective. Pero, La «Sombra» no disparó. En cambio, se inclinó hacia adelante cuando Cardona cayó sobre él.

Mientras la sangrante mano del detective se cogía a la capa negra, La «Sombra» levantó los hombros y precipitó a Cardona al suelo, haciéndole dar la cabeza contra el pavimento.

Cardona extendió un brazo para protegerse del golpe con éxito regular, aunque quedó medio atontado por la violencia de la caída. Mientras trataba de recobrarse, tuvo una vaga visión de una forma negra que desaparecía rápidamente.

La «Sombra» se alejaba de la habitación hacia las escaleras.

Se oía confuso ruido de pasos precipitados en la puerta principal. Los dos hombres de paisano que Cardona había puesto allí, cruzaron la calle al oír el disparo.

La ««Sombra» en el rellano superior, hubiese sido un blanco perfecto para sus automáticas, pero no advirtieron su presencia hasta que habían subido la mitad de los peldaños. Hasta que se movió, parecía solamente una mancha de negrura contra la pared.

Ante la proximidad de los hombres de paisano, La «Sombra» se volvió y saltó abajo al vestíbulo. Los gritos de los hombres le siguieron. Las pistolas disparaban sin cesar.

La «Sombra» se paró en seco y su cuerpo alto y vestido de negro se contrajo contra la pared. Dos policías subían la escalera posterior. La huida por aquel lado quedaba cortada.

Los detectives dando gritos a los policías bajaron corriendo, al vestíbulo. Se detuvieron en la oscuridad al encontrarse con los policías. Los cuatro hombres habían perdido su presa.

Estaban a pocos palmos del umbral donde La «Sombra», tranquilo e inmóvil, esperaba. Despacito, centímetro a centímetro, la puerta empezó a abrirse hacia adentro, sin el menor ruido.

Librodot

Mientras los cuatro guardadores de la ley estaban pensando, el hombre increíble de la noche, los abandonaba. Con nervios de hierro, obraba con lentitud pacientísima, sin dar el menor signo que traicionase su presencia.

De no haber ocurrido un incidente inesperado, hubiese conseguido salir en secreto.

Fue José Cardona quien, sin saberlo, frustró la huida de La «Sombra». El detective, vacilante, salió de la habitación al rellano. Puso la mano contra la pared y encontró un interruptor. Le recordaba de sus primeras visitas a la casa.

Un instante más tarde, el rellano quedaba inundado de luz. Un grito agudo salió de uno de los hombres vestido de paisano. Allí, claramente visible contra el fondo blanco de la semiabierta puerta!Estaba La «Sombra»!

Un policía obró con rapidez. Mientras La «Sombra» se deslizaba bajo el umbral, el hombre de uniforme saltó sobre él. Los otros le imitaron antes de que La «Sombra» pudiera esquivarlos. La «Sombra» se cogió a la puerta de entrada mientras los cuatro hombres caían sobre él.

Cardona, recobrando de pronto sus sentidos, bajó al vestíbulo.

Conocía los terribles poderes del hombre que sus oficiales habían capturado.

-¡No lo dejéis huir! - gritó-. Disparad.

No hubo ocasión de obedecer la última orden. Los captores estaban demasiado cerca para arriesgarse a hacer fuego.

Entonces La «Sombra» se sometió de pronto. La automática le fue arrancada de la mano; un hombre de paisano, registrando bajo la capa, sacó otra pistola.

-¡Tengo las armas! - exclamó el hombre.

-Sujetadlo, muchachos!

Los policías estaban doblando el brazo de La «Sombra» contra la pared. Los hombres de paisano retrocedieron al acercarse Cardona.

El detective no perdió un instante. Se acercó a La «Sombra» y fue a alzar el sombrero de ala ancha que se había corrido hacia adelante, ocultándole completamente el rostro.

En aquel instante, La «Sombra» volvió a la vida. Echó el cuerpo a un lado con fuerza terrorífica.

EL policía que sujetaba su brazo derecho fue lanzado sobre Cardona. El otro policía sujetaba todavía a La «Sombra», pero no era enemigo para el misterioso ser. Con sorprendente fuerza lo levantó del suelo. Volviéndose hacia la puerta le lanzó contra dos hombres que entraban en aquel momento.

Tres saltos y la negra forma de La «Sombra» se silueteó contra la ventana que estaba al otro extremo de la sala. Requirió para él pocos segundos levantar el marco.

Sonaron tiros y el vidrio saltó pulverizado. La forma de La «Sombra» se inclinó, pero se alzó rápidamente cuando los presuntos captores cruzaron el recinto con gritos de triunfo.

Con un movimiento giratorio La «Sombra» saltó el alto alféizar y se tiró por la ventana, en el preciso instante en que una mano cogía los vuelos de su capa negra. La «Sombra» se lanzó al vacío perdiéndola en las manos de su enemigo.

Los hombres de paisano se asomaron a la ventana y apuntaron sus automáticas contra la delgada figura negra que estaba abajo. Los proyectiles rebotaban por la callejuela empedrada, mientras La «Sombra» corría.

El último tiro silbó sobre él y le arrebató el sombrero de la cabeza.

La «Sombra» lo recogió del suelo al dar la vuelta a la esquina de la casa. De la calle vino el sonido de una carcajada triunfante y burlona.

El detective Cardona dirigía la persecución. Sus hombres no habían recibido heridas de importancia durante la refriega. Salieron precipitadamente de la casa por ambas puertas, en un loco esfuerzo por encontrar al hombre que les había burlado.

Cardona se inclinó junto a la pared al lado de la puerta del cuarto posterior.

Allí, recogiendo la capa negra que había quedado en el suelo, fue pausadamente hacia la habitación donde yacía el cadáver del doctor Lukens.

El detective encontró su automática y la dejó sobre la mesa. Se sentó en una butaca y contempló el cuerpo del médico. Se acarició las sienes y trató de ahuyentar el mareo que empezaba a dominarlo. Levantó la cabeza.

Junto a él estaba un hombre alto y delgado, vestido con un traje negro y ajustado. Tenía los brazos cruzados. La cabeza se inclinaba y el rostro quedaba sombreado bajo el ala de su sombrero.

Sosteniéndose con una mano, Cardona fue a coger su automática. El hombre de negro rió suavemente. Recogió su capa de las rodillas de Cardona. Se la echó sobre los hombros y levantó el cuello por encima de la barbilla.

Cardona examinaba su automática. Vio la razón de la risa de La «Sombra».

La pistola estaba inutilizada. El tiro de La «Sombra» la había estropeado. EL detective trató de levantarse, pero cayó hacia atrás impotente.

-Cardona -dijo La «Sombra» en voz baja y solemne-, yo no soy tu enemigo. Yo no maté al doctor Lukens. Vine aquí para protegerle. ¿Comprendes?

El detective afirmó con un movimiento de cabeza.

-Tus hombres han cogido mis armas - continuó La «Sombra» con la misma extraña voz-. Encontrarás que la bala que mató a este hombre no corresponde a ninguna de mis automáticas. El asesino salió de aquí antes de mi llegada. Se ha llevado su revólver.

Tranquilamente, La «Sombra» se inclinó sobre el cuerpo del médico muerto. Abrió la cerrada mano derecha de Lukens.

El par de dados cayó al suelo. Señalaban el número siete, un cinco y un dos.

-Hay una conexión-dijo La «Sombra» incorporándose-. Estos dados estaban en la mesa de Marchand. Este asesinato, como la muerte de Marchand tiene algo que ver con el número siete.

«Quizá algún individuo ha planeado siete asesinatos. Acaso... - su voz era pensativa - hay siete personas complicadas. Sigue esta pista. Busca al asesino.

«Te diré más. El arma llevaba probablemente un silenciador. Ese dedo extendido de la mano izquierda de Lukens, demuestra un propósito. El asesino quería un anillo que éste llevaba.

«Busca al asesino-la voz de La «Sombra» era silbante-, y yo te ayudaré. Asesinato premeditado con el doctor Lukens cogido desprevenido. Yo te ayudaré. Cuando esté seguro del asesino y haya averiguado los planes de sus asociados, te informaré de todo.»

Cardona vio el brillo de dos ojos ardientes que miraban desde las profundas tinieblas que había bajo el sombrero de ala ancha. Se cogió a los brazos de la butaca para luchar contra el mareo. Entonces La «Sombra» desapareció.

Fuera, los dos hombres de paisano regresaban de su infructuosa persecución. Quedaron sorprendidos por el sonido de una carcajada larga e impresionante que parecía salir de la nada y que se evaporó en la nada.

¡Era la risa de La «Sombra»!

CAPÍTULO VIII
CARDONA DA JAQUE

-Un caballero pregunta por teléfono por usted.

Rodney Paget se sentó en el lecho. Era por la mañana. Estaba en casa de Jerry Burnham. EL criado japonés de Burnham le había despertado.

-Muy bien, Kama-dijo Paget-. Yo contestaré.

Se levantó despacio y tranquilamente, se puso unas zapatillas. Bostezó al entrar en el salón, seguido por el ayuda de cámara.

-Está abajo, señor-informó Kama-. Quiere verle.

-Hola-dijo Paget, hablando por el teléfono interior de la casa. Su voz demostró sorpresa-. Sí, ya lo recuerdo. Le encontré en casa de Marchand la noche en que murió. Suba.- Paget regresó al cuarto y se puso un batín. Otro hombre, vestido de la misma manera, apareció en el rellano. El recién venido tenía el cansado aspecto del hombre que se despierta de un sueño turbado por los vapores del alcohol.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Que estamos levantados-contestó Paget con una carcajada-. Y un detective sube. Estará aquí en seguida.

-¿Un detective?

-Sí. Se llama Cardona. Algo relacionado con la muerte del viejo Marchand.

Kama acudió a la llamada de la puerta. Cardona entró. Saludó a Paget amistosamente.

-Siéntese-rogó Paget-. Éste es míster Burnham. Míster Cardona.

-Celebro conocerle-dijo el detective-. Llamé a su casa, mister Paget. Me dijeron que podría encontrarle aquí.

-He estado aquí toda la noche-dijo Paget riéndose-. Es decir toda la noche desde las tres de la madrugada.

Luego añadió:

-¿Para qué quería usted verme, Cardona? ¿Algo referente a Marchand?

-Nada de Marchand.

-¿Quién, entonces?

-¿Ha visto usted los periódicos de la mañana?

-Todavía no. Acabo de levantarme. Generalmente aquí leemos los periódicos de la noche. ¿Qué ha ocurrido?

Por toda respuesta Cardona sacó un periódico de debajo del brazo y lo tendió a Paget, el clubman guiñó los ojos al observar la fotografía de un rostro familiar en la primera página; entonces vio las titulares.

-¡Demonio!-exclamó-. ¡El doctor Lukens asesinado!

Paget leía rápidamente los párrafos que seguían a la foto con los ojos muy abiertos. Parecía haber olvidado su habitual indiferencia.

Devoraba las líneas impresas. Luego tiró el periódico al suelo. Su rostro era grave al mirar al detective.

-Usted estaba allí-dijo solemnemente-. Usted tenía al hombre. ¿Por qué no le detuvo?

-Me puso fuera de combate-reconoció el detective-. Mis hombres le dejaron escapar. Casi lo cogieron cuando saltó por la ventana. Sin embargo no pudieron verle la cara.

-Es una terrible noticia, Cardona -dijo lentamente Paget-. Confío en que atrapará al asesino.

-Quizá pueda usted ayudar - respondió el detective-. Vamos detrás del menor indicio que pueda facilitar una pista.

-¿Dónde estaba Oscar, el criado?

-Con permiso aquella noche. Igual que Willis. Ambos tienen perfectas y comprobadas coartadas.

-Ya veo. Así, que Lukens estaba solo.

-Sí. Willis llegó hacia media noche. Se quedó de una pieza cuando encontró allí a la policía. Durante un rato estuvo como atontado.

«Esta mañana habló mejor. Nos dijo que usted había estado allí y que se había ido poco antes de salir él.

-Es cierto.

-Esto es lo que quiero saber, míster Paget. ¿Observó usted algo raro en la casa cuando estuvo allí? ¿Recuerda el tiempo exacto que estuvo allí? ¿Algo que dijese o hiciese el doctor Lukens?

-Estuve allí pocos minutos-dijo Paget pensativo-. Tenía que cenar aquí con míster Burnham. Era sobre las ocho y cuarto cuando salí, hay sólo diez minutos en coche a casa de Marchand, de manera que debo haber llegado allí a las ocho.

«Volví aquí a las ocho y media. Recuerdo haber mirado al reloj después de entrar, porque Jerry y yo queríamos salir antes de las nueve.

Burnham se rascó la cabeza.

-Sí, lo recuerdo - dijo-. Eran las ocho y media en el reloj de la biblioteca. Dije que volvieses a las nueve, contestastes que volverías cerca de las ocho y media y lo hiciste así. Jack Creylock vino un par de minutos antes que tú. Probablemente lo recordará también. Entonces solo estaba medio borracho.

-De regreso aquí a las ocho y media-dijo Cardona haciendo una anotación en su cuaderno-. Esto supone a usted en casa de Marchand de las ocho a las ocho y veinte. Es poco más o menos lo que Willis dijo.

-Las ocho y media - interrumpió Jerry Burnham, todavía moviendo la cabeza-. Ésa era la hora, Kama-. El criado japonés entró - ¿qué hora era cuando míster Paget vino anoche?, Sabes, cuando míster Greylock estaba aquí, antes de que saliésemos.

-El reloj grande dio las ocho y media-dijo el japonés.

-Gran muchacho, Kama-dijo Burnham satisfecho-. Este japonés lo sabe todo. Por eso le tengo.

-Entre las ocho y las ocho y veinte-dijo Cardona con voz satisfecha-. Esto queda fijado. ¿Parecía algo preocupado el doctor Lukens?

-Parecía cansado - contestó Paget-. Dijo que había estado trabajando toda la tarde y que acababa de terminar la tarea que se había impuesto. Willis, estaba arreglándolo todo. El viejo era amigo de mi padre.

-Comprendo - Cardona se levantó-. Eso es todo, míster Paget-dijo-. Siento haberle molestado. Gracias por la información. Anotaré su testimonio. Tengo que ir recogiendo datos, es todo lo que puedo hacer.

-Celebro siempre serle útil, Cardona -dijo Paget, levantándose y acompañando a la puerta al detective-. Siento que no haya podido encontrarme más pronto esta mañana.

«Burnham y yo no nos retiramos hasta después de las tres. Fuimos dando vueltas desde las ocho y media con Greylock y dos o tres más. Hicimos el recorrido de la ciudad y hemos estado durmiéndola hasta ahora.

-Exacto - interrumpió Burnham -, y yo me voy ahora a ver si duermo un poco más.

El detective salió del departamento. Rodney Paget se volvió a Kama.

-EL desayuno -ordenó.

Mientras Paget comía, el criado japonés se quedó junto a la mesa.

-El gran reloj del salón - dijo Kama -, fue despacio esta noche.

-¿Se atrasó?

-Sí, señor - Kama sacó un reloj-. Usted salió, míster Paget, y yo miré al reloj. El reloj marcaba las ocho. Miré a mi reloj. Eran cerca de las nueve.

«Usted volvió y yo oí el gran reloj dar las ocho y media. Miré después mi reloj. El reloj marcaba cerca de las diez y media.

-¿Sí? -preguntó Paget con curiosidad.

-Entonces salió usted con míster Burnham -siguió Kama-. Después de irse, miré de nuevo al gran reloj. Marcaba cerca de las once. Miré mi reloj. Mi reloj marcaba casi igual que el grande, cerca de las once.

-Bien, bien-observó Paget.

-Encuentro el caso curioso - añadió Kama-. Creo que alguien atrasó el reloj. Después él mismo le adelantó. El reloj está bien ahora. El reloj está siempre bien. Excepto anoche.

-Escucha, Kama - dijo Paget-. ¿Has estado bebiéndote el licor de míster Burnham?

-No bebo, míster Paget. No me gusta el alcohol.

-Bien, no digas nada a nadie de eso del reloj. Olvídate, ¿entiendes?

Kama asintió.

-El hombre que estuvo aquí - añadió Paget-, ¿sabes quien es?

El japonés movió la cabeza negando.

-Olvídate también - ordenó Paget-. Era un amigo mío, que entró para darme algunas noticias. El reloj está bien ahora, ¿verdad?

Kama hizo un gesto afirmativo.

-Bueno, puesto que está bien olvídalo. El reloj marcó las ocho y media cuando yo entré. Acuérdate únicamente de eso. Quizá tu reloj no iba bien. Las ocho y media. ¿Te acordarás?

-Usted entró a las ocho y media - repitió Kama.

Rodney Paget terminó el desayuno con su lentitud habitual.

Tomó un baño y se vistió. Era por la tarde cuando se dispuso a salir a la calle. Burnham seguía durmiendo.

Paget alargó a Kama un billete de cien dólares antes de salir.

-¿Qué hora marcaba el reloj cuando yo entré? - preguntó.

-El reloj marcaba las ocho y media - fue la respuesta.

Paget recorrió la calle Ochenta y uno en un taxi. Miró curiosamente por la ventanilla al pasar frente a la casa de piedra parda, donde el doctor Lukens había muerto. Observó a un policía junto a la escalera principal.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Paget.

Buscando en el bolsillo el reloj, el clubman sacó un objeto y lo mantuvo en su mano semicerrada. Era la sortija del escarabajo egipcio que el doctor Lukens llevaba puesta la noche antes, el anillo que en tiempos pertenecía a Henry Marchand.

Todavía sonriendo, Paget volvió a meterse la sortija en el bolsillo.

Tranquilo, abrió la pitillera y sacó un cigarrillo. Le insertó cuidadosamente en su larga boquilla.

Rodney Paget fumaba despacio y con satisfacción, cuando el taxi se detuvo frente al club Merrimac.

CAPÍTULO IX
PAGET SE VUELVE ACTIVO

Varios días habían pasado desde el asesinato del doctor George Lukens. El griterío de los periódicos se había extinguido. La muerte del médico llegó a ser uno de esos misterios sin resolver que pronto son olvidados.

El par de dados con su siete constante ni se mencionaron en los periódicos.

Cardona se los había guardado y los había enseñado al inspector Klein.

Vieron en ellos un extraño significado.

A intervalos, Nueva York había sido víctima de sorprendentes crímenes que quedaron impunes. No existían pruebas directas de que hubieran sido obra de la misma organización. El único indicio fue el hecho de que el número siete apareciera en todos los casos.

La caja del banco había contenido siete chelines. Siete botones habían sido arrancados de la chaqueta de un asesinado. Un gangster moribundo había murmurado la palabra «siete» cuando la policía le capturó durante un intento de escalo.

Se discutía poco la muerte de Lukens en el club Merrimac, aunque el médico había sido uno de sus miembros. Los socios del club se mantenían reservados como si cumplieran un voto. Una vez que un hombre se había acostumbrado al silencio de las vastas salas, se movía por ellas con arreglo a su propia y peculiar manera.

Rodney Paget era miembro del club desde hacía años. Le gustaba por su aristocrático ambiente. Lo único que le molestaba era el peligro ocasional de ser expulsado por deudas atrasadas.

Esto era un crimen imperdonable y Paget apenas había escapado a él durante el largo período de su permanencia en el club.

De hecho la amenaza pesaba sobre él en la actualidad, lo que le preocupaba.

Pues existían diversas razones por las que Rodney no deseaba que su nombre adquiriese de pronto relieve.

Quizá esta era la razón por la que Paget no se dio cuenta de una nueva costumbre que había adoptado. Había venido a ser su procedimiento el entrar a la sala de lectura, en cuanto llegaba al club.

Pocas veces se encontraban presentes muchos miembros. Paget no se preocupaba nunca de ellos. De ahí llegó a ser su hábito diario el ir a la mesa de los periódicos y coger el Morning Monitor, uno de los diarios más antiguos y más conservadores de Nueva York.

En él examinaba todos las anuncios, despacio y cuidadosamente prestando particular atención a la columna, cuyo encabezamiento decía: «Caballeros desean colocación.» Después doblaba el periódico de manera que la primera página apareciese visible.

Todos los días cuando realizaba esta función, Paget dejaba la mesa y tranquilamente insertaba un cigarrillo en la larga boquilla de marfil.

En este día particular, era muy avanzada la tarde cuando Rodney Paget entró en el club Merrimac. Fue directamente a la sala de lectura. Su rostro tenía expresión de ansiedad, lo que era extraño, pues el distintivo habitual de Paget era una calma pronunciada.

Lo tardío de su llegada, significaba que había estado en una juerga de noche entera, pues Paget empezaba siempre el día apareciendo por el club Merrimac.

Paget, aunque descuidado en sus horas, no se permitía excesiva libertad. Era verdadera ansiedad, no costumbre, lo que predominaba en él aquella noche.

Al volver las páginas del Morning Monitor, Paget quedó sorprendido. Un hombre estaba tras él. Paget reconoció a Walter Steuben, otro miembro del club. Dejó el periódico sobre la mesa y le saludó.

-Rodney - dijo Steuben con calma-, quiero saber algo de aquellos quinientos dólares. Hace un mes que me prometiste...

Paget le cogió por el brazo.

-Escucha, Walter-replicó-, será pronto. Dame sólo otra semana de plazo.

-Los necesito ahora.

-Pero tengo que pagar mis cuotas atrasadas - suplicó Paget, en voz baja-. No quiero ser expulsado, Walter. Dame sólo otra semana...

Steuben asintió mal de su agrado y se alejó mientras otro hombre pasaba.

Paget se preguntó si había sido oído.

No reconoció al que pasó, pues le vio de espaldas, pero le observó hasta que se sentó en un oscuro rincón de la sala de lectura, oculto tras un periódico sin desplegar.

Paget volvió a su Morning Monitor. Encontró la página deseada, y casi salió una exclamación de sus labios. Puso el dedo sobre un párrafo y leyó las palabras con avidez.

De pronto, experimentó una sensación escalofriante. La interrupción de Steuben le volvió a la memoria y Paget se sintió desconfiado.

El hombre del rincón estaba todavía tras su periódico, pero Paget tenía la intuición, extraña e indescriptible, de que agudos ojos le vigilaban. De pronto tuvo la impresión de que existían agujeros en el periódico sin abrir, agujeros muy pequeños, invisibles, a través de los cuales era observado.

Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que se había acostumbrado a la rebusca en el Morning Monitor, todos los días en cuanto llegaba al club Merrimac. Esta acción había sido su único proceder regular en su por otra parte descentrada vida.

Un diluvio de ideas pasó por el cerebro de Paget. Se dominó, dobló cuidadosamente el periódico y cruzó la sala de lectura. Allí se sentó en una butaca y miró adelante; pero su vista apenas podía distinguir al hombre del periódico.

Pasó media hora. Ni Paget ni el otro hombre hicieron movimiento alguno.

Por fin la tensión venció a Paget. Se levantó y fue hacia el hombre.

No le costó esfuerzo recobrar su sonrisa. ¡El hombre estaba dormido!

Paget abandonó la sala de lectura. Salió del club y quedó fuera envuelto por la creciente oscuridad. Allí, otra vez, sintió la sensación de que alguien le vigilaba.

Se preguntó si el hombre estaba realmente dormido. Contuvo el deseo de volver y comprobarlo.

En cambio Paget llamó un coche. Fue a su casa. Al llegar a ella registró cuidadosamente todas las habitaciones.

Convencido de que estaba solo. Paget entró en un pequeño recinto que conducía al dormitorio. Había en él una ventana, una alta ventana con una pequeña persiana enrollada. Paget la bajó.

Una gran hoja de papel cayó al suelo.

Paget se había movido en la semioscuridad del cuartito.

Fue al recibidor sin ventanas y encendió la luz. Extendió la hoja de papel y la leyó como para refrescar su memoria.

Satisfecho, volvió a ponerla en la persiana; la dejó subir y el documento quedó de nuevo escondido. Un sonido le informó que la persiana se había cerrado sobre el muelle de un modo automático.

Paget río suavemente. Toda la ansiedad había desaparecido de su rostro.

Ahora parecía lleno de entusiasmo. Con un esfuerzo se dominó y recobró su acostumbrada languidez..

En su satisfacción había olvidado al hombre del club.

Pero en aquel mismo momento, el hombre del club Merrimac entraba, de pronto, en actividad. La sala de lectura estaba desierta, pues la mayoría de los socios del club habían ido a cenar. El hombre se levantó de su butaca dejando ver las facciones que Paget había tratado en vano de conocer.

El rostro de aquel hombre era extraño, suave, sin expresión y como de máscara. Era el rostro del desconocido que había visitado al doctor Lukens, la noche antes de su muerte.

El hombre de rostro inmutable fue a la mesa de los periódicos. Volvió las páginas del Morning Monitor. Se detuvo en la sección de anuncios por palabras. Le brillaron los ojos al encontrar un párrafo bajo el encabezamiento: «Caballeros desean colocación.» El párrafo decía:

Ejecutivo hombre de 23 años, con experiencia, aceptaría cargo de responsabilidad. Mínimo 9.750 dólares anuales. Tratos sólo con sociedades. B. X. 86.

El hombre rió al leer las condiciones del anuncio. Su risa era hueca, poco más que un murmullo; sin embargo, tenía resonancia de algo fatal en la silenciosa sala.

El desconocido dobló el periódico y fue hacia la entrada. Penetró en su cabina telefónica y marcó un número.

-¿Hotel Metrolite?-preguntó. Su voz era tranquila-. Cuarto 874.

El hombre volvió a hablar unos minutos más tarde.

-¿Míster Vincent? - inquirió-. Siento no poder ir con usted esta noche. Me quedo en casa. Tengo que marcharme en seguida. Desde luego, usted lo comprenderá.

Las palabras recalcadas formaban la frase: «Ir en seguida.»

Veinte minutos más tarde Harry Vincent, agente de La «Sombra» descendía de un taxi frente a la casa de Rodney Paget. Fue hacia el extremo del edificio y miró hacia las iluminadas ventanas.

Hizo un cálculo cuidadoso. Descubrió una ventana, la correspondiente a la sala del departamento de Paget. Estaba iluminada.

Harry regresó a un punto adecuado desde el que podía vigilar la puerta de la calle. Esperó paciente cerca de diez minutos. Un hombre vino despacio a lo largo de la calle y se detuvo a poca distancia.

-Harry-dijo en voz baja.

-Hola. Clyde-contestó Vincent en el mismo tono-. Creo que llegas a tiempo. Sé qué aspecto tiene. Cuando salga te seguiré. Tú vienes detrás de mí. Estarás dispuesto a continuar siguiéndole la pista si yo creo que sospecha de mí.

-De acuerdo.

Un hombre apareció en la puerta de la casa. Salió a la calle y miró despacio en ambas direcciones.

Era Rodney Paget. Llevaba un bastón que volteaba y fumaba su acostumbrado cigarrillo. Cruzó la calle como sin rumbo fijo. Harry le siguió.

Paget, al parecer, no tenía prisa. Anduvo varias manzanas; luego torció hacia Broadway. Se detuvo uno o dos veces frente a distintos restoranes y Harry siguió detrás.

Por fin una casa de comidas atrajo la fantasía de Paget. Entró y fue a una mesa al final del local. Harry quedó fuera mientras Burke llegaba.

-Podemos entrar sin que se dé cuenta - musitó Harry-. Paget no está de cara a la puerta. Tomaremos una mesa cerca de la entrada.

Ambos hombres entraron en el pequeño restaurante y pidieron de cenar. Frente a frente, junto a la ventana de la calle, podían observar a Paget por la espalda mientras el clubman cenaba. Paget parecía no tener prisa en terminar.

-P-s-st-siseó Harry a su compañero.

Clyde miró a la izquierda sin mover la cabeza. Observó que Paget se levantaba de la mesa del fondo.

El hombre se había vuelto un poco, quedando de perfil. Sacó un reloj del bolsillo para mirar la hora. Entonces echó una ojeada a todo el restaurante con curiosidad. Ni Harry ni Clyde hicieron el menor movimiento sospechoso.

Librodot

Paget pagó al camarero y miró a su alrededor. Luego se dirigió a la parte posterior del establecimiento.

-Está telefoneando-murmuró Clyde-. Hay una cabina en el rincón. Puedo ver la esquina desde aquí.

Harry asintió.

Pasaron los minutos. Harry empezó a sentirse molesto. Entonces se inclinó sobre la mesa.

-Es una conferencia larga -murmuró-. Voy allí para consultar un número.

Se levantó y fue hacia la parte trasera del restaurante. Clyde le vio cuando se acercaba a la cabina. Entonces el rostro de Harry se volvió de pronto hacia la mesa donde Clyde Burke estaba sentado y el periodista observó una expresión de profunda sorpresa en las facciones de su amigo. Se levantó en respuesta a una señal de Harry.

-¡Mira! - exclamó Harry cuando Clyde estuvo junto a él. Vincent señalaba la cabina telefónica.

Clyde Burke estaba demasiado asombrado para contestar. Se encontraba al final del restaurante en un lugar oscuro, cerrado por paredes lisas y pintadas.

Ante ellos la cabina telefónica, cuya puerta daba a la parte trasera del local.

Estaba vacía. ¡Rodney Paget había desaparecido!

CAPÍTULO X
LOS SIETE SILENCIOSOS

Un hombre apareció en el pasillo de una antigua casa de departamentos de alquiler de la derecha de Broadway. El lugar estaba desierto. Presentaba señales de haber conocido días mejores.

El hombre abrió la sólida puerta del ascensor automático. Entró, cerró tras él y apretó el botón marcado con la cifra 4. EL ascensor, envuelto en el ruido del mecanismo, se puso en marcha lentamente.

El hombre puso el dedo índice sobre el botón rojo que marcaba «Parar».

Vigiló la puerta del ascensor y observó el número que designaba el tercer piso.

En el momento en que el fondo del ascensor llegaba a la parte alta de la puerta que conducía al tercer piso, el hombre apretó el botón de parada.

El ascensor se detuvo entre los pisos tercero y cuarto.

El pasajero se volvió a la parte posterior del ascensor. Consistía de dos hojas metálicas con una división vertical entre ellas. El hombre colocó la mano en la división y la empujó varias pulgadas hacia arriba. Haciendo presión contra la hoja de la derecha, separó ésta hacia la izquierda.

Apareció una abertura en la parte posterior del ascensor. Tras ella había un pequeño paso abierto a través de la pared de ladrillos que formaba la caja del ascensor.

El hombre penetró en la abertura. Cerró las hojas metálicas. Se oyó un chasquido y el mecanismo del ascensor volvió a zumbar mientras el aparato descendía.

Librodot

EL pasillo inferior quedó desierto durante unos minutos. Luego se abrió una puerta lateral y apareció Rodney Paget. Salió del viejo almacén por el que había entrado.

Observó precavido a su alrededor. La puerta de la calle era sólida y no podía ser visto desde fuera. Paget miró su reloj. Marcaba las ocho y cinco.

El clubman avanzó con paso firme a través del zaguán. Con precipitación abrió la puerta del ascensor y penetró en él. Dio un suspiro de descanso al apretar el botón que indicaba el número cuatro.

Como el hombre que había subido antes que él, Paget puso el dedo sobre el botón rojo de parada. Estaba en tensión, esperando el instante propicio. Tenía el aire del que se ha embarcado en una aventura peligrosa.

Cuando el ascensor hubo pasado el tercer piso, Paget apretó el botón de parada. Se volvió y sus manos temblaron ligeramente al encontrar las planchas movibles y abrirlas.

La oscuridad del pasaje a través de la pared le desalentó momentáneamente.

Vaciló en la entrada; después, con súbito esfuerzo, siguió adelante.

Cerró las planchas tras él y apretó un resorte que advirtió por el tacto en la oscuridad. Quedó en actitud de escuchar mientras el ascensor descendía al primer piso.

Paget continuó su camino a través de impenetrables negruras. Llevaba ante él las manos extendidas. Tropezó con una pared.

Tanteando a la derecha, Paget descubrió una curva en el pasaje, pero no la siguió. Por el contrario, sus manos se dirigieron hacia el rincón que formaba la pared. Allí sus dedos descubrieron una pequeña moldura casi imperceptible.

La oprimió y la suave pared cedió. Reveló un cuarto alumbrado por una luz roja y mortecina. Cuando Paget entró, el muro se cerró tras él.

EL cuarto era pequeño. En un rincón veíase una masa de ropas. Paget se detuvo y cogió una capa azul oscuro terminada por una capucha. Se vistió aquella indumentaria y fue hacia la pared opuesta al lugar por donde había entrado.

Golpeó en la pared siete veces. Un silencio momentáneo, después se oyeron siete golpes respondiendo; Paget llamó cinco veces más. Una parte del muro se deslizó sobre su base, permitiéndole la entrada.

Paget entró en un cuarto mayor, donde permanecían de pie cuatro encapuchados. Uno de ellos se le acercó. El cuarto estaba iluminado por una luz mortecina y siniestra.

-Siete-murmuró una voz. La voz provenía de la encaperuzada figura que estaba ante Paget.

-Silencio -murmuró éste, contestando.

-Uno-fue la siguiente petición.

-Cinco-fue la respuesta de Paget.

-Nuestro nombre.

-Los Siete Silenciosos.

-Nuestro signo.

Paget levantó sus manos. Los dedos de la mano derecha estaban extendidos, dos de la izquierda también.

El gesto significaba el número siete.

-Nuestro amuleto-fue la siguiente demanda.

Librodot

Paget extendió su mano izquierda con la palma hacia abajo. Allí, en el dedo anular estaba la sortija del escarabajo que había sido usada una vez por el doctor George Lukens.

El encapuchado examinador se inclinó hacia adelante para inspeccionarla.

Demostró su aprobación retrocediendo.

Paget, sin vacilación visible, ocupó su sitio cerca de la pared, junto a los tres encapuchados que ya estaban allí.

Un silencio siniestro pendía sobre aquel grupo de hombres tan extrañamente ataviados. Un silencio que hacía estremecer a Rodney Paget. Estaban esperando y ninguno se movía. Por fin, siete golpes ligeros se oyeron.

El encapuchado jefe se adelantó y dio sobre la pared deslizante siete golpes.

Seis golpes se oyeron como respuesta. La pared corrió hacia un lado y otro encapuchado entró. Contestó a las preguntas que habían sido ya hechas a Rodney Paget.

La única diferencia consistía en la respuesta dada a la palabra «Uno». Paget había respondido «Cinco». EL recién llegado contestó «Seis».

Hubo una prolongada espera después de que el sexto hombre fue aceptado por el examinador. Entonces se oyó otra llamada. El recién llegado replicó «Siete» a la pregunta «Uno». Fue aceptado.

El examinador retrocedió de espaldas, hasta el lugar más alejado del cuarto y levantó ambas manos. Paget siguió el ejemplo de los demás mientras se sentaron en taburetes cerca de las paredes de la habitación.

-Somos los Siete Silenciosos -dijo la figura central, en voz baja. Todas las palabras se oían; alguna disposición acústica especial del cuarto daba al tono un sonido que inspiraba respeto.

-Los Siete Silenciosos-contestaron los otros en un murmullo.

-Mandamos a los Cincuenta Fieles-dijo la voz.

-Los Cincuenta Fieles-fue el eco murmurante.

-Nuestras identidades son desconocidas - declaró el que hablaba-. Todos nosotros fuimos nombrados por el fundador de nuestra orden, aquel que primero fue el número Uno.

»Si se necesitan nuevos miembros yo los nombraré. Sus nombres serán conocidos sólo de mí. Ése es mi juramento.

-Tú has declarado cl juramento del Número Uno - fue la respuesta.

-Sed cuidadosos con los Cincuenta Fieles - dijo la voz del orador-. Revelaos sólo en caso de extrema necesidad. No siendo así, tratad con ellos usando la contraseña.

-Usando la contraseña.

-O usando la cifra.

-Usando la cifra.

-O por medio de mí, vuestro jefe.

-Por medio de nuestro jefe.

Hubo un corto silencio. El orador hizo entonces una declaración.

-Esta noche - dijo - nos hemos reunido a petición del Número Cinco. Le oiremos romper el silencio.

Rodney Paget se levantó intranquilo. Fue hacia el final de la habitación en dirección contraria al jefe e hizo con las manos el signo de los Siete. El jefe respondió con el mismo signo.

Librodot

-Hermanos de los Siete-dijo Paget en voz baja-. Os he traído un plan.

Quedó sorprendido al oír su propia voz. Sus palabras no le parecían naturales. Era imposible reconocer una voz familiar en aquel extraño aposento.

Paget recobró el dominio de sí mismo. Los había temido hasta entonces, pero ahora adquiría seguridad rápidamente.

-Mi plan-continuó-, nos proporcionará millones. Para llevarlo a cabo, debo ser auxiliado en absoluto por los Cincuenta Fieles. Antes de ahora he usado algunos de ellos - estaba lívido al decir esta falsedad-, pero necesito los servicios de los más adecuados a mis presentes necesidades. Deseo obtenerlos por mediación del Número Uno.

-¿Tu plan requiere crimen?

La voz que interrumpía era la del Número Uno.

-Sí.

-¿De qué clase?

-Secuestro.

-¿Eso es todo?

-Pueden haber complicaciones - aventuró Paget inquieto.

-No hay complicaciones para los Siete Silenciosos-declaró el jefe-. Para nosotros todos los crímenes son iguales, y todos son justificables. Cada crimen debe servir un propósito útil para nosotros.

»Queremos poder y riqueza. La sociedad es nuestra presa. No nos detiene nada. Sólo pedimos que la ganancia merezca nuestra atención.

-Mi plan la merece.

-¿Qué dicen los Siete? -preguntó el jefe.

-Dejemos que el Número Cinco revele su plan, al Número Uno -dijo una voz.

El coro respondió: «Sí».

EL jefe se acercó y sacó una carpeta que tenía adosada una hoja de papel.

Puso un lápiz en la mano de Paget. Allí, en aquel cuarto siniestro, entre las encapuchadas figuras, el hombre que se había declarado a sí mismo como Número Cinco, empezó a escribir.

A veces su mano vacilaba. La presencia del jefe le hacía continuar.

El jefe retrocedió, llevándose la carpeta. Leyó con detenimiento las palabras escritas por Paget.

Leyó el mensaje por segunda vez, como aprendiéndolo de memoria. Luego arrancó el papel de la carpeta.

El corazón de Paget dio un vuelco al ver que el jefe rompía en menudos pedazos el papel; acto seguido se estremeció de emoción cuando el jefe habló:

-El plan es bueno - declaró el Número Uno-. ¿Qué ordenan los Siete?

-Dejemos decidir al Número Uno-fue la respuesta.

-Sí -afirmó el murmurante coro.

-Le aceptaremos - dijo el jefe-. ¿Tiene algo más que decir el Número Cinco?

-Necesitaré dinero-dijo Paget con atrevimiento.

-¿Cuánto?

-Diez mil dólares.

-Concedidos - fue la rápida respuesta del jefe. Llamó a Paget. Cuando éste se acercó, el jefe escribió algunas palabras misteriosas en una tarjeta y se la enseñó.

Paget asintió inclinando su encapuchada cabeza. El jefe destruyó la tarjeta y Paget se retiró a su sitio.

-¿Volverá a quedar sin romper el silencio? - preguntó el jefe.

No hubo respuesta.

El jefe se volvió y descubrió un nicho en la pared. Allí había un candelabro con siete velas encendidas. El jefe habló.

-Los Siete - dijo.

-Silencio-replicaron los otros.

El jefe apagó una de las candelas.

-Número Siete-dijo.

Una de las encapuchadas figuras se levantó y volvió la espalda al jefe. La pared se abrió y el Número Siete partió. La pared se cerró.

Después de una corta espera, el jefe apagó otra candela. Luego nombró al Número Seis y un segundo hombre salió. Cuando el jefe apagó la tercera candela y llamó al Número Cinco, Rodney Paget imitó a sus antecesores.

Tan pronto como la pared se hubo cerrado tras él, se quitó el hábito y siguió el pasaje que conducía al ascensor. Allí encontró un botón en la pared. El ascensor subió y Paget entro en él.

No perdió tiempo en ausentarse. Tres minutos después de la despedida, bajaba por el Broadway en un taxi.

Paget fue al teatro aquella noche, pero empezó a dar muestras de mal contenida impaciencia antes de que la función terminase. Después del último acto, Paget salió del teatro con inusitada precipitación.

Enderezó sus pasos hacia la sexta Avenida y se detuvo en la esquina de la calle Cuarenta y Cuatro. Pocos minutos más tarde un coche paraba junto al bordillo.

-¿Taxi? -preguntó Paget, hablando junto al coche.

-Ocupado - contestó cl chófer.

-Fieles-dijo Paget en voz baja.

-Los Cincuenta - respondió el chófer.

-Silencio - dijo Paget.

-Los Siete -fue la respuesta.

Paget puso sus manos delante del pecho: una, abierta; la otra, con el puño cerrado. El chófer hizo el mismo signo.

Era la señal de reconocimiento que identificaba los miembros de los Cincuenta Fieles, los hombres que servían a los Siete Silenciosos. EL chófer abrió el coche.

Paget ordenó que le condujese al Merrimac Club. Mientras el coche pasaba entre los pilares del ferrocarril elevado, la mano del chófer apareció por la partición que separaba el asiento de atrás del ocupado por el conductor. Un sobre cayó al suelo.

Paget lo recogió y se lo metió en el bolsillo. No estuvo mucho tiempo en el club Merrimac. Se paseó por allí y fumó un cigarrillo.

Entonces, tan tranquilo como siempre, salió del club, llamó un taxi y se dirigió a su casa.

Pero en la intimidad de su departamento, tras las persianas echadas del salón, Rodney Paget se volvió de pronto interesado.

Librodot

Sacó el sobre del bolsillo y rompió el extremo. Sus dedos temblaban mientras desgarraba el sobre y se apoderaba del contenido. Siguió un suspiro de satisfacción.

En las manos tenía un fajo de billetes de quinientos dólares, nuevos y crujientes.

Paget sonrió mientras los contaba. Veinte en total. ¡Eran los diez mil dólares que habla solicitado de Los Siete silenciosos!

Paget se maravilló del poder de la omnipotente asociación.

Se dio cuenta de que se había aliado con maestros del crimen. Con capital inagotable, con cincuenta decididos trabajadores a sus órdenes. Los Siete Silenciosos eran una desconocida banda de terror.

CAPÍTULO XI
PAGET VE UNA SOMBRA

No había ningún cambio apreciable en Rodney Paget cuando apareció al día siguiente en el Club Merrimac. Todas las señales de ansiedad habían abandonado sus facciones. Su compostura habitual estaba completamente restaurada.

En Paget, la languidez era natural, no fingida. Los dedos colgantes con la boquilla de ámbar pendiente de ellos, indicaban a un hombre de cierta capacidad, pues Paget era un profundo tracista, cuyo mayor don era la falta de emoción excesiva.

Llegó al club poco después de mediodía y una de las primeras personas a quienes encontró fue a Steuben. Llevó a su amigo a un rincón y le puso algo en la mano. Steuben al mirar lo que era, quedó sorprendido al ver un billete de quinientos dólares.

Cuando Paget se alejaba de Steuben, un hombre de rostro solemne, al que no reconoció, pasaba por allí. Se preguntó si podía ser el individuo que había estado en la sala de lectura el día anterior.

Paget se paseó por el club durante una hora. Parecía lánguido y completamente desinteresado por lo que le rodeaba. En realidad, aguardaba a alguien; y estaba sentado en el comedor cuando el esperado individuo llegó.

Un hombre bajo y moreno entró en el Club Merrimac. Andaba con aire de importancia y parecía expresar en cada uno de sus gestos la satisfacción de sí mismo. Tenía paso de hombre de negocios; miraba de frente.

Sus ojos agudos, labios rectos y delgados y su bigote cuidadosamente erguido, añadían superioridad a su expresión. No vio a Paget hasta que éste le saludó.

-¡Hola, Wilbur! - enunció Paget, quitándose la boquilla de los labios.

EL recién llegado se detuvo.

-¡Ah, Rodney! - dijo. Tendió la mano y Paget se levantó para estrechársela.

-¿Almorzamos juntos? - preguntó Paget.

El hombre echó una mirada a su reloj.

-Muy bien, Rodney - aceptó-. Tengo una cita a las dos. Un bocadillo nada más y saldré corriendo.

El hombre con quien almorzaba Rodney Paget era Wilbur Blake, uno de los jóvenes más ricos de Nueva York, Blake era algunos años más joven que Paget. Había heredado millones y se movía en los medios más aristocráticos y con mucha frecuencia estaba ausente de Nueva York, en viaje.

Vivía en Newport en verano y visitaba Florida en el invierno. Aquél era uno de los intervalos durante los cuales vivía en su casa de Long Island.

Paget había conocido a Blake desde la adolescencia y había deseado muchas veces capitalizar su amistad con el millonario; pero otras tantas consideró lo más prudente desistir.

Blake habla dejado la amistad de varias personas porque trataron de aprovecharse de su riqueza. Por eso Paget parecía evitar a Blake más que buscar su compañía. Esta actitud había producido el resultado previsto.

Rodney Paget era el único miembro del Merrimac Club a quien Wilbur Blake hubiese aceptado gustoso como amigo íntimo.

El camarero anotó lo pedido. Blake se retorció las guías del bigote y paseó su mirada¡ por la sala.

Paget inició una conversación que, muy bien llevada, terminó invitando Blake a Paget a ir a su casa de campo. Paget aceptó.

Mientras Blake comía apresurado, Paget lo hacía despacio. Vigilaba a su amigo con detenimiento, como si estuviese interesado en cualquier gesto que Blake pudiese hacer.

El millonario no se dio cuenta de ello. Tenía prisa por terminar su refacción.

Acabó mucho antes que Paget y se fue de la mesa con un brusco recordatorio de que al día siguiente por la mañana su chófer iría a recoger a Paget.

Paget vigiló a Blake mientras salía del comedor. Entonces, mientras el camarero traía el postre, el clubman insertó un cigarrillo en la larga boquilla y fumó pensativo.

Algo parecido vagamente a una sonrisa pasó por sus labios.

Más tarde, anochecido ya, Paget volvió a su departamento y llenó dos baúles. Cuando hubo terminado, entró en la alcoba y miró a la persiana de la ventana. Allí permaneció indeciso.

Finalmente, se encogió de hombros y salió del departamento. Fue al club y cenó solo.

A las ocho, salió a la calle y llamó a un taxi.

Con su lánguida apariencia, Paget observaba en secreto mientras el coche se separaba de la fachada del club. Vio otro coche ir tras el suyo. Se acarició la barbilla y sonrió. Su coche llegó a la estación de Pennsylvania.

Paget se abrió paso a través de la alborotada multitud y de pronto salió por otra puerta, de donde se alejó precipitadamente en otro taxi.

Esta vez, cuando miró tras él, una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro. Tenía la seguridad de que ningún taxi iba sobre su pista.

EL destino de Paget era una calle de las Noventa, al Este de la Avenida Lexington. Allí dejó el coche y recorrió varias manzanas, volviendo dos o tres esquinas.

Llegó a una vieja mansión que había sido convertida en casa de alquiler.

Entró en el sucio vestíbulo y tocó un timbre. Se oyó un silbido por el tubo acústico de la pared.

Librodot

-Muy bien-replicó Paget.

La puerta se abrió y el clubman entró. Subió dos tramos de escalera y llamó a una puerta del rincón. Se abrió también esta puerta y Paget penetró en un cuarto miserablemente amueblado. Una sola luz brillaba en una mesa del rincón.

El único ocupante era el hombre que había hecho entrar a Paget. Este individuo, que estaba oculto en la semipenumbra, cerró la puerta. Paget se sentó en una silla junto a la mesa.

-¿Bien? - preguntó el individuo.

-Está arreglado - replicó Paget.

Una exclamación de placer fue la respuesta.

-¿Cuándo? -preguntó el hombre.

-No lo sé-respondió Paget-. Pronto, sin embargo.

-¡Mejor que sea pronto! - arguyó el hombre, sombrío-. He esperado mucho. Estoy arruinado. Debo cincuenta dólares de alquiler, entre otras cosas.

-Yo arreglaré eso-dijo Paget tranquilo.

-Ya lo has dicho otras veces. He esperado demasiado.

-Tienes que esperar - Paget hablaba con brusquedad.

-Ya lo sé. Me tienes donde quieres. No puedo quejarme. He estado esperando bastante tiempo. Pero eso cansa. Necesito acción.

-¿Qué dices a esto?

La mano de Paget se mostró bajo la luz sosteniendo un fajo de billetes. El otro hombre respondió con un gruñido de avaricia. Se adelantó y fue a apoderarse del dinero. Paget permitió que lo cogiera.

El hombre se dejó caer en una silla junto a la mesa y contó veinticinco billetes de diez dólares. Las manos le temblaban de emoción.

Cuando hubo terminado de contar el dinero, levantó la cabeza y sus facciones pudieron verse iluminadas por la luz de la mesa.

Un rostro sombrío con ojos rápidos y activos labios delgados bajo un bigote de puntiagudas y erguidas guías. Las facciones eran casi idénticas a las de Wilbur Blake.

-Un poco menos de avaricia - dijo Paget calmoso-. Lo contrario no va bien con tu papel.

El hombre asintió. Luego profirió una risita corta.

-La risa puede ser mejorada-añadió Paget-. No la emplees con frecuencia. Ahora prueba a reaccionar contra esto. Te estoy insinuando algo que te hace sospechar que quiero pedirte un favor.

Las cejas del hombre se acercaron hasta juntarse. Sus ojos se tornaron fijos y firmes. La expresión de su rostro transparentaba sospecha.

-Bien - dijo Paget-. Ahora ensaya otra cosa. Te he engañado sin que te dieras cuenta. Por ejemplo, quiero visitarte. Te acabo de decir simplemente que no tengo ahora nada que hacer y tú estás pensando en invitarme a ir a verte.

Los párpados del hombre se levantaron.

-Eso es - declaró Paget-. Lo has hecho estupendamente. Vigilé hoy para asegurarme...

EL hombre sonrió.

-Estate aquí a mano, por las noches-dijo Paget.

-Así lo haré.

-Sobre todo...

Las palabras se helaron de pronto en los labios de Paget. Miraba más allá de su compañero, contemplando con atención la ventana. El hombre notó sus ojos y empezó a volverse. Paget le apretó la muñeca y murmuró sin mover los labios:

-Mira en esa dirección - dijo-. No te vuelvas.

Paget recuperó su sangre fría en seguida. Sus ojos se desviaron hacia el suelo, pero se mantuvieron en la dirección de la ventana. Paget colocó un cigarrillo en su boquilla de marfil.

Su compañero creyó que ya no estaba interesado. Sin embargo, Paget no había abandonado la vigilancia. Observaba algo sobre el oscuro suelo, una enorme sombra que yacía inmóvil, proyectándose hacia adentro desde la ventana.

Los ojos de Paget no se apartaban del suelo. Su compañero estaba extrañado, pero no hizo ningún comentario. Pasaron dos minutos. El único movimiento que se hacía en el cuarto era el de Paget al quitarse y ponerse la boquilla en los labios.

La mancha negra que yacía en el suelo estaba inmóvil.

Paget se levantó. Fue hacia la puerta. Se volvió y sus ojos buscaron el suelo.

Todavía no vio ningún movimiento en la mancha irregular; sin embargo, Paget estaba seguro de que su posición había cambiado.

La sombra había retrocedido. El clubman no dio señales de su descubrimiento. Fue hacia la puerta y puso la mano sobre el pomo. Entonces miró atrás.

La mancha negra se movía estirándose hacia la ventana y hundiéndose en las tinieblas. Paget la vigilaba esperando que se detuviese. En lugar de eso desapareció de un modo repentino y sorprendente.

Con pasos rápidos Paget cruzó la habitación y llegó a la ventana abierta. Su compañero se unió a él. El hombre iba a hablar, preguntándose si Paget se había vuelto loco de pronto. El clubman le echó hacia atrás de un empellón.

-¡Sepárate! - exclamó Paget mientras se asomaba a la ventana.

Bajo sus pies había un patio a un lado del edificio. Una luz de la calle no revelaba otra cosa que la áspera pared de ladrillo del viejo caserón. Hacia la izquierda había un rincón apenas a dos metros de distancia.

No había ninguna ventana directamente debajo; la más próxima estaba a siete metros hacia la derecha...

-¡La parte trasera de la casa! - exclamó Paget-. ¿Tienes allí una ventana?

Su compañero negó con la cabeza.

-¿Qué ocurre? - preguntó.

-Creí ver a alguien en la ventana.

El hombre rió.

-Sólo un ser humano volador podría subir esa pared-dijo-. Tú ves visiones.

-Vi una sombra en el suelo - replicó Paget-. Desapareció. Parecía la sombra de un hombre, una gran sombra que se encogía.

-¿Viste a alguien fuera?

-No. Puede haber dado vuelta a la esquina de la casa.

-¿Colgado de los ladrillos?

Paget se encogió de hombros. La incredulidad del hombre era lógica. Sin embargo, Paget sentía que no hubiese una ventana trasera desde la que hubiese podido hacer una inspección rápida.

Decidió olvidar el asunto y añadir unas palabras de precaución.

-Ten cuidado, Dodge - dijo-. No quiero que mires hacia la ventana. Cuanto menos te vean, mejor.

El hombre asintió. Replicó en el mismo tono.

-Reprime eso de Dodge - previno-. Es mal nombre para llamarme.

-Está bien, por ahora - dijo Paget-. No lo uso mucho. Es la primera vez que lo pronuncio esta noche. Tan pronto como estés colocado, olvidaré el nombre Dodge, a no ser que...

-¿A menos que?

-¡A menos que trates de traicionarme!

El hombre inclinó la cabeza.

Rodney Paget miró otra vez por la ventana. Medio satisfecho, dio las buenas noches a su compañero y salió del cuarto sin añadir palabra.

Fuera del edificio, miró con precaución calle arriba y abajo. No viendo a nadie, se alejó.

Las sombras de la calle parecían reales a Rodney mientras seguía su camino hacia Lexington Avenue. Llamó un taxi y fue hacia su casa. En la puerta, miró al otro lado de la calle, contemplando con sospecha la negrura de la acera opuesta.

Por fin, convencido de que todo era fruto de su imaginación, entró en su departamento. Se iluminaron las ventanas. Quince minutos más tarde quedaban a oscuras.

Rodney Paget se había retirado a descansar.

Fue entonces cuando la masa sombría del otro lado de la calle empezó a moverse. Algo parecido a una forma sólida surgió y se alejó con paso fantasmal.

Mientras se acercaba a la avenida, al final de la calle, la forma deslizante se fundió de nuevo con las negras fachadas. En aquel momento el ojo más agudo no hubiese podido advertir su presencia.

Un taxi se detuvo en respuesta a un silbido. El cochero no pudo ver al aspirante a pasajero. Luego oyó abrir la puerta del coche.

El pasajero había subido sin que el taxista lo viese. Una cabeza apareció en la partición divisoria y una voz bajísima dio la dirección al conductor.

Mientras el coche se alejaba de la calle, frente a la casa donde Rodney Paget vivía, una carcajada suave y burlona se oyó en el interior del taxi. No parecía la risa de un ser humano. Era una risa que semejaba la sombra de una risa.

CAPÍTULO XII
BLAKE DA UN PASEO

Wilbur Blake estaba sentado en la espaciosa biblioteca de su residencia de Long Island. Ante él tenía un vaso vacío sobre la mesa. Apretó un botón de la pared. Apareció un sirviente.

-Herbert-dijo Blake-, diga a Otto que entre antes de irse.

Un momento más tarde, un chófer de uniforme entró en la habitación.

-¿Todo bien, Otto? - preguntó Blake.

-Sí, señor.

-Tiene que recoger a míster Paget en el Club Merrimac a las diez y estar de regreso antes de las once.

-Sí, señor.

-Recoja en su casa al vigilante nocturno. Puede traerlo en el asiento trasero.

-Sí, señor.

El cochero salió. Blake se dirigió a una mesa en el rincón y empezó a escribir.

Paget había estado con Blake durante una semana, y gozaba con la compañía de Paget en su gran casa de Long Island. La gran riqueza de Blake hacía raras las amistades de carácter íntimo. Era más bien un joven solitario.

Blake llevaba sólo diez minutos trabajando, cuando alguien entró en la habitación. Se volvió y vio a Rodney Paget.

-¿Cómo viniste? - preguntó Blake sorprendido-. Otto acaba de salir para recogerte en el Club Merrimac.

-¿De veras? - exclamó Paget-. Les dije que telefoneasen desde allí. Un amigo mío venía en esta dirección y vine con él. No tuve tiempo de telefonear yo mismo.

Blake llamó al sirviente.

-¿Telefonearon desde el Club Merrimac? -preguntó.

-No, señor - replicó Herbert.

-Ya sé lo que ha pasado - dijo Paget con disgusto-. Les dije que tu chófer vendría a las diez. Probablemente han creído que quería que le dijesen que me había ido. Una confusión.

-No importa-replicó Blake-. No necesitaré a Otto. Celebro que hayas venido. Tráenos algo de beber, Herbert. Jugaremos al billar.

Mientras los dos hombres apuraban sus vasos, Wilbur Blake se volvió locuaz y amable.

-¿Sabes, Rodney-dijo-; Que eres la mejor compañía que he tenido aquí? Llevas cinco días...

-Seis - corrigió Paget.

-Seis - confirmó Blake-. Es cierto.

-Y seis días son muchos días-dijo Paget.

-Quiero que te quedes un mes, sí puedes-dijo Blake.

Paget alargó su vaso al sirviente.

-Lo pensaré-dijo-. Pero a veces estás ocupado, Wilbur. No quiero molestarte.

-No te preocupes por eso -rió Blake-. Si tus ocupaciones te lo permiten, por mí no queda. Además, que no te inmiscuyes en mis conversaciones cuando hablo de negocios. Esta noche es la primera que no has estado aquí.

Paget asintió.

-Por otra parte - dijo Blake-, me gusta discutir algunos de mis negocios contigo. Hubieses sido un buen hombre de negocios, Rodney, de haberte dedicado a ello.

-Sólo me interesan los grandes negocios - dijo Paget con languidez-. Me fastidian las menudencias y por eso no trabajo más que lo absolutamente indispensable.

El criado entró.

-El teléfono, señor - dijo a Wilbur Blake.

Blake se levantó. Por la expresión de su rostro parecía aturullado.

-Vamos, Rodney - dijo-. Contestaré al teléfono de paso que vamos al billar

Entraron en el gran salón y Blake fue al teléfono. Mantuvo una corta conversación; luego colgó el auricular y se dirigió a Paget.

-Tengo que ir a ver a Barton - explico-. Está preocupado por esa proposición del trust. Espera a un par de hombres esta noche y quiere que yo esté allí.

-¿Puedes esperar a que regrese Otto?

-No. Pero no importa. Otto me lleva siempre. Pero en este viaje tan corto puedo conducir yo mismo. Tendré que coger el sedán, sin embargo. Otto sacó el coche de carreras.

-¿Quieres que vaya contigo?

-No. Iré solo. Regresaré dentro de una hora.

Blake salió por la puerta lateral después de encender la luz del exterior.

Paget y el criado, desde la puerta principal, le observaban.

Blake desapareció en las tinieblas del garage. Paget cerró la puerta y se volvió al criado.

-Otra bebida, Herbert-dijo-. Espere. Voy con usted.

Entró en el comedor y habló con el criado mientras aquél preparaba la bebida. Oyeron el ruido del sedán al arrancar.

Paget continuó hablando con Herbert. Pasaron varios minutos. Entonces Paget entró en la biblioteca y empezó a leer un libro.

Había cierta tranquila seguridad en las maneras de Paget cuando tomó asiento allí. Herbert, al entrar casualmente, no vio nada de particular.

Sin embargo, Paget estaba ansioso en su interior, esperando expectante mientras los minutos transcurrían. Sólo exteriorizó su estado de ánimo con sus preguntas tontas a Herbert.

-¿Dónde está el ayuda de cámara? -preguntó Paget.

-Arriba, señor-dijo el sirviente.

-¿Y los demás criados?

-Se van por la noche, señor. Pero Jarvis y yo estamos siempre aquí. También Otto, excepto esta noche. Luego el vigilante empieza su tarea; pero más tarde.

-¿A las once?

-Sí, señor.

-Buena idea - dijo Paget, aprobador

-De este modo queda esto bien protegido.

-Sí, señor. Míster Blake está muy interesado en ello.

EL criado salió. Paget continuó esperando. Observó lo que escribía Blake sobre la mesa y estudió las anotaciones con interés.

Rodney Paget había aprendido mucho acerca de los negocios de Wilbur Blake durante los últimos seis días, mucho más de lo que Blake podía suponer.

Un coche se detuvo en la puerta. Paget salió de la biblioteca y fue al salón, donde encontró a Herbert. El coche se detuvo en la puerta lateral. Wilbur Blake entró.

Paget miró con fijeza al hombre y observó un ligero gesto de su mano derecha. En contestación, Paget hizo una señal con los dedos. Blake se volvió al criado.

-Dejaré el coche a la puerta, Herbert - dijo-. Di a Otto que lo entre, cuando llegue. Dile además que quiero verle.

El criado no contestó. Miró a su señor, intrigado. Blake le devolvió la mirada; sus cejas se juntaron en la forma que le era característica cuando algo le molestaba.

Herbert reconoció el gesto y contestó rápido: -Sí, señor - dijo.

Paget se volvió a Blake: -¿Qué hay de la partida de billar?

-Bien-contestó Blake.

Paget se dirigió hacia el salón de billar y Blake le siguió. Paget dijo algo en voz baja, sin mover los labios. Blake se volvió y miró otra vez a Herbert.

-Bebidas - ordenó.

-Sí, señor - Ya no había vacilación en las maneras del criado cuando fue hacia el comedor.

Los dos hombres jugaban al billar cuando Herbert llegó con los vasos. AL marchar el criado, Blake murmuró a Paget:

-Ha estado a punto de oler algo.

-Sólo un momento - contestó Paget.

-Otto será el próximo - comentó Blake-. Estaré preparado. Dime, el asunto ha salido redondo. ¿Cómo te las arreglaste?

-No te preocupes.

-Oh, muy bien. Me gustó el trabajo, eso es todo. El sedán llegó y se detuvo frente a la vieja casa donde me dijiste que esperase. Un individuo salió y subió calle arriba. Cuando vi que no habían moros en la costa salté al coche y vine aquí.

La puerta se abrió y Herbert entró por los vasos vacíos.

-Bonita carambola, Wilbur - comento Paget, en su usual tono de despreocupación.

-Gracias, Rodney - contestó Blake, enyesando su taco.

Los hombres volvieron a su siseante conversación cuando el criado hubo salido. Por fin, llamaron a la puerta. Otto entró de acuerdo con la orden de Blake.

-Lo siento, señor - dijo Otto-. No supe que míster Paget había salido hasta que llegue al Club.

-Está bien, Otto-dijo en tono brusco Blake-. ¿Trajiste al vigilante?

-Sí, señor.

-¿Guardaste el sedán?

-Sí, señor.

-Buenas noches.

A media noche, terminó la partida. Mientras subían arriba juntos, Blake pasó ante el criado con seguridad y confianza. Paget acompañó a Blake hasta su habitación.

-Recuerda - dijo Paget -, que eres Wilbur Blake. Te he dicho mucho esta noche. Tengo otras cosas que te diré mañana.

-Estoy aquí por un mes y el juego está en nuestras manos.

El otro asintió.

Librodot

-Buenas noches, Rodney - dijo.

En su propio cuarto, Paget apagó las luces antes de acostarse y miró por la abierta ventana. Vio al vigilante pasar patrullando en los campos. Luego, sus ojos fueron atraídos por una larga sombra que aparecía sobre el césped.

Le recordó la sombra que había visto en el miserable cuartucho de la casa próxima a la Avenida Lexington.

Paget vigiló la sombra con atención durante varios minutos. Se encogió de hombros y estaba a punto de apartarse de la ventana cuando creyó ver que la sombra se movía. Continuó vigilando, pero no apreció ningún movimiento.

«Una sombra - murmuró Paget mientras se separaba de la ventana-. Sólo una sombra; pero, una sombra puede significar alguien. Bien, hay un remedio para cada cosa, incluyendo a las sombras.

Pensaba entonces en los Siete Silenciosos. Hasta ahora sólo había probado una parte de su poder. Si esta extraña sombra demostraba ser la presencia de un enemigo, una llamada al Número Uno lo destruiría.

¡Qué era el poder de una sombra comparado con el de los Siete Silenciosos!

CAPÍTULO XIII
VISITANTE NOCTURNO

Era la una de la madrugada.

Dos hombres estaban sentados en la biblioteca de la residencia de Wilbur Blake. Uno era Rodney Paget; el otro, el hombre que se parecía a Wilbur Blake.

Paget estaba ensimismado. Le faltaba su acostumbrada indiferencia. El doble de Blake le contemplaba con curiosidad. AL fin habló a Paget:

-¿Parece que es tarde, eh, Rodney? - preguntó.

Paget levantó la cabeza de pronto.

-Todavía no, Wilbur-dijo, como si hablase con el mismo Blake-. Quiero pensar un poco.

El otro se levantó y se inclinó sobre Paget.

-Escucha - dijo-. Si te preocupas por este asunto, estás perdiendo el tiempo. Mírame. ¿Quién soy?

-Pareces Wilbur Blake - replicó Paget en voz baja.

-Tienes razón-fue la respuesta-. Yo soy Wilbur Blake, en lo que al mundo se refiere. Hemos estado haciendo el juego una semana y no hemos tenido ningún tropiezo. Cada día que pasa, lo hacemos mejor.

«Mírame. Tengo confianza. Unos días más y vamos a hacer una venta que reportará tres millones. Tú fijarás la comisión que te convenga. ¿Por qué te preocupas?

Paget movió la cabeza dubitativo.

-Mira esto-. Blake cogió un lápiz y garrapateó un nombre sobre una hoja de papel-. ¿De quién es esta firma?

Paget miró la escritura. Un gesto de admiración se reflejó en su semblante.

-Es el duplicado de la de Blake - dijo.

-Efectivamente-contestó el otro-. La práctica conduce a la perfección. ¿Te acuerdas de la firma falsa que hacía yo al principio cuando me encontraste? Bastante buena para engañar a una persona del montón; pero ésta se la daría al más pintado.

Paget aprobó con un movimiento de cabeza.

-He jugado limpio contigo-dijo el falso Blake en voz baja-. Tú tienes todos los triunfos en la mano. Has metido a Blake en algún sitio de donde lo puedes volver a traer si quieres. No puedo hacer el menor movimiento sin tu conformidad.

«Pero no me quejo. Estoy bien y espero sacar buena tajada de esos tres millones. ¿No estás preocupado por mí, verdad?

-No.

-Entonces desembucha. Algo te pasa. Dime algo, si es que no quieres enterarme de todo. Tal vez pueda ayudarte.

Paget reflexionó.

Blake tomó una silla frente a él y observó al clubman mientras éste recobraba su gesto habitual. Cuando vio a Paget sacar un cigarrillo y la boquilla de marfil Blake sonrió.

-Voy hacerte partícipe de algo - dijo Paget tranquilo-. Se retrotrae a aquella noche, la noche anterior a la que hicimos el trabajo. ¿Recuerdas que creí que alguien miraba por la ventana?

Blake afirmó.

-Todo lo que vi fue una sombra en el suelo. Desapareció cuando me acerqué. Olvidé el asunto hasta hace unas noches; entonces la vi otra vez.

-¿Dónde?

-En el prado que rodea la casa.

-Acaso te equivocaste.

-Eso creí yo - admitió Paget-. Pero la vi más tarde... dos noches después.

«Tuve una pesadilla la misma noche, una pesadilla de que algo me amenazaba. Me desperté y creí que alguien estaba en la habitación. Pero no pude encontrar a nadie.

«La noche siguiente volví a soñar. Cuando me desperté y miré hacia la ventana no pude ver nada. Parecía como si alguna forma grande y negra estuviese frente a mí. Luego desapareció.

«Desde entonces toda sombra me preocupa...

La voz de Paget se detuvo. Miró la ventana del cuarto como esperando ver alguna forma monstruosa atravesar la persiana.

-Si mi enemigo es real - manifestó Paget con voz ronca -, puedo luchar con él. Pero nunca lo he visto...

-Escucha, Rodney-interrumpió Blake-. Tú no hiciste este trabajo solo. Yo soy Wilbur Blake ahora, pero hace una semana era otra persona. Trabajas con otros. Quizá te traicionan...

Los labios de Paget se estremecieron. Su compañero había traducido en palabras una de sus aprensiones. Rodney Paget había invadido valiéndose de falsedad el círculo de «Los Siete Silenciosos». Hasta ahora habían cooperado a sus planes. Nada había hecho él que pudiese suscitar sospechas.

-Supongamos que es así-dijo Paget. Ansiaba saber la opinión de su cómplice-. ¿Qué harías tú?

-Poner las cartas boca arriba - replicó Blake rápido.

-¿Cómo?

-Diciéndoselo a tus amigos, quienesquiera que sean.

-Pero suponte que algún otro está en juego, tratando de aguarnos la fiesta...

Blake rió.

-¡Entonces pon a tus amigos sobre su pista!

Paget se levantó y empezó a pasear despacio por el cuarto.

-Eso es más hacedero, Wilbur - dijo-. Pero no hay nada real en esta amenaza. Sombras y pesadillas; luego... ¡más sombras!

Pronunció la última palabra con hueco murmullo.

-Olvida el asunto... por esta noche - dijo Blake de pronto-. Vete a dormir un poco y no te preocupes. Pensaré sobre ello. Quizá pueda ayudarte.

Arriba en su cuarto, Rodney Paget estaba asomado a la ventana, vigilando las sombras largas y cimbreantes de los árboles. Empezó a experimentar la calma de la luz lunar. Fue a la cama y se acostó.

Medio dormido le pareció oír un ruido. Dominó su alarma y quedó más descansado. Luego se despertó de pronto.

Sintió la extraña sensación de que alguien estaba junto a él. Parecía como si una persona hubiese levantado la almohada en que descansaba su cabeza.

Rápidamente Paget metió la mano debajo de la almohada. Se apoderó de un pequeño objeto. Era la sortija del escarabajo que siempre tenía a su lado.

Entonces sus dedos tocaron la culata de la pistola automática.

Con el arma en la mano, se irguió en la cama.

Una llamada suave se oyó en la puerta.

-¿Quién está ahí? - preguntó Paget con voz ronca.

-Wilbur - contestaron.

-Entra - dijo Paget.

La forma de Wilbur Blake apareció. El hombre cerró la puerta tras él. A la luz de la ventana su rostro tenía una palidez que impresionó a Paget.

-Le he visto -murmuró Blake con voz angustiada.

-¿A quién? -preguntó Paget.

-A ¡la «Sombra»!

-¿La «Sombra»? -las palabras de Paget expresaban aturdimiento. Blake se sentó en el borde de la cama.

-La «Sombra» - dijo-. Rodney, estamos frente a algo. Me hablaste de ello esta noche desconociéndola. ¿Recuerdas que hablaste de sombras?

-Sí.

-Bien, yo he oído hablar de una sombra «La Sombra» le llaman. Es un poder del inframundo. Nadie sabe quién es, ni cuál puede ser su juego.

«Tal vez es un criminal, acaso un detective, quizás un G. Man. Pero ha metido en aprieto a más de un gran jefe de pistoleros ¡eso puedo asegurártelo!

El hombre se detuvo y miró con precaución a su alrededor.

-No he sabido nunca porqué le llaman la «Sombra» -continuó-. Creí que era sólo un apodo. Pero me hiciste recordar esta noche por la forma en que pronunciaste la palabra «sombra». «He estado esperando en el vestíbulo, junto a la ventanita que da al patio. Vi algunas sombras que se movían a la luz de la luna; pero no me llamaron la atención. Entonces me volví y vi... ¡la «Sombra»!

-¿Dónde? -preguntó Paget.

-Junto a la puerta de tu cuarto. Había una luz encendida al final del vestíbulo, lejos de mí. Allí estaba, un hombre de negro, quieto como una estatua. Llevaba una capa sobre los hombros y un gran sombrero que le tapaba la cara.

«Tenía la pistola en el bolsillo y la mano en la culata. Pero no me sirvió de nada. Cuando la vi me quedé petrificado.

-¿Adónde se fue? ¿Qué hizo?

-Se quedó allí. Casi no podía creer que fuese un ser real o viviente. Entonces, de pronto se movió. No parecía andar. Se deslizaba a lo largo de la pared del vestíbulo como una sombra.

«Empuñé mi pistola y ya había desaparecido. Debió pasar por el rincón y zafarse escaleras abajo.

-¿Por qué no le seguiste?

-Estaba preocupado por ti. Salió de aquí. ¿No viste a nadie en tu habitación?

Paget movió la cabeza negativamente.

-Wilbur - dijo-. Tal vez eres tú el que ve visiones. Jamás oí hablar de la «Sombra» antes de ahora.

«Pensé que alguien estaba aquí, pero lo achaqué a mi imaginación. Si entró, tuvo que hacerlo por la ventana...

Paget interrumpió su propia frase. Saltó de la cama y miró por la ventana. Su vista recorrió un lecho de hierbas altas. Blake se le había acercado. De pronto Paget le cogió por el brazo.

-¡Mira! -exclamó roncamente-. ¡Mira! ¡Allí!

AL otro lado del césped estaba una figura inmóvil vestida de negro. Era idéntica a la descrita por Blake como vista en el vestíbulo. Alta, delgada y erguida, la forma vestida de negro parecía estar observando la casa.

Con un juramento entrecortado, Blake sacó su automática. Antes de que pudiese apuntar, la figura se volvió de pronto y desapareció tras las altas hierbas. Paget sujetó la muñeca de su compañero.

-¡No dispares! - exclamó-. No le alcanzarías ahora. Hemos de esperar.

Blake se metió la pistola en el bolsillo.

-Va detrás de ti, seguro-dijo Blake-. No lo habría descubierto de no haber vigilado. Es la «Sombra», no hay duda.

Paget no contestó.

-Si te sigue la pista, eso es cosa seria. Y tan malo para mí, como para ti, porque estamos en el mismo juego.

-Tal vez - replicó Paget pensativo.

Su mente revertía ciertos incidentes que habían ocurrido antes de su encuentro con los Siete Silenciosos. Pensaba en los informes periodísticos que siguieron a la muerte del doctor Georges Lukens... tal como habían mencionado la presencia de un supuesto asesino que había escapado a la policía.

Formábanse ideas en su cerebro y habló de algunas.

-Ahora que he visto a la «Sombra» -dijo Paget-, puedo luchar con él. Cualesquiera que sea su poder, puedo poner en lucha fuerzas más poderosas.

«Tú estás seguro aquí, ahora. Si me marcho, me seguirá. Eso te protegerá a ti y a nuestro plan. Saldré por la mañana, de regreso a Nueva York. La «Sombra» encontrará una trampa esperándolo.

Librodot

Paget bajó la ventana. Dejó caer la persiana y encendió la luz. Encontró su boquilla y un paquete de cigarrillos. Empezó a fumar.

El otro le miraba con gesto de aprobación. Ahora era el falso Wilbur Blake quien daba muestras de nerviosismo.

No Rodney Paget. Pues el hombre que se había encontrado con los Siete Silenciosos, estaba maquinando y sus planes eran la perdición de la «Sombra».

Ni Paget ni Blake volvieron al lecho. Se sentaron hasta el amanecer fumando y hablando. Cuando se hizo de día, despertaron a Herbert y le pidieron el desayuno. Una hora más tarde, Otto había sido requerido.

Rodney Paget estrechó la mano de su amigo Wilbur Blake en el porche de la casa.

-No te volveré a ver durante algún tiempo, Wilbur-dijo-. Envíame el equipaje luego. Estaré en mi casa.

Se unió a Otto en el coche de carreras y el veloz automóvil partió.

CAPÍTULO XIV
POR MEDIACIÓN DEL NÚMERO UNO

Cuando Rodney Paget llegó a su departamento cerró la puerta y miró negligentemente a su alrededor. Incluso a solas conservaba la expresión de aburrimiento que había llegado a ser en él una segunda naturaleza.

Sus ojos se posaron en un cuadro que colgaba algo torcido. Se acercó. Le levantó un poco de la pared y observó una rayita hecha con lápiz.

Con cuidado volvió el cuadro a su posición primitiva. Una ligera sonrisa floreció en sus labios.

Había puesto el cuadro torcido y marcado en la pared una señal para conocer la posición en que lo dejaba.

Si alguien le hubiese tocado sin volverlo a colocar exactamente de aquel modo, habría dejado indicio de su paso.

Paget examinó con el mismo detenimiento una gran cigarrera. La abrió e inspeccionó minuciosamente su interior. Luego dirigió su atención hacia una hilera incompleta de libros que tenía sobre la mesa. Sacó un metro y cuidadoso midió la distancia entre el último libro y el otro extremo de la fila.

Después observó los cajones de la mesa. Cada uno de ellos tenía una señal especial que buscaba Paget. Todos los cajones merecieron su aprobación.

De haber sido registrada su casa, mientras Paget estaba ausente, era casi seguro que alguna señal habría quedado. A pesar de todo, la inspección del clubman no había terminado.

Puso la mano izquierda sobre el dintel de una puerta e hizo correr los dedos hasta que tropezó con la saliente punta de un sobre. Sacó el sobre de la grieta donde estaba metido y lo examinó al detalle.

El sobre estaba sellado y no tenía señales de haber sido abierto. Paget lo volvió a colocar en el mismo sitio con la mano derecha.

Ahora, como recordándolo tardíamente, la atención de Paget se volvió hacia el objeto menos importante de la habitación, un montón de periódicos doblados y colocados sobre una mesa. Cogió todos los periódicos y los fue abriendo uno por uno.

Cuando llegó al cuarto, una expresión de sorpresa se reflejó en su rostro. El periódico se había abierto con facilidad. Paget miró de cerca una de las esquinas. Allí vio una ligerísima señal, tan ligera que el ojo más agudo no la hubiese descubierto de no conocer el sitio de antemano.

Paget procedió ahora con más minuciosidad. Abrió el periódico siguiente con estudiada precisión. Descubrió en él una señal semejante.

Paget quedó meditabundo, pero tranquilo. Alguien había estado en su departamento durante su ausencia. Un investigador diestro y cuidadoso había registrado todos sus papeles.

Esa persona había demostrado misteriosa habilidad. Había sorteado con éxito todas las trampas puestas en su camino excepto los inocentes periódicos. Estos habían sido preparados en espera de la llegada de un buscador semejante.

Paget había dado un poco de goma cerca de las esquinas de dos periódicos antes de doblarlos. El investigador había deshecho sin darse cuenta la ligera adhesión.

Paget no tardó en notario y siguió haciendo la inspección. Sus pasos se encaminaron a la alcoba. Allí examinó cuidadosamente la persiana de muelle de la ventana. Hizo correr el pulgar de la mano izquierda por la parte enrollada y una ligera sonrisa de satisfacción fue su respuesta.

Por lo que veía, la persiana de la ventana no había sido tocada. No obstante soltó el muelle y la dejó caer. Los papeles ocultos salieron a la vista.

Paget los mantuvo allí y su ojo experto comprobó su exacta posición. Los encontró conformes. Levantó la persiana y la cerró.

Ahora estaba seguro de dos factores: primero, alguien había entrado en su cuarto; segundo, el que había entrado no había examinado la persiana.

Paget miró a través de la ventanita. Daba a una pared lisa y desnuda del interior del edificio. Nadie podía verla desde la calle.

Paget recorrió sus habitaciones durante unos minutos, procurando asegurarse de que nadie estaba oculto. Salió de su casa y se dirigió a una farmacia. Después de una ojeada de precaución que le aseguró de que nadie estaba cerca, marcó un número que evidentemente sabía de memoria.

-Fieles - dijo Paget en respuesta a la réplica que le llegó del otro lado del hilo.

-Cincuenta-fue la contestación.

-Silencio.

-Los Siete.

-Cinco-dijo Paget en voz baja, pero recalcando la palabra.

-Demanda-fue la palabra de contestación.

-Por mediación del número Uno-las palabras de Paget fueron poco más que un murmullo. El interlocutor colgó el aparato al otro lado de la línea.

Paget salió de la farmacia y tomó un coche dirigiéndose hacia el Club Merrimac. A despecho de su calina aparente, interiormente estaba muy excitado.

Había dado el primer paso en una nueva aventura. Estaba poniendo a prueba el secreto más sutil de los Siete Silenciosos.

Hasta las dos de la tarde no supo Paget cuál había de ser su próximo paso.

Librodot

La última edición del Morning Monitor, estaba sobre la mesa en la sala de lectura del Club Merrimac. Sin manifestar gran interés, Paget cogió el periódico y empezó a examinar sus cárdenas columnas con aire desdeñoso.

Dejó caer el periódico una vez y fue alejándose de la mesa, Esto le dio ocasión de observar que no había nadie más en la sala de lectura.

Como inspirado por una segunda ocurrencia, Paget volvió al periódico y examinó la raquítica columna de colocaciones ofrecidas. Rápidamente descubrió lo que buscaba. Estaba en la parte superior de la columna.

«Agencia de publicidad necesita hombre de larga experiencia.

»Sólo los que puedan dar inmejorables referencias deben ofrecerse. Solicítese entrevista en la oficina mañana por la mañana. No se admitirán solicitudes por teléfono o carta. Agencia Acme de Publicidad. Edificio Tacoma, 590.»

El anuncio era una respuesta a la petición de Paget. Lo identificaba el que la primera palabra contenía siete letras y el anuncio cinco frases.

Paget observó estos hechos; además anotó la dirección dada en el anuncio.

Pero hizo caso omiso de la indicación de los solicitantes que debían presentarse al día siguiente. Salió del Club inmediatamente, y al poco rato llegaba al Edificio Tacoma.

Fue la única persona que dejó el ascensor en el quinto piso. Encontró el número 590 y después de una mirada al rellano, entró en la antesala.

Una taquígrafa estaba allí sentada. La muchacha miró con aire inquisitivo al visitante.

-Vengo con motivo de su anuncio-dijo Paget.

-Mañana - replicó la muchacha, volviendo a su máquina de escribir.

-Desearía tener una entrevista esta tarde - insistió Paget.

La muchacha interrumpió su trabajo y señaló una puerta que estaba a la derecha.

-Entonces, entre en la sala de espera - dijo-. No le pediré el nombre hasta que haya comunicado a míster Bishop que hay aquí un solicitante. Está ocupado ahora. Tendrá que esperar un poco.

Paget entró en la habitación. La puerta se cerró tras él automáticamente.

Oyó un chasquido como si una aldaba hubiese cerrado.

El aposento era pequeño. No tenía ventanas. Había simplemente una puerta cerrada en el lado opuesto a la de entrada por la que Paget había pasado.

La habitación estaba amueblada con una mesa y varias sillas. La iluminaba una gran lámpara colocada en un rincón.

Paget observó que algunos proyectos de publicidad estaban extendidos sobre la mesa. Uno de ellos atrajo su atención. Era un bastidor de vidrio con fondo gris montado en un pedestal.

Evidentemente, Paget, supo lo que tenía que hacer. Actuó en seguida. Fue a la lámpara. Apagó las luces y se sentó en una silla. Después de corta pausa, habló:

-Silencio -dijo en voz baja.

El cuadro gris se iluminó. En él y en letras fulgurantes apareció la palabra Siete. Permaneció un rato cual silenciosa respuesta a su contraseña.

-Cinco -dijo Paget.

La palabra siete desapareció. En su lugar vino la palabra Uno.

Paget, como quinto miembro del grupo secreto, estaba en comunicación con el jefe de la Organización. Toda palabra pronunciada por el clubman era transmitida a algún otro lugar-a qué distancia, Paget no lo sabía - donde una mano controlaba el conmutador que hacía aparecer las palabras de respuesta.

-Requiero la ayuda inmediata de los Cincuenta Fieles - dijo Paget en voz tan baja, que quedaba disfrazada y apenas audible.

La palabra Uno desapareció del cuadro. En su lugar vino la palabra «prosiga» que se formó letra por letra.

-Uno de mis agentes-dijo Paget despacio-, está en peligro. Nos ha ayudado en nuestro trabajo. Fue por medio de él, como empezó el asunto. Alguien trata de vigilar sus movimientos.

Paget se detuvo. La palabra «prosiga» seguía en el cuadro.

-El nombre de mi agente -Paget sonrió en la oscuridad-, es Rodney Paget. Ha vivido últimamente en casa de Wilbur Blake. Informa que alguien le ha estado vigilando. Cree que su enemigo ha entrado incluso en su departamento. A causa de esta vigilancia ha abandonado la residencia de Blake.

La luz se apagó. Nuevas letras se formaron en el cuadro, indicando primero una palabra, después otra, hasta constituir una frase completa. Paget observaba con fijeza hasta que se borró del todo.

- Quién... le... vigila... - fueron las palabras.

-Una persona llamada la «Sombra» - dijo Paget-. Es un hombre misterioso. Aparece sólo de noche...

Cortó la frase al ver que nuevas palabras empezaban a formarse en el cuadro.

-Sabemos... de... la... «Sombra»...-fue el mensaje del número Uno.

-¡Ah! - Paget habló casi sin darse cuenta-. ¿Conocéis su identidad?

-No-vino la iluminada respuesta.

-¿Cómo puede ser eliminado?

-Dónde... está... Paget... - fueron las siguientes palabras.

-Se pasa la vida en el Club Merrimac - contestó Paget-. Está allí durante el día y parte de la noche.

-Dónde... vive... - Las iluminadas palabras brillaban con casi sobrenatural precisión.

Paget dio la dirección de su casa en voz baja y cautelosa.

-Encontrará... órdenes... allí - anunció el fulgurante cuadro.

Paget no pudo pensar en nada más para decir. Sentado en la oscuridad esperaba nuevas órdenes. No vino ninguna.

De pronto la lámpara del rincón se iluminó y Paget se quedó momentáneamente sorprendido de encontrarse en el iluminado aposento.

Se oyó un chasquido en la entrada. La puerta se había abierto.

Minutos más tarde la mecanógrafa entró.

-Lo siento, señor-dijo-. Míster Bishop no puede recibirle hoy. Venga mañana y dará entonces su nombre.

Paget salió del aposento. Sus ojos brillaban de admiración mientras, bajaba en el ascensor, pura admiración del sistema empleado por los Siete Silenciosos.

Librodot

Allí, en un cuarto en tinieblas, había conversado con el Número Uno, un hombre que podía estar a kilómetros de distancia. Sabía que ambas puertas debían haber estado cerradas durante la conferencia y que la habitación estaba a prueba de ruidos.

Eran cerca de las cinco cuando Paget llegó a su departamento. Llevaba allí sólo unos minutos cuando una nota pasó por debajo de su puerta. Abrió el sobre. El mensaje decía:

«Dejar el club a las diez en punto esta noche. Ir al Almacén Perry de la calle Sesenta y ocho, cerca de la Décima Avenida. Entrar por la puerta lateral y subir arriba. V.4

Paget aprendió de memoria las sencillas instrucciones. Rompió la nota y arrojó los fragmentos al cesto de los papeles.

Se sentó en una butaca y pensativo colocó un cigarrillo en su boquilla de marfil. Su mano se dirigió al bolsillo del pantalón donde había puesto el anillo del escarabajo.

Trataba de adivinar los planes del Número Uno. Rechazaba la teoría de que pudiese estar bajo la vigilancia de los Siete Silenciosos. Como número Cinco de aquella organización, nadie había discutido su personalidad en la reunión.

Estaba completamente convencido de que el hombre misterioso conocido por la «Sombra» amenazaba sus planes.

La nota procedía del Número Uno, quienquiera que fuese. Por lo tanto, implícitamente concedía que Paget había sido informado de esperarla por mediación del Número Cinco.

La firma V. era un golpe maestro, pues demostraba que el autor sabía que el jefe de Paget era el Número Cinco, siendo V la letra romana que equivalía a dicho número. Al mismo tiempo cualquiera que encontrase la nota supondría que V, era la inicial del que la había escrito.

Paget sabía que la trampa estaba preparada en el Almacén Perry. Estaba seguro de que había sido puesto para tender un lazo a la «Sombra», si el hombre vestido de negro le seguía hasta allí.

Si, por acaso la «Sombra» había descubierto la nota o entraba en el piso y la descubría en el cesto de los papeles, sería bastante a tentarle este conocimiento, sin necesidad de que Rodney Paget le sirviese de cebo directo.

Eran más de las seis. El clubman abandonó su departamento. Salió de pronto por la puerta principal del edificio. Se detuvo en ella mientras encendía un cigarrillo. Con el rabillo del ojo observó a un hombre que deambulaba por la acera de enfrente.

Adivinó el propósito del observador. En su informe, había indicado que la «Sombra» podía haber entrado en su casa. Estaba seguro de que el discreto observador había sido apostado allí por los Siete Silenciosos.

Un pensamiento vino al azar a la mente de Paget mientras se alejaba en un taxi. Hizo que una sonrisa se dibujase en sus labios.

Había cierto humorismo en su situación; el de que los Siete le diesen su cooperación. Pues existían hechos referentes a su relación con los Siete Silenciosos que sólo Rodney Paget conocía.

Mirando hacia atrás, el clubman se aseguró de que nadie seguía su coche. Le satisfizo ver que la «Sombra» no iba sobre su pista.

«Después de oscurecer» murmuró para sí Paget. «Después de oscurecer… entonces… la «Sombra». Esta noche…» eso será el final.

Librodot

Fuerzas invisibles trabajaban. Una poderosa organización criminal estaba dispuesta a todas las eventualidades. Los Siete Silenciosos no temían a la Ley. Las víctimas que condenaban no escapaban nunca a su sentencia.

¡Pronto otra víctima sería añadida a su lista de crímenes!

CAPÍTULO XV
LA TRAMPA

Dos hombres se detuvieron después de cruzar la calle del Club Merrimac.

Mantenían una conversación en voz baja. Sus rostros estaban vueltos hacia el edificio junto al que permanecían, sin embargo, parecían observar con atención a todos los que pasaban junto a ellos.

-Las diez en punto, Harry-dijo uno de ellos. El otro asintió.

-Quizá tengamos que esperar hasta media noche. Clyde - replicó Harry-. Se queda hasta tarde algunas veces.

-Sí - confirmó Clyde -, y generalmente se va recto a casa. Sin embargo, celebro estar en la brega otra vez.

-¿Por qué?

-Porque la «Som... u - Clyde Burke se detuvo antes de pronunciar el nombre entero -, porque fracasamos la noche en que Paget nos dio esquinazo en el restaurante. Celebro estar de nuevo sobre su pista. No resbalaremos esta vez.

De pronto, Harry Vincent apretó el brazo de su compañero.

-Así está, Clyde-murmuró-. ¡Pero quédate atrás! Recuerda las instrucciones...

Rodney Paget había aparecido en la entrada del Club Merrimac.

Estaba allí, observando la calle con su aire de hastío.

Harry Vincent, apenas visible en el oscuro lugar donde se colocara, observaba con interés. Vio a Paget dirigirse hacia la esquina, haciendo girar el bastón entre los dedos de la mano derecha mientras andaba.

Harry le siguió unos segundos más tarde continuando en su propio lado de la calle. Clyde Burke se había deslizado inadvertido en su portal próximo.

Rodney Paget parecía no tener prisa. Se detenía a cada paso para mirar hacia arriba, a los rascacielos que le rodeaban. Finalmente, se detuvo a la entrada del metro. Sacudió su boquilla y se la metió en el bolsillo. Luego de un modo súbito bajó las escaleras.

Ésta fue una maniobra inesperada. Produjo un cambio en los planes de Vincent. Abandonó su calmoso paso y emprendió rápida carrera en su seguimiento.

Un tren entraba en la estación cuando Rodney Paget llegó al final de la escalera. Andaba deprisa y tenia tiempo sobrado para coger el tren. Si lo hubiese hecho se habría librado de su oculto perseguidor.

Pero el clubman se detuvo en seco cuando llegó al torniquete. Había sacado un puñado de monedas del bolsillo. No tenía entre ellas ninguna de pequeña.

Con una ligera exclamación, Paget se apresuró a dirigirse a la ventanilla para cambiar. Antes de recibir el cambio, el tren arrancaba. Paget recuperó la calma. Miró a su alrededor; luego pasó el torniquete, y fue hacia el otro extremo del andén.

Cuando el siguiente tren paró en la estación unos minutos más tarde, varios pasajeros lo abordaron. Entre ellos iban dos hombres que habían llegado al andén después que Rodney Paget.

Uno era Harry Vincent, el otro Clyde Burke. Entraron en el mismo coche que el clubman. Ninguno de los dos parecía notar la presencia de éste, ni cambiaron el menor signo de reconocimiento entre ellos.

Cuando el tren llegó a la calle Sesenta y seis, Rodney Paget abandonó el coche mirando en línea recta hacia adelante. No prestó ninguna atención a los demás pasajeros. No observó a los dos hombres que también salieron.

Al ganar la calle, Paget enderezó sus pasos en dirección oeste del Broadway. Andaba despacio al principio; luego apresuró el paso tan pronto como volvió una esquina.

En el cruce de la calle Sesenta y nueve y la Novena Avenida, se detuvo quedando cerca de una tienda. Miró precavido en todas direcciones. Habían algunas personas a la vista. Ninguna de ellas pareció suscitar las sospechas del clubman.

Premeditadamente dio media vuelta y paseó a lo largo de la calle Sesenta y nueve, cuidando de mantenerse lo más distante posible de la orilla de la acera.

Hizo alto casi a media manzana. AL otro lado de la calle estaba la entrada lateral de un almacén. El lugar, como embutido entre dos casas, rompía la rasante; sin embargo, era algo visible debido a una luz que caía directamente sobre la puerta.

Paget no pareció preocuparse de este hecho. Tampoco consideró ridículo y extraño, el que un hombre entrase en un almacén. Cruzó la calle y empujó la puerta. Un oscuro pasadizo se ofreció a su vista.

Paget entró, dejando la puerta abierta para poder ver su camino.

Apenas había desaparecido cuando otro hombre cruzó la calle por un sitio mucho más próximo a la Novena Avenida. El recién llegado andaba deprisa.

Se detuvo de pronto después de haber pasado por delante de la puerta de un almacén.

Su propósito era evidente. Iba a encender un cigarrillo. El brillo de la cerilla reveló las facciones de Harry Vincent.

El joven hizo una rápida inspección de cuanto le rodeaba. No había nadie a la vista. La calle estaba materialmente desierta. Harry se detuvo cerca de la pared; luego se volvió y empezó a andar despacio de regreso hacia la Novena Avenida.

AL llegar a la puerta del almacén se movió a un lado y quedó bajo la luz que colgaba sobre la puerta.

De momento, le dominó la indecisión. Sus ojos miraron con presteza al otro lado de la calle. Por un instante pareció vacilar; luego, mirando al oscuro pasaje del interior del almacén, entró, siguiendo el camino que Rodney Paget había tomado.

Si la vista de Harry hubiese penetrado la oscuridad que ocultaba las ventanas de la casa que estaba al otro lado de la calle, el joven se hubiese felicitado por su acción.

Librodot

Pues detrás de una ventana abierta del segundo piso estaba en acecho un hombre con un rifle. Su arma había apuntado directamente sobre la forma de Harry.

Cuando Harry se había vuelto para alejarse, cl dedo del hombre había estado en el gatillo; pero su decisión cambió cuando Harry hubo entrado en el almacén.

El pasaje que Harry seguía era muy tenebroso. Su mente estaba demasiado preocupada por lo que tenía delante para inquietarse por lo que pudiese dejar atrás.

La puerta seguía abierta en parte, y la luz de la calle mostraba el camino hasta que el pasaje torcía a la derecha. AL llegar allí el pavimento de hormigón estaba emplazado por un tramo de escaleras de madera. Harry siguió adelante envuelto en oscuridad casi absoluta. Notó la pared a su izquierda y sus manos tocaron la esquina.

Harry asomó la cabeza con precaución por la esquina y vio que un pasaje abierto seguía adelante. Conducía a la calle próxima y era oscuro pero no repulsivo. No había rastro alguno de Rodney Paget.

El hecho de que el hombre le hubiese ganado mucha delantera espoleó a Harry a inmediata acción. Estaba disgustado consigo mismo por haber sido engañado por tan simple artificio. Se determinó a ganar la calle antes de que Paget pudiese escapar.

Subió rápidamente hasta el último escalón; luego hizo un breve intento de agarrarse en el aire. Sus esfuerzos fueron tardíos. El rellano de madera se abrió por el medio y Harry se sintió caer en lo profundo.

Su mano izquierda tocaba todavía la esquina del pasaje; pero la piedra lisa no ofrecía ningún apoyo. Un grito de angustia se escapó de sus labios, al caer.

Cayó sobre un montón de trapos y periódicos. Sus trastornados ojos captaron un borroso bosquejo de la trampa mientras sus dos porciones se cerraban sobre él. Oyó el chasquido de un cierre automático cuando trataba de ponerse en pie.

Alguien le agarró en la oscuridad. Cayó bajo el empuje. Manos fuertes y activas le ataron fuertemente y una mordaza entre sus dientes previno cualquier grito de socorro.

Entonces fue llevado por un pasadizo oscuro y maloliente subiendo escaleras y doblando esquinas, hasta que perdió todo sentido de dirección.

Una vez la fragancia del aire fresco llegó a su nariz; luego se sintió elevado en un ascensor.

Una de sus manos iba desatándose poco a poco. Cuando sus raptores se detuvieron y estaban a punto de ponerlo en lo que parecía tétrico calabozo, Harry sacó el brazo libre y agitó su puño en el aire.

Siguió un gruñido cuando el golpe dio a uno de sus captores en el pecho.

Los hombres cayeron sobre su víctima,

En la oscuridad, no sabían que estaba libre sólo en parte. Atacaron rápidamente y un golpe poderoso le tiró para atrás. Su cabeza chocó contra la pared y quedó sin conocimiento.

En la calle otro hombre pasaba por delante de la entrada del pasaje del almacén. Era la tercera vez que lo hacía, pero siempre desde el más alejado extremo de la acera opuesta.

Clyde Burke había visto a Harry Vincent entrar por la abierta puerta y dedujo correctamente que había ido detrás de Rodney Paget. Algo había sugerido a Burke el no seguirlo. Había sido instruido para actuar como auxiliar de Vincent; para encargarse de la persecución si se sospechaba de Harry.

Por consiguiente, Burke había obrado con discreción. Había pasado con aire indiferente.

Cuando tres hombres aparecieron en la Décima Avenida, Burke los había seguido a la Novena, fingiéndose miembro rezagado de su grupo. Este, su tercer viaje, era más apresurado.

Clyde pasó directamente bajo la ventana abierta, donde el hombre del rifle seguía en guardia. Escapó a los ojos del observador, pues éste vigilaba la entrada del almacén.

En la Décima Avenida, Clyde reflexionó sobre el asunto, luego se dirigió a la siguiente travesía. Una vez allí regresó hacia la Novena Avenida y vio la otra entrada del pasaje. Su visión fue rápida y certera desde el otro lado de la calle.

Clyde Burke quedó satisfecho con que Harry hubiese seguido a Rodney Paget a través del pasaje. Estaba disgustado por haber perdido la pista. Ahora la persecución dependía sólo de Harry.

Clyde consideró la situación en este aspecto, mientras caminaba sombrío de regreso hacia el Broadway.

Tan pronto como Clyde Burke se marchó, el hombre de la ventana abandonó su guardia. Le satisfacía el que sólo una persona hubiese seguido a Rodney Paget a través del sombrío pasaje. Y a la sazón estaba enterado de que aquella persona había sido capturada y no podía escapar.

Clyde Burke estaba indeciso entre dos caminos. Tanto Vincent como Paget habían desaparecido. Debía de tratar de localizar a uno de ellos por lo menos.

Harry lo sabía, podía regresar eventualmente al Hotel Metrolite donde residía. Sería cosa sencilla ir allí y esperarlo. Rodney Paget también tenía su destino lógico, su casa. Vigilando aquel edificio, Clyde podría saber cuándo regresaba el clubman.

El segundo plan parecía el mejor. «Supongamos-razonaba Clyde -que Harry todavía sigue a Paget cuando éste vuelva a su casa. Celebraría encontrarme a mí allí.»

Por lo menos, sería una referencia con respecto a la hora del regreso de Paget. Así, pues, Clyde marchó en dirección del departamento de Paget.

Escogió un lugar de observación. Estaba al otro lado de la calle. Allí, Clyde, observaba en la oscuridad, dando un corto paseo calle arriba y abajo de cuando en cuando.

Había examinado las ventanas de Paget a su llegada. Estaban a oscuras. Era improbable que Paget hubiese tenido tiempo de regresar.

Pasó hora y media y Clyde continuaba en su puesto de acecho. Por fin, fue recompensado. Un taxi se detuvo a la entrada de la casa y Paget salió.

Clyde le reconoció en seguida por su paso tardo. Paget no miraba en dirección a él. Clyde cruzó despacio la calle y pasó a poca distancia del clubman, mientras éste entraba en su casa.

Librodot

-Buen pasajero - observó Clyde campechanamente al chófer-. Me figuro que esos elegantes con bastón dan buenas propinas. ¿Estoy en lo cierto?

-¡Bah! - gruñó el taxista.

-Vamos, vamos - dijo Clyde humorístico-. ¿De dónde lo trajo, de Harlem?

-De la Setenta y dos Broadway - contestó el chófer subiendo al auto.

Clyde observó cómo se alejaba el vehículo. Había descubierto por fin, el lugar donde Paget había tomado el taxi. Cruzó la calle y miró a la casa.

Aparecieron luces en el departamento de Paget.

Clyde sacó su reloj del bolsillo.

-Paget llega a las once cuarenta y cinco - observó en voz alta-. Viene de la Setenta y dos y...

Un ruido atrajo su atención. Se volvió de pronto y vio un hombre a su espalda. El individuo había estado escondido junto a un edificio. Clyde había estado demasiado interesado para observarlo.

El periodista evitó una mano que estaba a punto de cogerlo por la garganta.

Esquivando cogió el brazo de su adversario y le dio un retorcimiento de jiu-jitsu. Dio un grito de triunfo, cuando su oponente casi perdió pie.

La situación cambió de pronto. El hombre se acercó más y Clyde vio la mano de su enemigo que se alzaba sobre él. Se dio cuenta, demasiado tarde, de que el hombre tenía una porra. El arma brutal dio contra la nuca de Clyde.

Se desplomó contra la acera.

Un coche se detuvo cuando el vencedor llamó al taxista.

-Ayúdeme a subir a mi amigo-dijo el hombre de la acera-. Ha estado bebiendo mucho alcohol de ínfima calidad...

Cuando el chófer iba a arrancar, el hombre se volvió de pronto y echó a correr calle abajo. El taxista quedó asombrado hasta que notó la presencia de un policía que venía en dirección contraria.

El del uniforme azul sacó un revólver y disparó dos tiros, mientras el que huía torció la esquina.

Se metió el arma en el bolsillo con un gesto de enfado. Otro hombre vino corriendo y señaló al cuerpo de Burke.

-Éste es uno de ellos - exclamó, dirigiéndose al policía-. Los vi desde la otra acera. Creo que el otro pájaro trataba de raptarlo.

-Vámonos - ordenó el policía. Pusieron a Burke en el coche y se dirigieron al hospital. Un médico examinó a la víctima en cuanto llegaron.

-Le hirieron con una porra-dijo-. Posible fractura de la base del cráneo. Volverá en sí esta noche probablemente.

Fue varias horas más tarde cuando Clyde Burke abrió los ojos. Retorció las sábanas hospitalarias con dedos débiles. Miró a su alrededor asombrado.

Entonces cerró los ojos y trató de olvidar el dolor sordo que sentía en la nuca.

-Va bien-oyó que decía una voz-. No hay fractura, pero sí todos los síntomas de una conmoción cerebral. Que se quede quieto.

Las palabras impresionaron muy poco el espíritu de Clyde. Estaba sumido en una confusión mental, tratando en vano de recordar algo de importancia referente a Harry Vincent.

CAPÍTULO XVI
EL VEREDICTO

Harry Vincent miraba a su alrededor asombrado. Acababa de despertar de un profundo amodorramiento. Se sentía muy débil cuando abrió los ojos.

Apenas era capaz de mover el cuerpo; pero se las arregló para volver la cabeza y echar una mirada sobre lo que le rodeaba.

Estaba apoyado contra la pared de un aposento de forma extraña. La cámara era poco más que un pasaje, de menos de dos metros de anchura.

Tenía seis metros de largo y en un extremo Harry vio una superficie que se extendía desde el techo al suelo. La superficie estaba tapada por un vidrio grisáceo, cubierto con una rejilla metálica.

Bombillas eléctricas brillaban mortecinas a través del cristal. Harry no podía distinguir las bombillas que brillaban a través del vidrio. Quedaban difuminadas por la gruesa y gris superficie.

En el otro extremo del aposento, Harry observó una puerta. Era una puerta fuera de lo corriente sin bisagras. Las líneas que formaban su contorno apenas se discernían.

Harry se incorporó apoyándose en las manos y consiguió ponerse en pie.

Recostándose en la pared consiguió llegar hasta la puerta. No había ningún tirador ni otro saliente que pudiese servir para abrirla.

En la parte media entre los lados de la puerta, a poco más de un metro del suelo, había un ajustado cuadro metálico. Harry lo apretó con los dedos, pero sin conseguir que cediese.

Había una particularidad muy especial en esta única entrada de la cámara, la puerta no llegaba al suelo. Su parte inferior estaba a un palmo del nivel del piso. EL extremo superior de la puerta ocupaba media pared, la cual tenía unos seis o siete metros de altura.

Harry retrocedió recorriendo la pared de la cámara y descubrió varias pequeñas estrías que llegaban del suelo al techo, habían ocho en total, cuatro a cada lado del pasaje. Tenían unos dos o tres centímetros de anchura. Harry metió los dedos en una de las estrías, pero no descubrió nada.

Fue al otro extremo del aposento y golpeó contra el grueso vidrio, tras el que estaban colocadas las luces. Se sentó en el suelo y se llevó la mano a la cabeza. Sintió dolor y recordó que había recibido un potente golpe que le privó del conocimiento.

Se metió las manos en los bolsillos y los encontró vacíos. Hasta el reloj le habían quitado.

Harry estaba satisfecho de no llevar ningún papel que pudiese identificarle.

Tanto él como Clyde Burke habían adoptado esta precaución. Era una buena política a usar cuando se embarcaban en una aventura que podía terminar en cautividad semejante a la presente.

Sin embargo, Harry no había previsto este final a su persecución de Rodney Paget. El clubman no le había parecido nunca peligroso.

Un ruido atrajo la atención de Harry. Procedía de la puerta. El pequeño cuadrilátero del centro de la puerta se deslizaba hacia arriba. Harry creyó ver el brillo de dos ojos que miraban por allí.

Entonces se oyó otro sonido y toda la puerta se deslizó hacia arriba. Dejó ver una figura vestida con larga túnica y una capucha cerrada.

El extraño visitante descendió al nivel de la cámara. El extremo de la túnica parecía caer por delante de él de manera que no se le veían los pies. EL efecto en conjunto era tan sorprendente como fantástico.

La temible figura avanzó con lentitud y Harry instintivamente cambió de posición. No le gustaba el aspecto de aquel inesperado visitante.

El hombre de la túnica se detuvo a pocos pasos de Harry. La tela delante de su caperuza tenía dos pequeños agujeros, pero Harry no pudo descubrir los ojos que había detrás de ellos. Calmoso cruzó su mirada con la de los ojos invisibles y esperó a que hablase el visitante.

-¿Quién eres? - dijo una voz baja. Los tonos siniestros fueron escalofriantes.

Harry no contestó.

-¿Quién eres? - la pregunta fue repetida.

Harry continuó silencioso.

-¿Eres tú La «Sombra»?

La pregunta era inesperada. Harry experimentó una súbita tensión nerviosa.

Se contuvo y no contestó.

-¿Por qué seguiste a Rodney Paget?

Harry apoyó la cabeza en el cristal que tenía detrás y miró con audacia a su interrogador.

-¿Qué sabes de Rodney Paget?

Harry se sintió más tranquilo. Su política de silencio motivaba nuevas preguntas. Estaba resuelto a engañar a su inquisidor. No diciendo nada, no revelaba nada. Se preguntaba qué ocurriría después.

El hombre, cuyo rostro estaba oculto por la capucha, no hizo ningún movimiento amenazador. Continuó mirando a Harry como si buscase el modo de dominarle por la fuerza de sus invisibles ojos.

Harry notó que el juego se inclinaba a su favor, por el momento. Sonrió y trató de considerar a su inquisidor como ridiculizándole.

-Has oído mis preguntas-dijo el hombre de la túnica-. ¿Decides contestarlas?

Harry se encogió de hombros.

-Perfectamente - la voz sonó dura en la lobreguez de la cámara-. No has contestado a nada. No has negado nada. Sospechamos de tu identidad. Pronto lo sabremos a pesar de tus esfuerzos por ocultarla.

»Si optas por hablar, acaso vivas. Si no hablas el veredicto será...

Se detuvo. Harry experimentó un ligero temblor cuando oyó la palabra siguiente: -¡Muerte!

La sentencia fue pronunciada en tono horripilante. La palabra pareció repercutir en las paredes de la cámara.

-¡Muerte!

¿Había oído de nuevo Harry la palabra o era fruto de su imaginación?

Mientras contemplaba a la siniestra figura que tenía ante él, no podía pensar en otra cosa que en el enfático veredicto. En el recinto reinaba el silencio.

Harry sintió un extraño deseo de contestar a las preguntas que le habían sido hechas. Se contuvo con dificultad. El inquisidor pareció adivinar sus emociones.

-Puedes elegir-dijo la voz suave y modulada-. Ahora has decidido callar. Más tarde quizá cambies de opinión. Cuando estés dispuesto puedes dar un golpe en la puerta y se te dará una oportunidad.

»Pero asegúrate - las palabras contenían solapada advertencia de que estás dispuesto a contestar a todo lo que se te pregunte. No tendrás más que una oportunidad. ¡Si tratas de engañarnos perderás la última ocasión de salvar tu vida!

Las palabras impresionaron a Harry. Al mismo tiempo le dieron esperanza.

Aumentaron su determinación de guardar silencio por el momento.

-Una última advertencia - dijo la voz-. Cuando te decidas a hablar y te decidirás, hazlo pronto. Puedo no estar dispuesto en el momento que elijas. No debes perder tiempo.

La cola de la negra túnica barrió el suelo cuando el inquisidor se volvió.

Con paso firme fue a la puerta. Su figura pareció crecer cuando subió el escalón. Allí se volvió otra vez y su voz solemne y terrorífica dijo:

-Recuerda que puedes escoger. Si te decides, deberás contestar a todas las preguntas. En caso contrario ¡muerte!

Después de pronunciar el veredicto final, la puerta de acero descendió ocultando la figura del hombre de la túnica.

El inquisidor se había ido. ¡Harry Vincent estaba otra vez solo!

Fuera de la cámara, el hombre de la túnica negra se enfrentó con otra figura tan siniestra como él. Su compañero era un verdadero gigante, un hombre, cuyo torvo y pálido rostro, parecía cadavérico en la penumbra de un pasaje mortecinamente alumbrado.

El hombre iba vestido de negro. Sus facciones eran tétricas y determinadas.

Los ojos apagados e inexpresivos. Era un tipo de bruto poseedor de fuerza tremenda, pero que parecía dominado por la complacencia de obedecer a un amo.

Era una supervivencia moderna de los verdugos medievales que vivían en la oscuridad, odiados por los vecinos y que sólo se encaraban con el pueblo, cuando se les llamaba para empuñar el hacha en el patíbulo.

-Bron-dijo el hombre de la túnica-, quédate aquí hasta el final. No dejes este sitio.

El ejecutor de rostro ceñudo inclinó la cabeza como acatando las instrucciones recibidas.

-Si llama - continuó el hombre de la túnica -, comunícamelo. Si no contesta deja que la muerte siga su camino.

De nuevo el hombre inclinó la cabeza.

-La muerte empezará pronto - dijo el que había interrogado a Harry Vincent-. Espera diez minutos. Luego, procede.

El ejecutor asintió.

-En cuanto al otro-dijo el hombre de la túnica-, no le prestes atención. Hemos provisto a sus necesidades. Le visitaré cuando lo crea necesario.

EL hombre de la túnica extendió la mano. En un dedo tenía el escarabajo montado en una sortija, un duplicado del anillo de Rodney Paget.

Librodot

Bron inclinó la cabeza.

-El signo-dijo con voz sepulcral.

El hombre de la túnica formó el número siete, extendiendo todos los dedos de la mano derecha y dos de la izquierda. Bron replicó con una mano abierta y un puño cerrado; el signo de los Cincuenta. El inquisidor dio media vuelta y anduvo unos pasos. Se detuvo ante una pared desnuda. Apoyó las manos contra las paredes del pasaje. Se levantó una hoja de metal, revelando la borrosa silueta de una escalera de caracol.

El hombre de la túnica pasó por la abertura; la barrera se cerró tras él.

Subió la escalera y llegó a otra barrera. Otra hoja de metal se alzó cuando apretó el escondido resorte. Penetró en una pequeña habitación, iluminada por potente lámpara.

Había una mesa en el centro del cuarto. Sobre ella descansaba un peculiar instrumento con un gran teclado de signos alfabéticos.

El hombre de la túnica se sentó a la mesa y cuidadosamente anotó la hora que marcaba un reloj colocado allí. Echó hacia atrás la capucha, dejando ver un rostro tenaz y de facciones regulares.

Era un hombre de edad madura y su gravedad tenia un aire de severidad judicial. Era inteligente y no obstante inflexible.

Oprimió una tecla sin signo de un lado del tablero y esperó. Pasaron cinco minutos. Entonces una voz baja llenó con su sonido la habitación. Parecía una voz transmitida por radio. Sus tonos eran claros y distintos.

-«Fieles» -dijo la voz.

Manos hábiles maniobraron en el teclado deletreando la palabra:

«Cincuenta».

-« B... tres» -dijo la voz.

Las manos teclearon la palabra «Uno».

-EL hombre del hospital todavía no ha sido identificado-dijo la voz-. Será seguido cuando le den de alta.

-¿Qué hay de Blake? - teclearon letra por letra las diestras manos.

-Vigilamos a distancia. La presencia del vigilante de noche lo hace difícil. Buscamos al intruso, pero no encontramos a nadie. Hemos evitado sospechas como se nos ordenó.

-Instrucciones... - teclearon las manos.

-Dispuesto-contestó la voz.

-Anotad, decir a Paget que se quede escondido.

-Anotado - fue la respuesta verbal.

-Apostar hombres de los Cincuenta en su casa.

-Anotado.

-Guardar ambos extremos de la arcada constantemente.

-Anotado.

-Insertar anuncio.

-Anotado.

El hombre que estaba al teclado oprimió la misma tecla con que había empezado la entrevista. Entonces miró a su reloj. Las manecillas señalaban las diez en punto. Era por la mañana todavía, aunque nadie lo hubiera podido conocer, pues en aquel cuarto no podía entrar nunca la luz del día.

El hombre escuchó con atención. Entonces se oyó un débil sonido audible, sólo para un oído muy fino. Parecía venir de algún sitio de más

abajo, como el movimiento de alguna maquinaria oculta. El hombre sonrió y sus labios crueles formaron la palabra <Bron>.

En el pasaje de más abajo, Bron estaba silencioso y solo. Su mano se apoyaba en un interruptor colocado en un abierto entrepaño de la pared.

El rostro del gigante brillaba con sórdido placer. Sus ojos apagados parecían ahora iluminados por un resplandor de delicia. Contemplaba la puerta que conducía a la cámara donde Harry Vincent estaba prisionero.

El verdugo se separó entonces del interruptor. Se sentó en un taburete a un lado del pasaje y apoyó la cabeza en la pared.

Mientras el run run de la sorda maquinaria continuaba, miraba con frecuencia la barrera que mantenía cautivo a Harry. A veces los ojos de Bron se volvían en otra dirección, había una puerta similar que estaba a un lado del pasaje. Pero el lugar que parecía intrigarle era la puerta de la prisión de Harry.

En su luenga cámara, Harry Vincent, adquirió de pronto la convicción de que un ruido sordo se oía. Miró arriba y al suelo del aposento, pero no pudo localizar el sonido. Finalmente se le ocurrió mirar hacia el techo y una expresión de alarma pasó por su rostro macilento.

¡El techo descendía! Su movimiento no hubiese podido apreciarse sino por un ligero avance que se producía con cada vibración de la maquinaria.

Harry puso la mano sobre el liso cristal que cubría las luces. Advirtió también allí un movimiento. ¡El tabique se movía también!

Harry miró al suelo fascinado. Pudo ver la armazón hundiéndose gradualmente en el suelo. Descendía a paso de tortuga.

Pasaron los minutos. Después de una hora, según le pareció a Harry, el tabique había descendido sólo algunos centímetros.

Sabía ahora cuál iba a ser su suerte y enjugó el sudor que cubría su frente.

Podía elegir. Podía hablar o ser aplastado sin remedio bajo la presión del techo descendente.

Sabía ahora por qué la puerta estaba más alta que el suelo. Cuando el techo había descendido por completo su parte de arriba, formaba un nuevo piso del pasaje.

Harry se levantó y se deslizó a lo largo de la cámara hacia la puerta. Estaba tentado de llamar, de desafiar a su inquisidor. Entonces recordó el aviso del hombre. ¡No podía traicionarlo! A menos que dijese todo lo que sabía, regresaría de nuevo por aquel corredor hacia la muerte.

Harry de momento creyó que podría hablar de buena gana. Entonces se dio cuenta de que sabía muy poco. ¿Cuántas preguntas le harían?

Su inquisidor creía que él era La Sombra». ¿Le creería cuando, diciendo la verdad, negase ser tal su identidad?

Otra mirada al techo convenció a Harry de que era prudente esperar.

Pasarían horas antes de que la perdición final llegase. Sería mejor esperar; luchar contra horas de horror antes que recurrir al último extremo de pedir merced.

Se sentó en el suelo y trató de ocupar su mente con otros pensamientos.

Pero sobre todo dominaba siempre la febril amenaza de aniquilación. Harry rió sin esperanza y su risa melancólica sonó a hueco.

-¡Muerte!

En su cerebro resonaba todavía el terrorífico veredicto. Tenía horas para esperar-pues dudaba que el techo llegase abajo en día y medio - sin embargo sólo un pensamiento podía dominar su mente durante aquel tiempo.

Era el aviso del extraño encapuchado aquella mañana - ¡muerte! - ¡muerte a La «Sombra»!

CAPITULO XVII
EL VISITANTE DE BLAKE

Eran las diez de la noche. Veinticuatro horas habían transcurrido desde que Harry Vincent saliera en persecución de Rodney Paget. Veinte horas habían pasado desde que el encapuchado visitara a su prisionero en la cámara solitaria.

Estos acontecimientos los desconocía el hombre que estaba tranquilamente sentado en la biblioteca de Wilbur Blake.

Herbert entró.

-Otto está preparado, señor-dijo-. ¿Quiere usted que tome el sedán o el coche de turismo para ir a la estación?

-El de turismo-replicó el hombre que se parecía a Blake-. Sólo míster Michaels estará allí. Míster Barton traerá con él a míster Fanchon.

»Pero no hay prisa. El tren no llega hasta las once. Dígale a Otto que saque el coche de turismo a la calzada. Cuando míster Barton y míster Fanchon lleguen, notifíquemelo.

-Sí, señor.

El criado no salió. Se quedó molesto como si quisiese decir algo.

Su amo le miró. Las cejas se fruncieron en la forma que era característica de Wilbur Blake.

-¿Qué ocurre, Herbert?

-Nada, señor. Es decir, no mucho. Estaba pensando en lo de anoche, señor.

-Ya me hablaste de ello esta mañana-dijo Blake-. Me preguntaste si había bajado sobre las dos y te dije que sí. Fui a la cocina para comer algo.

-Sí, señor. ¿Pero entró usted en esta habitación?

-No. ¿Por qué?

-¿Recuerda el señor que se le cayó un vaso anoche? ¿Allí en el rincón?

-Sí. Tú fuiste a recoger los pedazos. Te dije que esperases hasta esta mañana. No he entrado en la habitación hasta ahora. Veo que has obedecido mis instrucciones.

-Sí, señor. Pero lo olvidé hasta hace una media hora. Entonces me acordé. Entré aquí y quedé sorprendido, míster Blake.

-¿De qué?

-Había un pedazo grande de cristal -Herbert hizo la acción de señalar con el dedo-y estoy seguro de ello señor, porque lo vi anoche-. Usted salió mientras no estuve a punto de empezar a recoger los trozos de cristal.

-¿Y bien? - preguntó Blake impaciente.

-No había ningún cristal grande esta mañana, señor-explicó el criado-. Sólo pequeños fragmentos.

-Lo que significa...

Librodot

-Que alguien debe haber aplastado con el pie el pedazo grande, señor, en la oscuridad.

-Eres todo un detective, Herbert-rió Blake. De pronto su buen talante cambió.

-¿Estás seguro de que ninguno de los sirvientes ha entrado aquí? - su pregunta iba acompañada de su peculiar fruncimiento de cejas.

-Estoy convencido, señor - declaró Herbert-. Usted recordará señor, que me dijo que no le molestase mientras despachaba su correspondencia. De manera que pensé, señor…

-Tienes razón, Herbert. Si alguno ha entrado yo debo saberlo. Puedes marcharte. Yo me cuídate de todo esto.

Una vez solo, Blake entró en actividad. Su rostro tenía una ligera expresión de aburrimiento, mientras examinaba una serie de sobres y cartas, que yacían sobre la mesa.

Satisfecho de que todo estuviese allí, regresó a su butaca. Encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo con delectación.

El criado reapareció.

-Míster Michaels está aquí, señor-dijo.

-¿Ya? - Blake pareció sorprendido-. No tenía que venir hasta las once.

-Tomó un tren antes. Creo que deseaba regresar a Nueva York a las doce…

-Dile que entre, Herbert. Que Otto tenga el coche preparado. Dile que esté dentro. Y de paso, Herbert - Blake adoptó un fingido tono de indiferencia -, yo debería haber dicho al vigilante que estuviese aquí antes de las once esta noche. Pueden haber merodeadores por estos alrededores. Di a Otto que esté alerta.

Herbert dio paso a un hombre alto unos minutos más tarde. El visitante parecía de unos cincuenta años. Tenía un aspecto de dignidad y ojos que se tornaron burlones al enfrentarse con la figura de Wilbur Blake.

-¡Ah! - exclamó Blake levantándose para dar la bienvenida al recién llegado-. Bienvenido. Los demás no están aquí todavía. Siéntese. ¿Quiere beber algo? Dos vasos, Herbert.

-Hace ya mucho tiempo que no le veía - observó Blake mientras los dos hombres quedaban frente a frente sentados en confortables butacas. Herbert trajo los vasos y salió de la habitación.

-Bastante tiempo - contestó Michaels.

-Siento haberle hecho venir desde Chicago - continuó Blake-. Pero era necesario en este caso.

-Necesario, sí-replicó el visitante-. Pero incluso ahora, Blake, no estoy completamente convencido de que obre usted con acierto.

-¿Cómo? Su carta decía…

-Mi carta no era definitiva. La escribí sabiendo que yo estaría aquí esta noche. Esto me permitiría discutir el asunto antes de darlo por terminado. He estado pensando en ello durante todo el camino desde Chicago. Este acto no está de acuerdo con su proceder habitual.

-¿Por qué?

-Sacrifica usted sus intereses en la Compañía Calcimine vendiendo sus acciones a bajo precio.

-¿Un sacrificio? - dijo Blake riendo-. ¿Dos millones y medio al contado? ¿Llama usted un sacrificio a eso?

-¡Valen más que eso!

-En potencia, tal vez.

-No. En la actualidad - la voz de Michaels era seria -, Blake, yo puedo ofrecerle tres millones, dentro de tres meses. ¿Por qué no acepta?

-Preferiría no aplazarlo - replicó Blake.

-¡Puedo garantizárselo! -declaró Michaels recalcando la frase-. ¡Usted sabe lo que eso significa! Usted no necesita ahora el dinero. ¡Acepte!

Blake movió la cabeza.

-Es usted tonto, Blake - dijo Michaels. Se detuvo cuando Herbert entró en el cuarto. El criado habló a su señor en todo especial.

-Alguien al teléfono, señor-dijo-. Es importante.

-¿Quién es? - preguntó Blake.

-No lo sé, señor - murmuró el criado. Miró significativamente a su dueño-. Debe usted contestar, señor. Es muy importante.

Blake se levantó y salió de la habitación. Volvió tres minutos más tarde.

Había en su rostro expresión de disgusto que se cambió en ligera sonrisa al ver a su huésped de pie en el centro del aposento. Blake metió la mano en el bolsillo.

-Míster Michaels-dijo-. Tengo que hacerle una pregunta desacostumbrada. Hace mucho tiempo que no le había visto. Debería recordarlo bien. Pero a veces tengo mala memoria. ¿Se molestaría usted contestando a esto? ¿Es usted James Michaels, de Chicago?

El visitante miró con firmeza a su interrogador. Sus ojos eran duros y resueltos.

-Permítame hacer a usted una pregunta -dijo con voz que contenía una amenaza extraña y acusadora-. ¿Es usted Wilbur Blake, de Nueva York?

Blake apretó los labios. Se adelantó y apoyó los nudillos de su mano izquierda sobre una mesa que lo separaba de Michaels. Arrugó el entrecejo y miró con fijeza al que le había interrogado.

-Acabo de recibir una llamada telefónica - la voz de Blake se volvió seca y enfática-. Un hombre que dice ser James Michaels asegura que está en Nueva York; que perdió el tren, que llega aquí a las once y que viene en coche.

»¡Si él no es un impostor, lo es usted! Déjeme preguntarle otra vez: ¿Es usted James Michaels?

-¡No!

-Me lo supuse -Blake rió con fuerza-. El impostor debía ser el que viniese primero.

»¿Cuál es su propósito viniendo aquí? ¿Por qué trata de suplantar la personalidad de James Michaels?

-¿Por qué suplanta usted la de Wilbur Blake?

El millonario dejó pasar la pregunta. Continuó mirando al otro como pensando en el mejor camino a seguir. De los dos, el falso Michaels era el más tranquilo, a pesar de estar en casa ajena.

-Su nombre no es Blake-dijo el visitante con frialdad-. Ocurre que es Dodge. Su amigo - esto lo dijo en tono sarcástico-, Rodney Paget cometió la torpeza de dejarlo saber cuando le visitó en una casa próxima a la Avenida Lexington.

»A la sazón no oí lo bastante para hacer una suposición completa. Más tarde, me encontré con el gerente del Hotel Goliath. Recordó que una vez

Librodot

Wilbur Blake le había encargado cobrar unos cheques y que había recurrido a Rodney Paget para identificar a Blake. Paget había salido con Blake diciendo que le cobraría el cheque.

Las palabras llevaron un poco de nerviosismo al oyente. Blake seguía con la mano derecha en el bolsillo.

-Mientras Paget estaba aquí pasando unos días-continuó la voz acusadora -, Wilbur Blake salió una noche solo. Llegó hasta el garaje. Allí algo ocurrió.

»Fue amordazado y raptado en su propio coche. Sus raptores le transbordaron a otro automóvil. El hombre que observó todo esto... vio que otra persona entraba en el coche de Blake y regresaba a la casa.

»La persona que suplantó a Blake ¡eres tú!

A pesar de estas revelaciones, el oyente iba recobrando la tranquilidad. Miró a su acusador y no dijo nada.

-Sólo te queda ahora un recurso - prosiguió el visitante-. Rehúsa llevar adelante esa transacción. Luego márchate. Ahora, antes de que lleguen tus huéspedes, dime dónde está Wilbur Blake.

-No lo sé-fue la adusta respuesta.

El interrogador le miró con fijeza. Sus ojos agudos, brillando con extraña luz, parecían convencerse de que Dodge decía la verdad.

-¿Lo sabe Paget? -preguntó.

-Acaso. Yo no lo sé.

El interrogador esperó. Vigilaba al falso Blake estrechamente, como esperando que el hombre se traicionase por algún acto. Entonces, de pronto, la tensión se rompió.

-¡Usted es un impostor! -gritó Blake-. Usted lo reconoce. ¡Usted me ha amenazado!

Saltó hacia adelante mientras hablaba. Sacó la mano del bolsillo, empuñando una pistola automática. Tenía el dedo en el gatillo en el momento de levantar el arma.

Michaels se abalanzó a él y le cogió por la muñeca con garra de acero.

Simultáneamente la puerta se abrió y Otto entró empuñando un revolver.

Tras él venía Herbert.

-¡Dispárale, Otto! - exclamó Blake-. ¡Quiere matarme! ¡Dispara! ¡Pronto!

Antes de que el chófer pudiese obedecer, Michaels, con fuerza sorprendente, atrajo a Blake hacia él. Momentáneamente quedó escudado por su cuerpo.

Lucharon fieramente. El arma de Blake cayó al suelo.

-¡Ayúdame! - exclamó Blake, mientras volvía la cabeza hacia los dos sirvientes-. Éste es el ladrón que entró en la casa anoche...

La frase quedó interrumpida por la predominante garra de su enemigo.

Blake vio a Otto revólver en mano, dispuesto a disparar. Herbert estaba con la boca abierta sin saber qué hacer.

Michaels había adivinado el propósito de Blake. Sólo había un camino seguro a seguir por Blake. Había precipitado el ataque con la definida intención de matarle.

Tanto Otto como Herbert serían testigos de descargo para Blake. La muerte accidental de un impostor confeso podría ser explicada a la policía. El falso Michaels, muerto, sería una amenaza menor que estando vivo.

Librodot

La llegada de Otto había sido oportunísima para el fingido Blake. Otto estaba dispuesto a cumplir las órdenes recibidas. Sólo el ingenio y destreza del antagonista de Blake le desconcertaron.

El contrincante de Blake no ofrecía al chófer ninguna oportunidad de disparar. Dándose cuenta de esto, Otto se aprovechó de la refriega para acercarse a los luchadores. De cerca podría disparar contra el enemigo de Blake. Entonces fue cuando Michaels cambió repentinamente de táctica.

De un poderoso puñetazo tumbó a Blake contra la pared. Como un torbellino Michaels cayó sobre Otto antes de que éste pudiera disparar su revólver.

EL musculoso chófer cayó hacia atrás por el ataque, pero con su mano derecha libre trató de cubrir el cuerpo de Michaels con el arma.

Una garra de hierro le retorció la muñeca. Durante varios segundos de tensión, ninguno de los dos hombres parecieron moverse; Sin embargo, estaban desarrollando toda su fuerza.

-¡Sujétalo, Otto!

Fue Blake quien habló. El millonario se había puesto en pie. Buscaba su automática que yacía en el suelo detrás de Michaels. Si Otto lograba dominar a su enemigo unos pocos segundos más, Blake podría enviar el disparo fatal, por la espalda, a Michaels.

El chófer dio una sacudida hacia adelante mientras Michaels le empujaba hacia atrás. Luchando desesperadamente, Michaels trató de dar un puntapié a la pistola para alejarla de la mano de Blake. No lo consiguió.

El millonario cogió la automática y la levantó con un grito de triunfo.

Simultáneamente, Otto obtuvo la deseada oportunidad. La garra que le sujetaba la muñeca cedió. Oprimió el cañón de su revólver contra el costado de Michaels. Apretó el gatillo, sujetándolo para disparar todo el cargador de diez tiros.

Mientras esto hacía el chófer, Michaels echó el cuerpo a un lado. El cañón del arma resbaló de manera que quedó descansando contra su cuerpo. Las balas atravesaban su chaqueta al salir.

Prosiguiendo sus vueltas, Michaels encerró a Otto en un semicírculo. El cañón del revólver que escupía bala tras bala, barrió la habitación. Blake quedó dentro del camino fatal.

El grito triunfante del millonario se convirtió en un terrible gemido. Cayó al suelo desplomado.

Los ojos de Otto vieron lo ocurrido por encima del hombro de Michaels. El chófer demostró en su rostro el horror que experimentaba. Michaels lo echó a un lado y fue hacia la puerta.

Sólo Herbert le cerraba el paso. El criado había cogido un pesado bastón que pertenecía a su señor. No tuvo ocasión de usarlo. Michaels le envió un directo a la mandíbula y el criado perdió el conocimiento.

El hombre que se iba, cruzó el salón y llegó a la puerta. El coche de turismo de Blake estaba al pie.

Con una carcajada burlona, Michaels saltó al coche. Atravesó la calzada y salió a la calle. Pasó entre dos coches que se habían detenido junto al bordillo.

-¡Detenedlo! - se oyeron gritos. Los tiros habían sido oídos. Los testigos sabían que el hombre del coche de turismo huía.

Librodot

Un sedán salió de una calle lateral y emprendió la caza. El hombre que iba en el volante del coche de turismo le vio por el espejo retrovisor. Aumentó la velocidad del auto y viró hacia la carretera que conducía a Nueva York.

Había adelantado a sus perseguidores antes de llegar a la carretera principal.

Un sendero claro se abría ante él. Su huida parecía segura.

El espejo del coche de turismo reveló el rostro del conductor. La madurez del rostro del visitante de Blake había sufrido un cambio. Parecía poseído de torvo placer.

Los labios formaban una ligera y firme sonrisa. Los ojos agudos miraban hacia el espejo y brillaban. Las luces del sedán estaban muy atrás.

El coche de carreras tomó una curva. Los ojos que miraban por el espejo se pusieron alerta de pronto. Miraban carretera adelante en línea recta. En su camino había un puente colgante abierto. Un barco venía del Soun por un canal.

Chirriaron los frenos. El coche experimentó brusca sacudida mientras manos diestras lo hacían virar hacia la izquierda. Todavía a gran velocidad, el conductor llevó el coche por una carretera lateral.

Las ruedas delanteras chocaron contra un mojón. Dos neumáticos reventaron, en tanto el coche quedaba volcado y colgando peligrosamente a la orilla del canal.

EL sedán llegó menos de un minuto más tarde. Patinó cuando el conductor lo atravesaba en la carretera, escapando de milagro a la suerte del coche de turismo. Se detuvo a un par de metros del auto volcado.

Entonces se oyó el tableteo de una ametralladora, cuyos cerrados proyectiles perforaron la carrocería del coche de turismo.

Un hombre iba a bajar del asiento delantero del sedán. Una exclamación salida del asiento posterior le hizo desistir.

Venían hombres del puente. No había tiempo que perder. El sedán disparó hacia atrás. Viró y volvió por donde había venido.

Los auxiliadores llegaron junto al coche de turismo. Miraron dentro, esperando hallar un cuerpo acribillado a balazos. Por el contrario, quedaron sorprendidos al encontrarlo vacío.

Un sidecar de la policía llegó en el momento preciso en que el puente se cerró. Los uniformados oficiales hicieron una rápida inspección del coche destrozado.

Oyeron los excitados relatos de quienes habían presenciado el accidente. Un policía quedó de guardia mientras otro salió en la moto para comenzar el atestado.

Otro policía llegó más tarde. Parecían haber tomado particular interés en el caso del coche volcado.

Permanecieron en el lugar del hecho hasta las dos, hora en que llegó el inspector Timoteo Klein. El oficial hizo una minuciosa inspección. Cuando se fue, media hora después, puso dos policías de servicio.

-Vigilad a todos los que vengan o vayan - fueron las instrucciones del inspector.

CAPÍTULO XVIII
LA "SOMBRA" ACTUA

Eran las últimas horas de la tarde del día siguiente. Dos hombres estaban en una barca cerca del puente. Dragaban un canal. Un policía, desde la orilla, vigilaba su trabajo.

El coche volcado había sido retirado. Sin embargo, la vigilancia policíaca seguía. El dragado empezó por la mañana, cuando los primeros vigilantes fueron relevados.

Era un día sombrío y nuboso. La oscuridad llegaba prematuramente. Una espesa niebla se cernía sobre el canal. La orilla opuesta quedaba invisible tras la densa cortina.

Dos manos aparecieron entre los pilares que sostenían el extremo más próximo a la orilla del puente. Eran largas y delgadas y parecían blancas y débiles.

Un rostro enérgico apareció por la abertura. Dos ojos agudos miraron a lo largo del banco del canal. Vieron la ancha espalda del uniformado policía.

Una figura surgió entre las pilastras. Un hombre nadó lentamente hacia el extremo opuesto del puente. Sin ruido, llegó al banco y se perdió de vista.

Su escondite había escapado a las pesquisas de la policía. Lo había alcanzado por el agua, buscando un lugar donde la orilla se inclinaba tras los pilares formando una playa artificial, bajo la proximidad del puente.

El hombre subió a la orilla al otro lado del puente. Era apenas visible bajo la niebla que se iba espesando. Se arrastró, cansado, hacia la carretera y entonces volvió y anduvo despacio a lo largo de la orilla, alejándose del puente.

Encontró un destartalado botecillo. Después de mirar rápidamente en todas direcciones, entró en la barca y empezó a remar sin ruido a través del canal.

Pasó junto a una barcaza anclada. Chapoteó silencioso y casi invisible. No producía ningún sonido, ni siquiera se le oía el ruido de los remos al batir el agua.

El remero descansó, después siguió avanzando Llegó a la orilla opuesta.

Volvió a la carretera y llegó a un estanco. Un letrero en la puerta anunciaba:<Teléfono Público>

El hombre miró al interior de la tienda. AL ver que el único dependiente estaba despachando a un parroquiano, se deslizó por la puerta y entró en la cabina telefónica. EL dependiente no advirtió su presencia hasta que se dio cuenta de que la puerta de la cabina estaba cerrada.

Ni Herbert ni Otto hubiesen reconocido al hombre que telefoneaba. Se parecía muy poco al visitante que había pretendido ser James Michaels, de Chicago.

Pálido, mojado y manchado, su aire de dignidad había desaparecido. Parecía un hombre cansado y furtivo; sin embargo, a pesar de su estado, parecía más joven que el personaje que había visitado la residencia del millonario Wilbur Blake.

El hombre llamó a un centro de taxis. Pidió un coche, dando la dirección de la tienda. Le comunicaron que llegaría un auto a los diez minutos.

Esperó en la cabina hasta que vio al dependiente dirigirse a la trastienda.

Entonces se deslizó silenciosamente hacia la calle, dejando caer una moneda a cambio de un ejemplar del Morning Monitor, que recogió al pasar.

El coche llegó y el chófer entró en la tienda. Quedó sorprendido al no encontrar al presunto pasajero. Volviendo al coche, distinguió un rostro en la ventanilla. Quedaba oculto en parte por un periódico desplegado.

-Esperaba fuera-dijo una voz tranquila-. Lléveme a la ciudad. Más tarde le daré la dirección.

El taxista obedeció. Lanzó el vehículo carretera adelante y cruzó uno de los gigantescos puentes que unen a Manhattan con Long Island.

-Vire a la izquierda-dijo el pasajero, al llegar a una avenida.

Veinte manzanas más adelante, el coche quedó detenido por las señales del tráfico. El chófer creyó que aquél era el momento de averiguar el destino de su pasajero.

Pasó la cabeza por la separación interior, pero no vio a nadie. Con una exclamación de rabia, saltó de su asiento y abrió la puerta trasera.

Su pasajero se había ido. El coche estaba vacío. Un objeto plano estaba visible en el asiento posterior. El taxista lo cogió. Estaba húmedo y se trataba de un billete de diez dólares.

Diez manzanas más atrás, el hombre salió de una destartalada casa situada en una calle lateral. Parecía completamente distinto del individuo que tomara el taxi cerca del puente.

Vestía un traje negro. Sobre los hombros llevaba una amplia capa también negra. Su rostro se perdía bajo la ancha ala de un negro sombrero de fieltro.

Anduvo de arriba abajo a lo largo de la calle, observado apenas por los que por ella transitaban. Una risa sorda y burlona salió de sus labios y halló eco en un portal ante el que a la sazón pasaba.

¡Era la risa de La «Sombra»!

El hombre de la capa negra había experimentado notable metamorfosis. Ya no parecía cansado. Sólo una ligerísima cojera le quedaba como recuerdo del vuelco del coche. Los efectos de su largo escondite habían desaparecido.

Presentaba una figura capaz de infundir espanto, cuando pasaba bajo las luces de la avenida, formando su grande y grotesca sombra, una pavorosa mancha en el pavimento.

Poco después, el mismo hombre vestido de negro apareció frente a la casa de Rodney Paget. La «Sombra» entró sin ser visto en el edificio y subió en el ascensor.

Se detuvo ante la puerta de las habitaciones de Paget y en silencio introdujo en la cerradura una llave de forma singular. Abrió la puerta sin ruido y penetró en las tinieblas. La puerta se cerró tras él.

Luego siguió el silencio. Alerta, La «Sombra» escuchaba. Parecía notar la presencia de algún ser viviente. Atravesó el cuarto tan silenciosamente que ningún oído humano hubiese podido percibir su paso.

Se oyó un ligero chasquido cuando su mano tiró del cordón de una lámpara.

La luz descubrió a un hombre contra la pared de enfrente, un hombre de rostro ceñudo, cuyos ojos estaban fijos en la puerta. El individuo se volvió asombrado para encontrarse frente al cañón de la automática de La

«Sombra». Una risa sorda se oyó bajo el sombrero. El hombre de la puerta levantó las manos hoscamente. La «Sombra» se adelantó hacia él; luego se volvió rápido, mientras otro hombre saltaba sobre él desde el rincón del aposento.

-Cógelo, Fritz-siseó el hombre de la puerta, mientras saltaba sobre los luchadores-. ¡Sin pistola! ¡Sin ruido!

-Ya lo tengo, Bart-fue la triunfante respuesta. Las manos del atacante estaban sobre la garganta de la «Sombra».

Entonces ocurrió un cambio sorprendente. Unas manos delgadas y blancas salieron de debajo de la capa. La «Sombra» cogió a su adversario por las muñecas. Inclinándose al suelo la «Sombra» blandió a Fritz hacia adelante.

Utilizó el delgado cuerpo del hombre a guisa de gigantesca porra.

El arma humana descendió con fuerza terrorífica sobre el individuo llamado Bart. La «Sombra» se levantó y rió suavemente. Sus dos antagonistas yacían en suelo, ante él.

Fritz estaba atontado por completo. Bart sólo en parte, la «Sombra» le quitó el cinturón y le ató las manos con asombrosa celeridad. Usó un pañuelo para amordazarlo.

Entonces volvió su atención hacia Fritz. El hombre no llevaba cinturón; la «Sombra» hubo de utilizar sus tirantes.

Dejando a sus indefensas víctimas, la «Sombra» empezó una rápida investigación por todo el departamento.

Actuaba con la decisión del que está familiarizado con el terreno que pisa.

Papeles, cajones, libros y otros objetos fueron rápidamente inspeccionados.

La «Sombra» parecía ultimar un registro precedente.

Salió de la habitación y encendió las luces de todo el departamento. Sus ojos miraban a todas partes. Se detuvo de pronto en la pequeña alcoba. Algo atrajo su atención.

Fue hacia la persiana. Había ligeras marcas en el lado izquierdo de la enrollada persiana y señales similares en el fondo de la misma. Apreciables sólo para una vista experta, habían atraído la atención de la «Sombra».

Las manos blancas trabajaban. En pocos segundos la mano izquierda encontró la cerradura secreta y la mano derecha bajó la persiana. Cuando los papeles que Paget había escondido allí caían al suelo, la «Sombra» los cogió en el aire. Dio comienzo a una rápida lectura.

Los dedos cubiertos de polvo de Rodney Paget habían dejado las señales que revelaron su ingenioso escondite.

La investigación anterior de la «Sombra» había fracasado; pero, firme en su creencia de que Paget poseía no obstante el documento que necesitaba, la «Sombra» triunfó merced al auxilio de los insignificantes indicios.

La figura vestida de negro permanecía firme e inmóvil. La «Sombra» estaba completamente absorto en las revelaciones que obtenía. Su lectura fue rápida pero minuciosa. Acabó de leer. Sus manos metieron los papeles bajo la capa. Entonces levantó la vacía persiana y la cerró en su sitio.

Sacó un reloj. Dio media vuelta y cerró la alcoba.

En la habitación exterior, la «Sombra» se inclinó sobre sus atadas víctimas.

Librodot

Parecía la viva representación del Destino. Estaba sumido en profunda y concentrada meditación.

Los hombres tendidos en el suelo le miraban temerosos de lo que podía ocurrirles.

Ante su asombro la «Sombra» no se preocupó de ellos. El extraño personaje volvió de pronto a la vida. Atravesó rápidamente el piso apagando las luces tras él. El salón quedó sumido en tinieblas.

Dejando a sus víctimas abandonadas a sus propias y desagradables reflexiones, la «Sombra» abrió la puerta del departamento y desapareció.

La única prueba de su presencia era el sonido de una risa burlona que pasó a través de la puerta que se cerraba.

Era una risa larga que dejaba un prolongado eco tras ella y que llenó de escalofrío el corazón de los hombres que yacían atados en el suelo, pues parecía presagiar malos acontecimientos.

CAPÍTULO XIX
POR LOS HILOS

EL teléfono sonó en una cabina de la Gran Estación Central. Un dependiente del mostrador de bebidas de enfrente oyó el timbre. Terminó de servir a un cliente y fue a la trastienda.

Solo y sin ser visto marcó el número. Oyó una voz en el otro extremo.

-Burbank-dijo en voz baja.

-Bien-fue la respuesta-. ¿Algún informe?

-Ninguno.

-¿Dónde está Vincent?

-Se fue.

-¿Burke?

-También.

Hubo un silencio momentáneo. Luego la voz emitió una orden breve:

-Has de estar preparado. Actúa instantáneamente bajo cualquier llamada doble. Da noticias aquí en seguida.

El auricular produjo un chasquido. EL dependiente del bar colgó el suyo y regresó para dar el cambio al cliente que esperaba. En la Jefatura de Policía el inspector Timoteo Klein mascaba la punta de un puro gordo y sin encender mientras miraba sombrío al detective José Cardona.

-Ve usted la relación, ¿verdad? - preguntó.

Cardona afirmó con un movimiento de cabeza.

-Todo lo que ahora sucede es culpa suya. Si hubiese cogido al hombre la primera vez este nuevo revoltijo no habría ocurrido. Ya es tiempo de que se despierte, José.

-¡Que me despierte! -exclamó el detective-. He tratado de encontrar la pista de aquel individuo que estaba en casa de Marchand.

«¡Si cometió el asesinato o no el caso es que lo encontramos con las manos en la masa! Llevaba armas. Se resistió a ser detenido y me atacó. Mas a pesar de todo, creo lo que me dijo.

-¡Bah! - interrumpió el inspector-. Espabílese -Puso una copia del «Morning Monitor» ante los ojos del detective.

-Mire lo que nos dicen. Otro asesino escapa a la policía. ¿Dónde está el hombre que iba en el coche? Mire aquí-volvió la página - incluso hacen notar la similitud con el asesinato de Lukens.

«Quieren saber dónde está el hombre que fue encontrado junto al cadáver de Lukens. ¡La semejanza está en eso!

Dejó el periódico frente a Cardona. El detective pareció no verlo. Klein se tornó sarcástico. Miró de nuevo el periódico hasta encontrar la sección de colocaciones.

-Quizá esto le interese más-resopló-. Acaso tenga que buscar pronto un buen empleo. ¡Hum! - gruñó el inspector - sería bueno que escribiese a éste. Pide trabajo con un salario mínimo de diez mil dólares anuales.

«¡Esto es una indicación para usted, José! Ex detective desea empleo. Cincuenta mil o para arriba. Especialmente dispuesto para perseguir a la «Sombra».

Cardona, colérico, arrebató el periódico de las manos del inspector. Lo abrió por la primera página y señaló una pequeña columna.

-Vea esto - le dije al reportero que lo pusiese.

-«Detective desorientado»-leyó Klein-. «La desaparición del hombre del coche volcado es un misterio para el detective Cardona. Parece encontrarse frente al mismo fracaso con que tropezó con el asesinato de Lukens. Abiertamente reconoce que a menos de que encuentre una nueva pista...

-¡Usted dijo al repórter que pusiese eso! - exclamó asombrado-. ¿Por qué demonios hizo usted semejante cosa?

-Quería que la «Sombra» lo leyese - replicó Cardona-. Ese individuo esté donde esté, puede tener la clave de la muerte de Lukens y también la de Blake. Me prometió...

-¡Le prometió! -saltó el inspector-. Usted está loco, José. ¡Quizá sea él quien está detrás de todo este tinglado!

Cardona movió la cabeza negativamente.

-Escuche, José -dijo Klein con seriedad-. Ya le he dicho que está completamente equivocado. Encuentra usted a un individuo en el lugar del crimen. Ese individuo huye. Después regresa.

«Usted le reconoce como la «Sombra». No obstante, tuvo la listeza de llamarle simplemente un desconocido. Los periódicos se hubieran burlado si llega a hablar de la «Sombra».

«Ahora un individuo va a ver a Wilbur Blake. Pretende hacerse pasar por otro. Huye cuando es descubierto.

«Blake muere en la confusión. El individuo desaparece de un noche volcado, con gente a su alrededor. ¡Es la «Sombra»! ¿Qué otro podría hacerlo?

«Muy bien. Es responsable de la muerte de Blake. Es probable que también matase a Lukens.

-Está usted en un error, jefe-replicó Cardona-. Hoy por hoy, lo sucedido escapa a lo que yo puedo colegir. Pero hay mucho más de lo que usted se figura.

«Cogimos las pistolas de la «Sombra», la noche en que Lukens fue muerto. No fueron esas armas las que mataron al viejo médico. Ahora toma parte en una lucha contra Blake. Puede tener responsabilidad por la muerte de Blake, pero fue el chófer quien disparó los tiros. Sin duda, alguien más estaba entre bastidores.

Librodot

«¿Qué hay del auto misterioso que persiguió a la «Sombra»? Acribillaron el coche volcado con ametralladora. ¿Quiénes eran? ¡Yo se lo diré!

«Relacionados en alguna forma con el asesinato de Lukens. ¡Estaban dispuestos a cazar a la «Sombra»!

A Klein le impresionaron ligeramente las afirmaciones de Cardona. Quedó pensativo.

-Hemos oído antes de ahora hablar de la «Sombra» - dijo-. Ese individuo puede ser... bueno o puede ser un facineroso. No lo sé. Pero una cosa es segura: no trabaja con la policía.

-Escuche, jefe - insistió Cardona-. La «Sombra» ha tenido a raya algunas buenas piezas en su tiempo. Dicen que cuando anuncia a un criminal que algo va a ocurrirle, le ocurre.

-Eso lo tengo oído.

-Perfectamente. Arguyamos entonces desde el punto de vista contrario. Me dijo que me lo diría cuando supiese quién había matado a Lukens. Dicen que la «Sombra» cumple lo que promete. Por eso cuento con él.

-Pues hace usted mal - gruñó Klein. Un teléfono sonó junto a él. Contestó y lo alargó a Cardona-. Para usted, José - añadió.

-Al habla-dijo Cardona fatigado y con los ojos medio cerrados.

De pronto abrió los ojos. Miraban en dirección del inspector Klein, pero Cardona no veía. Su compañero le contemplaba alarmado. El detective parecía atacado de irreprimible asombro.

-¡Sí! ¡Sí! -exclamó Cardona.

-¿Quién es? -preguntó Klein.

El detective hizo un gesto. Indicó a su superior que no interrumpiese.

Manoteando en la mesa que tenía delante, encontró un papel y un lápiz.

-¿El asesino de Lukens? - preguntó-. ¿Me lo ha cogido? ¿Con pruebas?

Hubo una pausa, mientras el detective escuchaba con atención. Entonces habló con tono más sorprendido aún.

-¿El asunto de Blake? ¿También lo tiene? El asesino... ¡Oh! Lo aclarará, dice... ¿Qué?... sí. Sí...

Empezó a escribir apresurado. Klein miraba por encima, pero no pudo interpretar los precipitados garabatos. De cuando en cuando Cardona decía «Sí» . Por fin, terminó de anotar y se dejó caer en una butaca. Klein cogió el teléfono.

-¡Diga! -pidió.

Se oyó el chasquido del receptor al ser colgado en el otro extremo.

-¿Quién era? -preguntó el inspector.

-¡La «Sombra»! -replicó Cardona.

-¡La «Sombra! ¿Qué dijo? ¿Está usted seguro de que era él?

-Conocería su voz en cualquier circunstancia - declaró Cardona. Se tranquilizó y empezó a copiar en limpio las garabateadas notas.

-Esta noche a las nueve y media - leyó el inspector-. Dispuesto con una docena de hombres. Esperará la hora exacta. Entonces proceder a... - El inspector refunfuñó-. ¿Qué es esto? - exclamó colérico-. Una nota debajo del asiento de una cabina telefónica de un estanco de Broadway y... ¿Qué es esto, José, una burla?

-Si lo es, es muy buena - replicó el detective.

-Vaya allí ahora y detenga al individuo que la lleve.

-No, jefe-contestó Cardona-. Tenemos que seguir el juego. La «Sombra» me ha dado su respuesta. Un paso en falso y nos dejaría con un palmo de narices. Déjeme llevar el asunto en la forma que él quiere.

-Bien está-dijo Klein testarudo, tirando su masticado puro y sacando del bolsillo uno nuevecito-. ¡Se lo dejo a usted! ¡Arrégleselas!

CAPÍTULO XX
EL OCTAVO HOMBRE

Rodney Paget descendió de un taxi en una calle lateral próxima a Broadway.

Entró tranquilamente en un pequeño restaurante y pidió café con leche y pastel de manzana. Terminado su refrigerio, fue a la cabina telefónica del oscuro rincón.

Descolgó el receptor y marcó el número siete. Sin quitar el dedo del número, apretó con el cuerpo la pared de la cabina. Algo dio un chasquido.

Paget colgó el receptor y se deslizó por una puerta que se abrió junto a él.

Era un mecanismo ingenioso, pues la pared de la cabina giraba penetrando en la pared. La abertura se cerró tras él.

Paget atravesó un almacén y llegó al desierto zaguán de una vieja casa.

Tomó el ascensor hacia el piso secreto y entró en el pasaje donde ya había estado.

Confiado, se puso una túnica y una capucha de la pila que yacía en la antecámara y dio la señal de los siete golpes. Recibió contestación y dio cinco golpes. Fue admitido a la siniestra sala donde se unió a las silenciosas figuras que estaban de pie.

Un sentimiento de mayor confianza inspiraba a Paget aquella noche. Con excepción del jefe de los Siete, él solo conocía la importancia que implicaba aquella reunión para la silenciosa banda.

No ignoraba que alguien había sido capturado mientras le seguía y que la reunión había sido convocada para que todos supiesen lo ocurrido.

Además, las sorprendentes noticias de la muerte de Wilbur Blake habían hecho la reunión todavía más necesaria.

Había permanecido en un hotel del centro de la ciudad la noche anterior, obedeciendo instrucciones que encontró en su casa. Había echado una ojeada al Morning Monitor poco después de mediodía y quedó muy sorprendido al leer lo ocurrido en casa de Blake.

Sin embargo, no olvidó consultar la columna de colocaciones. En ella había encontrado el anuncio que significaba la reunión.

¿Cuál sería el resultado de aquella reunión? Esto no podía preverlo Paget.

Se sentía seguro de que el misterioso jefe de la banda tendría algún plan que ofrecer.

El proyecto original de Paget, de apoderarse de los millones de Blake, merced a la actuación de un impostor, se había desbaratado con toda certeza.

El sexto miembro del grupo llegó mientras Paget pensaba todavía en la situación. El número Siete hizo su aparición unos minutos más tarde. Los miembros del grupo se prepararon para la ceremonia. Entonces llegó el período de silencio.

-Esta noche - dijo el jefe -, hemos de enfrentarnos con un importante asunto. El plan propuesto por el número Cinco ha fracasado de momento. Hemos sido atacados por un enemigo que se llama a sí mismo la «Sombra».

«La existencia de este enemigo me fue revelada por el número Cinco. Gracias a los cincuenta Fieles, capturamos un hombre del que sospechábamos. Nos revelará su identidad. Le he dado a elegir. Debe hablar o morir. Su oportunidad está casi a punto de terminar.

«Ahora creo que nuestro enemigo, «La Sombra», sigue campando a sus anchas. Nuestro cautivo es probablemente agente suyo. Debemos usar de todo el poder que poseemos para eliminar a nuestro enemigo. ¿Qué decidís?

-¡Muerte a la «Sombra»!

Las palabras salieron de una de las encapuchadas figuras.

-¡Muerte! ¡Muerte! - repitieron los demás.

-Muerte a «La «Sombra» -dijo el jefe con calma.

Antes de que pudiese hablar de nuevo los miembros del grupo quedaron súbitamente rígidos al oír un sonido sorprendente.

De la puerta frontera al jefe se oyeron siete golpes.

¡Un octavo hombre solicitaba su entrada en el santuario de los Siete Silenciosos!

Hubo una pausa. Paget se preguntaba lo que haría el jefe. No podía imaginar quién pudiera ser el intruso.

-Alguien pide admisión - declaró el jefe con voz tranquila y solemne-. Antes de responder a su demanda, identifiquémonos nosotros mismo, Yo soy el número Uno.

-Dos -una de las enropadas figuras pronunció su número y cruzó la habitación poniéndose junto al jefe.

-Tres - otro hombre ocupó su lugar en la fila.

-Cuatro.

Mientras el que habló avanzaba hacia el otro lugar del aposento, Paget esperaba el instante propicio de pronunciar su número. Estaba a punto de hablar cuando el hombre que estaba junto a él fue hacia el centro de la habitación y dijo «Cinco».

Paget quedó inmovilizado por la sorpresa. No pudo comprender el propósito del hombre. El cinco era su número, no del que había hablado. Algún error se había producido. No sería prudente protestar en aquel momento crítico.

-Seis.

Paget oyó la palabra al ser pronunciado el número por otro encapuchado.

Estaba solo, ante la línea de hombres silenciosos. Su mente vacilaba en la más terrible confusión. Miraba a sus encubiertos compañeros. Todas las capuchas parecían converger clavando los invisibles ojos en Paget.

-¿Vuestro número?

La pregunta fue dirigida a Paget por el jefe. Ahora no había tiempo de vacilar.

-Siete-dijo Paget, poniéndose en la fila.

El jefe se dirigió a la puerta. Una vez junto a ella, se volvió encarándose con la solemne fila.

-Mantened vuestros sitios-dijo-. Un impostor está bien presente aquí o en el cuarto exterior. Sepamos qué número da.

El jefe dio siete golpes sobre la puerta. En contestación se oyeron siete golpes más. Rodney Paget se dio cuenta de la aplastante realidad.

¡El verdadero número siete estaba fuera del aposento! ¡El impostor era el hombre que había entrado como número cinco!

Cuando el jefe les había hecho numerarse, el falso miembros del grupo se había declarado como el Cinco. AL no protestar, Paget, se había visto forzado a declararse como Siete. ¡Ahora las sospechas se dirigían contra él!

Se cogió las manos por debajo de los pliegues de la túnica y tocó la sortija del escarabajo. Esto le tranquilizó. Por lo menos tenía el místico amuleto que antes le había servido.

El hombre del exterior había sido admitido. Sus respuestas merecieron la aprobación del jefe. El maestro del grupo se volvía y señalaba a Paget, al final de la fila.

-¡Ve con él! - ordenó al jefe.

Paget obedeció. Se unió al recién llegado.

-Vuestros anillos - ordenó el jefe.

Todos los miembros empezando por el Número Dos, se quitaron la sortija y la dieron al jefe para ser inspeccionada. El Número Uno se dirigió a Paget y al hombre que acababa de entrar.

Examinó sus sortijas. De pronto señaló a Paget.

-¡Cogedlo! - gritó.

Paget fue dominado antes de que pudiese iniciar la acción de resistir. Le ataron los brazos y le obligaron a sentarse en el centro de la habitación.

Los miembros del grupo se retiraron en dirección a las paredes. EL jefe quedó delante.

-Antes de que descubramos la identidad del prisionero - dijo averiguaremos si algún miembro de los Siete tiene una acusación contra este desconocido.

Una figura salió del grupo y se puso junto a la puerta. Hizo el signo de los Siete. El jefe contestó.

-Número Cinco - declaró. Paget estaba trastornado. ¡Era el impostor el que iba a acusarlo! ¡El hombre que se había presentado como Número Cinco, dirigía un dedo acusador contra Rodney Paget!

-¿Cómo lo descubriste? - preguntó.

-Por su sortija-dijo el jefe-. Cada uno de los anillos tiene una señal secreta. Sólo yo puedo identificarlos todos por su número. La única sortija falsa es la llevada por nuestro prisionero.

-Yo os diré cómo la obtuvo-dijo el acusador.

Los otros miembros del grupo escucharon atentamente.

-Uno de los Siete fue asesinado-. Lo grave de su voz hizo temblar a Paget-. Asesinado por este prisionero.

-¿Por qué? -preguntó el jefe.

-Este impostor quería saber los secretos de los Siete-fue la respuesta.

-Los secretos no están escritos - declaró el jefe-. Están simplemente grabados en la mente de nuestros miembros.

EL acusador no hizo caso de la objeción.

-En su origen -siguió -, los Siete Silenciosos no se dedicaban abiertamente al crimen. Pero en los últimos años se ha convertido en una organización desesperada que no se detendrá ante nada.

«Uno de nuestro grupo - un anciano - censuraba nuestras acciones. Quería delatar a los Siete, pero vacilaba por miedo. Escribió, sin embargo, una confesión completa en la que revelaba los secretos del grupo.

«Introdujo la confesión en un cajón secreto de su mesa. Puso la sortija del escarabajo en manos de un amigo suyo. Guardaba la confesión y esperaba poder hacerla pública algún día.

«Un joven al que había favorecido, le vio una vez cerrar el cajón secreto. El joven entró en la casa y robó la confesión. Se enteró de los secretos de los Siete.

«Volvió de nuevo y dejó una trampa para asesinar al viejo. Tuvo éxito. También asesinó al amigo que llevaba la sortija del escarabajo. Entonces se unió a los Siete el impostor.

-Si lo que dices es cierto... - empezó el jefe.

-Es cierto - declaró el hombre que estaba junto a la puerta-. Sabía algunos detalles. Me he enterado de otros. Mi caso está completo. El ladrón no destruyó la confesión. La mantuvo escondida para poder traicionar a los Siete si necesitaba protegerse.

EL acusador señaló a Paget.

-Dime, entonces-dijo el jefe-. ¿Puesto que este hombre posee los secretos y la sortija legítima, cómo lo hemos descubierto esta noche?

-Porque otro hombre intervino. Cogió la sortija del ladrón, pero no la devolvió. Hizo hacer otra parecida y la puso en su lugar.

La verdad iluminó la mente de Paget. ¡Sabía quién se había disfrazado de Número Cinco: «La Sombra»!

Por esto era por lo que su habitación había sido visitada en casa de Blake, diferentes noches. Comprendió el propósito de la silenciosa figura estacionada en el césped.

-Dime-era la voz del jefe-. ¿Quién fue el miembro asesinado? Puesto que murió no puede estar entre nosotros.

Había un significado de amenaza en su tono. Sin embargo, no inquietó al hombre que estaba a la puerta.

-Su nombre - dijo el acusador de Paget -, era Henry Marchand.

-¿Y su número?...

-¡El Cinco!

-Entonces tú eres el hombre que cogió el anillo del ladrón -fue lo que dijo la voz amenazadora del Número Uno-. Tú no eres el Número Cinco... - Avanzó hacia el que hablaba y los miembros del grupo lo rodearon-. Tú eres...

-¡«La Sombra»!

Mientras el hombre de la puerta anunciaba su identidad, puso la mano contra la pared del lado de la puerta. Una risa burlona se oyó bajo su capucha.

La puerta se abrió. «La Sombra» se echó a un lado.

El brillo de linternas sorprendió a los Siete. El tiro de un revólver sonó como un cañón en la cámara secreta mientras José Cardona y sus hombres invadían el santuario de los Siete Silenciosos.

El detective había disparado el primer tiro como un aviso. Ahora gritó: «¡Manos arriba!» al entrar en el aposento con sus hombres alineados tras él.

El jefe de los Siete se había parado en seco; ahora retrocedía lentamente con las manos encima de la cabeza.

Estaba directamente enfrente del escondido nicho del otro extremo de la habitación. Los otros miembros de los Siete permanecían inmóviles, con los brazos en alto como señal de rendición.

Una risa ahogada salió del jefe de los Siete Silenciosos. El sonido era siniestro. Presagiaba peligro. La mano de Cardona apretó su arma automática mientras apuntaba al enemigo.

-¡Quietos donde estáis! -ordenó el jefe de los Siete-. Habéis tratado de vencer el poder de los Siete Silenciosos. ¡Ninguno de vosotros vivirá para contar lo que ha visto!

Apretó la mano contra la pared. Hubo un resplandor. Chorros de luz cegadora salieron de los lados del aposento. Un intenso fulgor lo inundó todo.

Los invasores quedaron desconcertados por la terrible iluminación.

Instintivamente se cubrieron la cara con los brazos, para proteger sus ojos del peligro. Pero los miembros de los Siete, comprendiendo la acción de su jefe, cerraron los ojos bajo sus negras capuchas. Los detectives estaban cegados e incapaces de actuar.

Rápidamente como obedeciendo a una orden implícita, los miembros de la terrible banda cruzaron la habitación para unirse a su jefe.

La mano del jefe se alargó hacia el fondo del nicho. Empuñó una palanca que salía de la pared. Pero antes de que la mano pudiese manejar la palanca, sonó un tiro de pistola.

Una figura arropada permanecía aún entre los desconcertados detectives: «La Sombra». Él, como los miembros de los Siete, se había anticipado a los movimientos del jefe.

El tiro de su automática fue bien dirigido. Su disparo rozó los dedos, la mano del jefe cayó.

Cinco hombres temerarios corrieron en ayuda de su jefe. Sus manos buscaron la palanca que él había perdido.

Los tiros infalibles continuaban saliendo de la automática de «La Sombra».

Dos hombres encapuchados vacilaron y cayeron. Pero una mano arriesgada consiguió su misión.

Bajó la palanca. Al bajar, una cortina de metal descendió súbitamente del techo. Una barrera de acero se interpuso entre los miembros de los Siete Silenciosos y sus enemigos.

Mientras la cortina descendía, otro resplandor cegador llenó el aposento de luz. Los cegados detectives, quedaron totalmente dominados.

En la luz mortecina que quedó, «La Sombra» se inclinó al suelo. Se quitó la ropa ritual. Ahora apareció vestido con un traje gris oscuro corriente y mostraba una insignia sobre el chaleco.

Parecía uno de los hombres de José Cardona, vestido de paisano. Estaba entre los detectives, y obrando con sorprendente rapidez.

-¡Por la puerta! - ordenó-. ¡Por aquí!

Empujó a los hombres fuera del aposento. Estaban vacilantes, indefensos, sin saber por dónde ir. No podían ver otra cosa que el deslumbrador resplandor que todavía predominaba en sus ojos.

«La Sombra» fue el último en salir. Cogió el atado cuerpo de Rodney Paget como si hubiese sido un muñeco de paja.

Los detectives buscaron a tientas el camino del ascensor. El primer grupo llenó la movible caja y descendió. Cardona, recobrando la vista volvióse para regresar al aposento donde los Siete Silenciosos habían estado.

Su camino se vio interceptado por el hombre que llevaba a Rodney Paget.

-¡Quédese aquí! -dilo la voz de «La Sombra»-. Guarde este prisionero. Métalo en el ascensor cuando suba. No hay momento que perder. ¡Todos fuera!-Cardona obedeció la orden. El ascensor subía de nuevo. Se volvió y ordenó al resto de sus hombres que entrasen. Se sintió él mismo empujado por detrás y cayó dentro del ascensor con su prisionero. El aparato descendió.

Cuando la puerta se abrió en la planta baja, una terrible explosión se oyó arriba. Todo el edificio tembló. Masas de piedra y cemento cayeron sobre el techo del ascensor.

Los detectives salieron del mismo y se dirigieron hacia la calle.

Habían escapado a la destrucción que les había preparado el jefe de los Siete Silenciosos. De alguna parte, en las profundidades del edificio, el asesino había hecho estallar una carga de dinamita que hizo pedazos el aposento de las juntas generales.

Si los asombrados detectives hubiesen quedado abandonados a su suerte, no habrían podido escapar antes de la explosión. Habían sido salvados por la presencia de un hombre: ¡«La Sombra»!

CAPÍTULO XXI
LA MUERTE TRIUNFA

El alto Broadway estaba alborotado. Sonaban los pitos de la policía. Las sirenas de los coches de bomberos perforaban el aire. Miles de personas habían sido sorprendidas por la explosión que había hundido el interior del viejo caserón. Se formaron cordones de policía para mantener alejada a la excitada multitud.

José Cardona trabajaba. Se había recobrado de los resplandores que temporalmente le cegaron.

El inspector Timoteo Klein, estaba en escena. Siguiendo al detective había llegado justamente después de la explosión.

-Tuviste suerte de salir, José-dijo-. De otra manera, no hubiésemos sabido nunca lo ocurrido. Dices que son siete...

-Seis - corrigió Cardona-. Ya sabe usted que tenemos uno.

-¡Uno no es bastante!

Una escalera de incendios estaba apoyada en la pared del viejo edificio. El humo salía por puertas y ventanas. Cardona, esperando el informe de sus hombres, se detuvo para observar a un bombero que subía la escala. La faena era peligrosa.

La pared estaba en peligro de derrumbarse, sin embargo, el hombre no parecía preocuparse. Llegó al extremo de la escalera y miró a las ruinas que tenía debajo, como quien mira dentro del cráter de un volcán en erupción.

Entonces miró hacia la calle. Otros bomberos le seguían. El hombre que estaba encima de la escalera, reía en voz baja mientras saltaba de la escala al parapeto. Aunque pareciera extraño, sus ojos no estaban fijos en

las ruinas del edificio que tenía debajo. Miraba hacia los techos de las manzanas próximas.

Sus camaradas llegaban. Hizo una última y cuidadosa inspección. Su vista observó una pequeña y oscura trampa o escotillón en el techo de una casa del otro extremo de la calle. Entonces su mirada siguió a lo largo de una manzana hasta un lugar de la más distante esquina.

Los bomberos enfocaban una manguera sobre el enorme brasero interior del edificio en llamas. El hombre que había hecho de vanguardia, retrocedió de pronto a la escalera y bajó a la calle. Se convirtió en uno de los muchos bomberos que trabajaban alrededor de las bombas. Luego desapareció.

Un momento más tarde, alguien tocó al detective Cardona en el hombro.

Tanto el detective como el inspector, al volverse, vieron a un bombero de uniforme. No le reconocieron como el hombre que habían visto en el extremo de la escalera.

-¿Buscan ustedes a los individuos que hicieron todo esto, ¿verdad? - preguntó el bombero.

-Sí - dijo Cardona-. ¿Qué hay de ello?

-Al otro lado de la calle - dijo el bombero, haciendo un gesto con el pulgar-. Hay una trampa en la azotea. Encima de la casa de préstamos. Me pareció que se movía. Tal vez...

-¡Reúna sus hombres! - ordenó Klein a Cardona.

Mientras el detective y el inspector se alejaban, el bombero rió suavemente en su interior. No se preocupó de su aparente deber mientras se alejaba de la multitud y desaparecía doblando la esquina.

La casa de préstamos indicada por el bombero estaba cerrada. Junto a ella había una puerta también cerrada que conducía a una escalera. Cardona ordenó a tres de sus hombres que le echaran abajo.

Policías de uniforme alejaban a los curiosos que invadían la acera, preguntándose qué podría significar aquella nueva actividad.

Los detectives derribaron la puerta. Encontraron un pasadizo junto a la escalera. Mientras Cardona ordenaba a sus hombres que permaneciesen quietos, uno de sus ayudantes se acercó a él. El hombre había recorrido una parte del pasaje.

-Parece que por aquí hay un camino hacia abajo - dijo.

-¡Un pasaje bajo la calle- exclamó Cardona-. ¡Quizá sea eso!

Miró rápidamente a su alrededor y señaló a tres detectives.

-¡Encontrad el camino de vuelta! -ordenó-. ¡Quizás algunos de ellos están atrapados! ¡Pero el resto de nosotros vamos a ir arriba!

El intrépido detective abrió la marcha.

Él y sus hombres subieron silenciosamente la escalera. Se detuvieron para escuchar después de haber ascendido tres tramos.

Cardona con su linterna apuntando al suelo, ordenó silencio. Creía haber oído un ligero ruido arriba. Se oyó el golpe producido por la trampa al dejarla caer.

-¡Adelante, muchachos! -ordenó Cardona-. ¡Tras ellos!

Los detectives volaron por el último tramo. La luz de Cardona reveló una trampa que se movía. Alguien trataba de ponerla en su sitio.

El detective no vaciló. Apuntó su automática y disparó. La trampa dejó de moverse. Levantada por dos de sus hombres, Cardona subió sostenido

Librodot

por ellos y recorrió con la vista el tejado. La agazapada forma de un hombre, estaba frente a él.

Se oyó un disparo. Una bala rozó la trampa. José Cardona descendió. Pasó la mano por la abertura y disparó en la dirección de los tiros. No hubo ninguna descarga en respuesta.

EL detective y sus hombres salieron al tejado. Agazapados en la oscuridad, miraban en todas direcciones. No vieron a nadie.

Entonces se oyó un grito en la casa del otro lado de la calle. Bomberos que estaban en el tejado del edificio que ardía, habían oído los disparos. Hacían señales. Uno de ellos apuntaba a la lejanía.

-¡Vamos!

Era una orden de Cardona. Empezó la persecución sobre los irregulares tejados dejando a uno de sus hombres para buscar la víctima que había sido muerta por los tiros a través de la trampa.

Arrastrándose por una pequeña pared entre dos edificios, Cardona divisó a su presa. Cinco hombres huían por los tejados. Dos de ellos iban apoyados en otros.

El arma de Cardona habló. Sus tiros fallaron. Los cinco hombres se dispersaron. Todos se dejaron caer sobre el techo. Parecían tratar de ponerse en seguro.

Con un grito de triunfo Cardona saltó de la pared y sus hombres le siguieron.

Entonces llegó el tiroteo de respuesta. Los miembros de los Siete Silenciosos disparaban con puntería mortal. Dos de los hombres de Cardona cayeron.

-¡Detrás de la pared! - gritó Cardona. Su grito fue tardío. Tenía con él cinco hombres, todos habían salido adelante. Dos estaban fuera de combate. Los otros disparaban con sus automáticas.

Tiros de réplica salieron del enemigo. Otro de los hombres de Cardona gimió y se desplomó. Cardona se levantó para disparar. Un tiro cruzó el tejado. El brazo de Cardona cayó herido al recibir un balazo en la muñeca.

La lucha era desfavorable a los detectives. Cardona se dio cuenta de ello.

Los desalmados supervivientes de los Siete Silenciosos estaban a punto de exterminar a los policías. No había esperanza.

Cardona vio a una figura encapuchada surgir audaz por el borde del tejado.

Sabía que era el blanco del hombre y que estaba indefenso. Sus ojos miraron fijamente. Entonces oyó un tiro de revólver.

Creyó que el hombre de la capucha había disparado. ¡Ante su asombro, el hombre se desplomó y cayó de cabeza a la calle desde el tejado del edificio!

Entonces vio Cardona quién había disparado. Otro hombre apareció por una abertura junto al lugar donde los últimos de los Siete estaban agrupados.

Como un espectro vengador, este recién llegado había disparado contra el hombre cuya pistola estaba dirigida al indefenso detective.

-¡«La Sombras! -exclamó Cardona-. ¡«La Sombra»!

Cuatro hombres encapuchados se levantaron a una. Eran los últimos de los Siete Silenciosos. Puestos de acuerdo se arrojaron contra el hombre que cerraba su camino hacia la huida.

La pistola de «La Sombra», disparó más y más. Sus enemigos cayeron todos, menos uno.

El último hombre se lanzó sobre «La Sombra». Durante un momento bracearon. Entonces Cardona vio caer a «La Sombra» en peligro, cerca del borde del tejado. Ni él ni su contrincante dispararon.

El último hombre de los Siete Silenciosos se abalanzó una vez más sobre «La Sombra» que parecía inclinarse sobre el borde. Sin esperar más, el encapuchado corrió hacia la abertura del tejado, para escapar.

En la mente de Cardona hervían deseos de venganza. Estada indefenso. Sólo podía gritar de rabia. Uno de sus detectives contestó.

El ruido de disparos se oyó cerca de Cardona. Creyó ver a la encapuchada figura vacilar y deslizarse por la abertura del tejado.

Cardona se levantó. Dando al olvido su propia herida, corrió hacia el lugar donde había visto a «La Sombras por última vez. Había una pared que caía vertical a la calle. Estaba cubierta de ventanas. No había señal de «La Sombra».

Una limousine cruzó la calle y viró en la esquina. Cardona se dio cuenta de que llevaba al hombre que huía para ponerse en seguridad; ¡y aquel hombre era nada menos que un fuerte luchador que había vencido a «La Sombra»!

Su conjetura era correcta. En la limousine que iba a gran velocidad hacia el Broadway, un hombre de rostro grave estaba sentado murmurando en la negrura del asiento posterior. Se había quitado la túnica.

Cada luz de las calles que pasaban, revelaba las facciones de un hombre de mediana edad cuyo rostro ostentaba una larga y estrecha cicatriz.

Una voz habló en la oscuridad. Sus tonos eran los de un murmullo bajo y misterioso, que fue oído sólo por el hombre que iba detrás. El cochero no pudo oír nada. La ventana de cristal que les separaba de la parte posterior, impedía el paso a todo sonido.

El hombre de la cicatriz en la cara se volvió asombrado para ver a un desconocido cuya capa negra y sombrero de ala ancha le hacían casi invisible.

-Bien - dijo la voz-. Tengo el placer de estar con el profesor Marvin Jokes Sogim, creo, usted es el jefe de los Siete.

El hombre de rostro duro contrajo los labios.

-Un hombre de alta categoría para el público-dijo irónicamente la siniestra voz-. Pero un criminal de corazón. ¡El jefe de una banda de criminales!

No recibió respuesta.

-Los Siete Silenciosos - repitió la voz silbando las eses-. Cada miembro conservaba un recuerdo de su deber. Como los dados de Marchand. Siempre el número siete. Eran siete. Ahora sólo es uno ¡el último de los Siete!

-¿Quién eres? - preguntó el hombre de la cicatriz.

-Me llaman «La Sombra» - fue la respuesta-. Creías que ya no existía después de nuestra lucha en el tejado. Pero estoy acostumbrado a las paredes, profesor. Cuando las bajo, no caigo. Me dejaste demasiado pronto. Bajé y encontré tu coche esperándote.

-¿Qué quieres de mí?

Librodot

-Ya sabes mis deseos. - La voz de «La Sombra» era significativa-. Has capturado a uno de mis hombres. Está en peligro. Sólo tú sabes dónde está. Te ofrezco tu vida a cambio de la suya. ¡Dime dónde está!

El jefe de los Siete no replicó. Miraba hacia adelante como si no oyese las palabras de «La Sombra».

-¿Me contestarás? - dijo la voz murmurante.

-Sí-dijo Jokes lentamente-. Ésta es mi respuesta.

Su mano se había metido en una bolsa de la portezuela del coche. Dio un giro violento y apuntó una pistola automática contra «La Sombra».

Pero Jokes no había contado con la vigilancia del extraño hombre vestido de negro. Una garra de hierro le cogió la muñeca. A pesar de sus esfuerzos, Jokes no pudo avanzar los pocos centímetros que eran necesarios para disparar contra «La Sombra».

Los hombres se enzarzaron en una lucha feroz. Jokes estaba decidido a matar a su enemigo, el único hombre que había logrado desbaratar las maquinaciones de los Siete Silenciosos. Con un esquince rápido se libró.

Antes de que pudiese poner el arma en juego, una súbita expresión de angustia apareció en su rostro.

Se dejó caer en el rincón del coche. Se llevó la mano al costado.

Los primeros tiros disparados por los hombres de paisano de Cardona, no habían sido en vano. Las heridas que Jokes recibió, habían firmado su sentencia aunque al principio, casi no las había notado.

Su deseo de matar a « La Sombra» le había sostenido a pesar de lo grave de su estado. Pero ahora su fuerza le abandonaba. «La Sombra» le quitó el arma de la mano y con ella le apuntó entre los ojos.

-¡Contéstame! - siseó «La Sombra»-. ¡Contéstame!

Una sonrisa infernal apareció en el rostro del profesor Jokes. Incluso en su último momento, el maquiavélico jefe de los Siete Silenciosos disfrutaba con el triunfo de sus crímenes.

No temía a «La Sombra». Un nuevo enemigo se apoderaba de él, y este enemigo era la muerte. Su cabeza cayó hacia atrás. Un gemido silbante salió de su boca. Las manos le cayeron a los lados.

«La Sombra» se inclinó sobre el jefe de los Siete Silenciosos.

Puso su mano sobre la frente del hombre. El coche se detuvo ante una señal de tráfico.

«La Sombra» abrió la portezuela y se deslizó silencioso hacia la acera. La limousine siguió adelante, transportando el cuerpo muerto del Profesor Jokes y ¡la esperanza de «La Sombra» de rescatar a Harry Vincent!

CAPÍTULO XXII
EL PODER DE LOS SIETE

Clyde Burke se pasó la mano por los ojos y miró a su alrededor. Estaba vestido y sentado en un sillón inclinado. Su cabeza ya no zumbaba; las imágenes de los objetos que le rodeaban eran claras y bien definidas.

Empezó a recordar los acontecimientos por que había pasado. Recordó diversos despertares y claramente, la última visita del médico.

El médico había dicho que ya estaba bien, pero insistía en que debía descansar un poco más. Clyde se había vestido y le habían colocado en el

sillón. Algunos pensamientos dispersos le habían preocupado, pero obedeció las órdenes del doctor, olvidando sus preocupaciones.

Su mente revertió al encuentro frente a la casa de Paget. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Un día? ¿Una semana? El tiempo le parecía una cosa vaga.

De pronto un pensamiento aterrorizador dominó al joven. ¿Qué le habría ocurrido a Harry Vincent? Clyde cerró los ojos y se imaginó la entrada de un almacén en la calle Sesenta y Nueve. En aquel lugar Harry había desaparecido y Clyde Burke, no se había dado cuenta de ello.

La buena fortuna le facilitó su deseo de cumplir con su deber. Clyde estaba solo en una sala. Recordó haber andado hasta allí desde el cuarto apoyado en una enfermera. Se levantó vacilante y entró en el pasillo.

No había nadie a la vista. Siguió adelante y pasó entre una mesa donde una enfermera escribía un informe. Se las arregló para pasar sin la atención.

La abrió y se encontró en un corto pasillo de la planta baja. Había una puerta abierta que conducía a la salida de ambulancias.

Sin vacilar un momento, Clyde salió del hospital.

Estaba débil cuando alcanzó un taxi. Entró y dio una dirección al chófer.

Cerró los ojos y descansó.

Después de interminables momentos el coche se detuvo. Clyde entró en el vestíbulo de un hotel anticuado, y se dirigió a una cabina telefónica que estaba prácticamente invisible en un retirado rincón.

Metió un níquel en la ranura y marcó un número. Cuando oyó sonar el timbre en el otro extremo, colgó el receptor. Su níquel salió por la ranura de moneda devuelta.

Lo usó de nuevo y llamó al mismo número. Después de algunas llamadas del timbre, colgó otra vez y volvió a recoger la moneda. Entonces esperó.

En el bar de la Gran Estación Central, el silencioso dependiente había observado la llamada del timbre en la cabina que tenía enfrente. Oyó su rápida terminación y siguió sirviendo a un cliente, mientras esperaba otra llamada.

Luego abandonó el mostrador y entró en la trastienda. Marcó un número en el teléfono.

La voz cansada de Clyde Burke contestó a la llamada.

-Burbank - dijo el dependiente.

-Burke -fue la respuesta.

-Informe. ¿Dónde está usted?

La voz de Burke fue ininteligible por un momento. Después se volvió de pronto coherente. Explicó la historia de la persecución de Rodney Paget por Vincent.

-¿Está herido? - preguntó Burbank secamente.

-Acabo de salir del hospital y no lo saben - fue la contestación de Burke.

-¿Puede ir al Hotel Metrolite?

-Sí. Me siento mejor ahora.

-Vaya allí entonces. Suba al cuarto de usted y espere.

Burbank colgó el aparato. Marcó otro número. No hubo respuesta. Regresó al mostrador y volvió unos minutos más tarde. Marcó de nuevo. Esta vez le contestaron.

-Burbank - dijo.

-Informa -dijo la voz.

Burbank se aseguró de que no había nadie cerca. Entonces dio la información que había recibido de Clyde Burke. La extractó en pormenores concisos.

-Bien-contestó la voz-. Estate preparado.

EL receptor quedó colgado en el otro extremo.

Veinte minutos más tarde un coche se detenía en la esquina de la calle Sesenta y Nueve y la Novena Avenida. El pasajero pagó al chófer antes de bajar.

Alejándose del coche corrió hacia el Este. Cruzó la calle y se detuvo en la sombra del almacén.

Se oscureció de una manera extraña al acercarse a la entrada. Parecía evitar cualquier otro vigilante.

La ventana que estaba al otro lado de la calle estaba abierta. EL hombre de guardia vigilaba. Levantó el arma al ver una sombra aparecer en el pavimento a la luz de la entrada del almacén.

Bajó el arma cuando vio que había sido engañado por una simple sombra que desapareció tan pronto como había aparecido.

Un hombre estaba en el pasaje, andando silenciosamente hacia la vuelta. Era la «Sombra» que buscaba el camino en la oscuridad.

La «Sombra» llegó al piso de madera. Se detuvo en seco cuando su pie encontró los tablones. Tocó la madera con el tacón de su zapato. Parecía preguntarse por qué se habían puesto escalones de madera en un pasaje con piso de cemento.

Subió, escalón por escalón. Al llegar arriba se hundió y se agarró a uno de los escalones mientras desplazaba su peso hacia el rellano. Las maderas se combaron. La «Sombra» rió suavemente.

Dejó la trampa abierta y puso en juego su linterna. Reveló el espacio en el que Harry Vincent había caído, dos noches antes.

La «Sombra» se deslizó dentro del pozo y tocó tierra con la habilidad de un gato. Volvió su linterna hacia arriba para ver la trampa que se cerraba sobre él.

Apagó la luz y quedó en la oscuridad en acecho. Esperaba un ataque y no quedó defraudado. Una puerta se abrió y dos hombres entraron.

Creían encontrar una víctima medio atontada. En su lugar hallaron un poderoso luchador que salió de la oscuridad.

Uno de los dos gimió al recibir el culatazo de una pistola automática. El otro midió el suelo tras un directo contundente. La «Sombra» reía mientras encendía su luz y observaba a los hombres que había vencido.

Sacó un par de esposas del bolsillo y se las colocó al hombre que yacía sin sentido bajo los efectos del culatazo. El otro estaba atontado, pero no inconsciente. La «Sombra» le tocó con la pistola.

El individuo abrió los ojos y levantó los brazos al ver la automática.

-¡Arriba! - ordenó La «Sombra»-. Enséñame el camino. Llévame a donde pusisteis al hombre que cayó aquí hace dos noches.

El hombre obedeció. Fue delante y abrió una puerta escondida con arte. Se vio un oscuro pasadizo.

Con la automática de La «Sombra», recordándole su indefensión, el prisionero obedecía sombrío. Sabía que su captor no sufriría ningún engaño.

Siguió varios pasadizos subiendo escalones, hasta que, por un ventilador, llegaron a un ascensor.

El hombre entró y La «Sombra» fue detrás. Subieron, iluminando el interior la lámpara de La «Sombra». El ascensor se detuvo. El hombre entró en un cuarto pequeño y cerrado que no tenía salida.

-¡Adelante! -ordenó La «Sombra».

-Esto es el final - contestó el prisionero.

-¿El final?

-Que yo sepa. Aquí nos lo dejamos. No sé lo que le ocurrió después.

-¡Vuélvete! -La «Sombra» proyectó la luz de su linterna en el rostro del hombre. Vio que el individuo decía verdad.

-¿Sube más arriba el ascensor? -preguntó La «Sombra».

-Este es el último piso - fue la respuesta.

La «Sombra» salió del ascensor y enfocó la luz hacia arriba. Ni por un instante bajó el arma que apuntaba al otro. Sin embargo, en la breve inspección, vio un espacio encima del ascensor.

-¡Entra! - ordenó La «Sombra».

Mientras su víctima se acurrucaba en un rincón, el hombre de la capa negra deslizó sus manos por el interior del ascensor.

Encontró una moldura ornamental. Sus ágiles dedos descubrieron un botón escondido. Lo apretó. El ascensor siguió hacia arriba.

Se detuvo en otro pequeño compartimiento. La «Sombra» empujó afuera a su prisionero. Esta habitación tenía una puerta de acero en el extremo opuesto. La «Sombra» buscó a su alrededor y encontró un botón que movía la superficie de la puerta de acero hacia un lado.

Quedó a la vista una cerradura. La «Sombra» sacó un instrumento de acero.

En menos de un minuto saltó la cerradura. La puerta se deslizó escondiéndose en la pared.

La luz de La «Sombra» reveló el cuartel general desde donde el jefe de los Siete Silenciosos dictaba sus órdenes.

EL aspecto del misterioso aposento hubiera intrigado a cualquier otro. La «Sombra», sin embargo, no perdió el tiempo en inspeccionarlo. Encontró la luz en un rincón y la encendió.

Notó una depresión en la pared y vio que había una puerta cubierta de agujeritos. La «Sombra» los probó con su ganzúa. Tocó un muelle y abrió la puerta. Era un armario vacío.

-¡Adentro! -ordenó La «Sombras. Empujó a su prisionero hasta el fondo del armario y cerró la puerta tras él. Luego miró a su alrededor.

No había ninguna otra entrada. La «Sombra» tanteó las paredes. Notó que en algunos sitios sonaba hueco. Cuando llegó a un lugar en que el sonido acusaba pared maciza sonrió.

Comprendía la ingenuidad del maestro de los Siete Silenciosos. La abertura que sospechaba estaría probablemente dentro de la pared sólida.

La «Sombra» se acercó con decisión repentina. Hasta ahora había procedido sin hacer ruido. Se detuvo a escuchar. Oyó el débil zumbido de algún mecanismo situado en la parte baja de la habitación.

Metiendo la automática debajo de la capa, la «Sombra» empezó a actuar con gran rapidez, como dándose cuenta de que el tiempo era precioso. Sus dedos sensibles recorrieron la pared.

Una vez y otra cubrió milímetro por milímetro, hasta que finalmente un muelle invisible cedió. Una sólida hoja de metal ascendió. Dejó ver una escalera de caracol.

El zumbido se oyó más próximo.

La «Sombra» descendió. Al final encontró otra barrera. Esta vez sus dedos estaban más familiarizados con el truco. Encontró el muelle y otra hoja de metal se hundió en la pared. La «Sombra» se detuvo de pronto.

Se dio cuenta, ahora de que su indumentaria estaba fuera de lugar.

Aquello era indiscutiblemente una guarida del maestro de los Siete Silenciosos. «La Sombra» había esperado encontrar el lugar completamente vacío. Si hubiese sospechado hallar allí a alguien se hubiese puesto una túnica con capucha en vez de la capa y el sombrero negro que llevaba.

Pues, exactamente delante de él, con manos alerta y mirando de soslayo con ferocidad, se hallaba un hombre gigantesco.

Tan próximo estaba el monstruo que La «Sombra» quedó prácticamente en su poder. El hombre de la capa negra parecía un pigmeo al lado de aquella enorme mole.

Si la luz del pasaje hubiese sido más brillante y el entendimiento de Bron más agudo, la empresa de La «Sombra» hubiese tenido mal fin. Pero en el umbral, con la oscuridad, el sombrero y la capa de «La Sombra», tenían cierta semejanza con la túnica y la capucha del maestro de los Siete Silenciosos. El parecido fue bastante para hacer dudar a Bron.

El gigante vaciló un momento, mientras sus manos se aproximaban a la garganta de La «Sombra» y su mirada se volvió hacia abajo. La «Sombra» adivinó su pensamiento.

Su mano izquierda salió de su ropaje y Bron observó la sortija del escarabajo que llevaba. El gigantesco hombre retrocedió un paso e inclinó la cabeza.

-El signo -dijo.

La «Sombra» habían aprendido de memoria las instrucciones que leyera en la confesión de Henry Marchand. Sabía que aquel hombrón debía ser un miembro de los Cincuenta Fieles. No sabía qué método usaría el Número Uno para hablarse; pero supuso que la contraseña usual sería la empleada.

-Fieles - dijo.

Su mano empuñó la automática mientras hablaba y no fue demasiado pronto. En cuanto el gigante oyó la palabra se lanzó sobre él.

El brazo de Bien dio en la muñeca de La «Sombra» cuando éste tenía el dedo en el gatillo e iba a disparar. Por una vez, el dedo de La «Sombra» resbaló y el arma casi cayó de su mano.

Recuperándola, volvió el arma a la derecha y su pesado cañón dio en la mandíbula del gigante.

El golpe no detuvo a Bron, pero atrajo su atención. Con un zarpazo súbito de su garra, arrebató la pistola de la mano de La «Sombra» y la arrojó a lo largo del pasaje. Cogió a La «Sombra» por el brazo y trató de lanzarlo contra la pared de piedra del corredor.

Entonces empezó una tremenda lucha. La «Sombra» con todo su sorprendente poder, no era contrincante para el gigante. Conseguía solo impedir que su antagonista lo estrellase contra la pared.

Trató de librarse de la garra del hombrón y en el esfuerzo fue lanzado al otro extremo del pasillo.

Bron había cogido a La «Sombra» por los brazos y se los iba a unir a la espalda. Las manos de La «Sombra» estaban libres pero indefensas. Mientras Bron las doblaba hacia la pared, encontraron un interruptor eléctrico.

Un brillo de rápida comprensión apareció en los ojos que miraban por debajo del sombrero de ala ancha. Con su mano derecha, La «Sombra» desconectó el interruptor.

El sonido sordo de la maquinaria terminó entonces. La ferocidad de Bron quedó desviada de pronto por lo ocurrido. Abandonó la presa que hiciera con su garra sobre el brazo derecho de La «Sombra» y se lanzó al interruptor. Al mismo tiempo demostró su fuerza extraordinaria al usar su brazo derecho para mandar de un empujón a La «Sombra» al otro extremo del pasaje.

El sombrero de La «Sombra» protegió su cabeza del golpe contra la pared.

En aquel momento de semiderrota, su brazo debilitado, se alargó y su mano dio contra la pata del taburete que solía ser el lugar de descanso de Bron.

La «Sombra» había caído sobre una rodilla. Se levantó del suelo, disparando un poderoso golpe. Bron, volviéndose para acabar con su enemigo, le vio venir pero demasiado tarde.

El taburete era un arma terrible. Apartó a un lado el brazo levantado del gigante. Las patas del mueble se rompieron en pedazos al dar contra la cabeza del monstruo. El formidable enemigo de La «Sombra» perdió el conocimiento, convirtiéndose en una enorme masa yacente.

La «Sombra» estaba débil y sin aliento. Entonces se dio cuenta de que el zumbido de la maquinaria había empezado de nuevo, cuando Bron volvió a dar la corriente.

Además de aquel sonido oyó otro. Un débil golpeteo al final del corredor.

Desconectó el interruptor. Fue a la puerta y encontró el escondido resorte.

La puerta se levantó y dejó ver lo más sorprendente.

Harry Vincent estaba tirado en el suelo, y en nivel inferior al de la puerta. Sus manos salían por una abertura de un palmo escaso. Sobre él había una larga y negra plataforma, como el piso de un montacargas. De debajo venía una misteriosa luz, ¡la última iluminación facilitada por el cuadro del extremo opuesto del corredor de la muerte!

La «Sombra» cogió de las manos a Harry y tiró de él por la estrecha abertura. Pasaba a duras penas. Por un momento pareció que el cuerpo del hombre no tenía sitio para salir. Por fin quedó libre.

Permaneció inmóvil sobre el suelo del pasaje debilitado por el suplicio que había sufrido.

-¿Estaba solo? - preguntó con voz murmurante La «Sombra».

Harry asintió sin fuerzas. La «Sombra» dejó caer la puerta y apretó el conmutador para completar el descenso de la plataforma.

Mientras el mecanismo zumbaba miró a Bron. Los ojos del gigante estaban vidriosos. El poderoso golpe de La «Sombra» le había matado.

El hombre de la capa negra volvió silenciosamente hacia la puerta lateral del pasillo. Allí, otra vez, los dedos buscaron el muelle secreto. La puerta se levantó. Un cuarto iluminado apareció.

Un hombre estaba sentado en una silla con la cabeza apoyada en el brazo.

¡Era Wilbur Blake, pálido y sin afeitar!

Con la ayuda de Blake, La «Sombra» condujo a Vincent a la escalera de caracol. Soltó al hombre que tenía encerrado y le hizo conducir a la partida fuera del edificio. Hicieron su salida cerca del ventilador por el que habían pasado.

La jefatura recibió otra misteriosa llamada telefónica aquella noche. De ella resultó el envío de una patrulla a la Décima Avenida.

La policía encontró a un hombre atado y amordazado en un ventilador cerca de un almacén. También encontraron a otro hombre en un pozo bajo una ingeniosa trampa.

Investigaron un laberinto de pasajes bajo el almacén. Haciendo una ronda por la vecindad, capturaron a un sospechoso y descubrieron una habitación en la casa de enfrente que comunicaba con la entrada lateral del edificio.

Un hombre había huido del cuarto justamente antes de su llegada. Había dejado tras él una automática provista de un silenciador.

Pero no penetraron en el santuario que había pertenecido en un tiempo al comendador de la orden de los Siete Silenciosos.

Ni alcanzaron el corredor inferior, donde el cuerpo de un gigante yacía al final del pasaje. El puesto de centinela de Bron, se había convertido en su tumba.

CAPÍTULO XXIII
EL REGRESO

El fin de los Siete Silenciosos era una tremenda información periodística.

Para el detective José Cardona fue la gloria por el exterminio de la más sorprendente banda de criminales que había conocido Nueva York.

Rodney Paget no pudo estar presente por enfermo a la prueba testifical, después de confesar los asesinatos de Henry Marchand y del doctor George Lukens.

Las identidades de los muertos miembros de los Siete Silenciosos, crearon una tremenda sensación.

Uno era un notable abogado; otro un conocido político. Dos eran figuras del inframundo reputados jefes de banda, que constantemente habían eludido la ley. Otro era un importante banquero.

Pero el descubrimiento del cadáver del profesor Jokes, abandonado en su coche, en las afueras de la ciudad, constituyó la mayor sorpresa.

Había sido un sabio notable. ¡Ahora demostraba ser la mente directriz de una poderosa organización, cuya existencia apenas había sospechado la policía! Los detectives iban cazando a los miembros de los Cincuenta Fieles.

Cada hora traía nuevas detenciones. Los Siete Silenciosos habían sido relacionados con media docena de crímenes impunes.

Los investigadores trabajaban sin descanso, para encontrar la pista de la azarosa carrera de la banda, que durante años había trabajado en

silencio, cometiendo sus crímenes a intervalos y sin dejar nunca un indicio tangible.

Fue durante el sosiego que siguió a los primeros febriles esfuerzos de la policía, cuando el inspector Klein y el detective José Cardona llegaron a casa de Wilbur Blake.

Se sentaron en el salón de la gran residencia del millonario. El inspector miraba con aprobación al detective. El rostro de Cardona llevaba señales de tremenda tensión. Sus brazos estaban inmóviles y uno de ellos en cabestrillo.

-¡Gran trabajo, José! -dijo Klein-. ¡Gran trabajo!

-Estamos relacionando a los Siete con el asalto al Banco Bradstreet-dijo Cardona, cansado-. Sus cincuenta hombres trabajaron aquella vez. Mataron a dos vigilantes del Banco...

El inspector asintió. Entonces movió la mano.

-¿Pero qué hay de lo de aquí, José? – preguntó-. Como figuran los Siete en esto. ¿Quién mató a Blake? ¿Has interrogado a Paget?

-Sí. Pero no puede contestar. Se quedó anonadado cuando le encontré aquel papel que llevaba encima.

«Era la confesión de Marchand, ¿comprende? Contaba todo lo relativo a los Siete Silenciosos. Paget balbuceó después de verlo. Nos contó que había visto a Marchand abrir el cajón secreto y cómo había robado la confesión.

«Mató a Marchand y asesinó a Lukens, para obtener la sortija que el doctor llevaba. Para cometer el crimen empleó una pistola con silenciador. La tiró al río, desde un puente, mientras iba en coche con un amigo borracho.

-No puedo figurarme por qué fue muerto Blake-dijo Klein, despacio-. Parece desde luego que lo hicieron los Siete. Estaban a punto de llevar a cabo un negocio, eso es todo lo que sabemos. Algún extraño se mezcló en el asunto. Si supiésemos el motivo que...

-Ya lo averiguaremos.

-¿Por quién? El único que podía decírnoslo, hubiese sido el mismo Blake.

El inspector se detuvo. Miró a Herbert. El criado miraba a la puerta como hombre que ha visto un fantasma.

Allí en el umbral estaba Wilbur Blake. Sus labios esbozaban una débil sonrisa.

Cardona dio un suspiro. ¿Había Blake sido vuelto a la vida por aquel hombre sorprendente, llamado La «Sombra»?

-Ustedes creían que estaba muerto-dijo Wilbur Blake.

-¡En efecto! -exclamó el inspector Klein.

-¡Yo lo vi muerto! - gritó Cardona-. Muerto en la habitación de al lado, muerto en el depósito de cadáveres...

-Era otro hombre -explicó Blake.

-¡Otro hombre! - exclamó Cardona.

-Sí - dijo el millonario con calma-. Yo estaba simplemente secuestrado. Fui raptado por orden de los Siete Silenciosos. Me conservaron vivo, porque creyeron que podrían necesitarme más tarde. Fui rescatado anoche.

-¿Por quién?

-Por un hombre que llevaba una capa negra. No vi su cara porque se la tapaba el ala del sombrero. Me llevó a un hotel y por el camino me contó lo sucedido. Entonces desapareció.

Librodot

-¡La «Sombra»! - murmuró Cardona.

-Después de mi secuestro-explicó Blake-, pusieron a otro hombre aquí en mi lugar. Su nombre era Dodge. El individuo a quien ustedes llaman La «Sombra» sabe quién era. Dice que si buscan ustedes sus huellas dactilares en el archivo, encontrarán que cumplió condena en Sing-Sing.

«Mi amigo - las palabras eran sarcásticas - mi amigo Paget encontró a ese individuo llamado Dodge. Los Siete Silenciosos lo pusieron aquí para apoderarse de mis bienes. La «Sombra» se presentó en esta casa a desenmascararlo. ¡En la lucha, Dodge fue muerto!

-Esto libra a Otto-dijo Cardona-. Dodge estaba cometiendo un crimen cuando tomó su personalidad. No nos costará mucho trabajo reconstruir su carrera criminal. Tendrá usted su chófer de regreso en seguida, míster Blake.

Alguien llamó a la puerta. Herbert dejó entrar a Clyde Burke. El ex repórter sonrió a Cardona.

-¡Buen asunto, José! – dijo-. Me acabo de colocar en el Evening Classic. Quiero empezar con este reportaje. Me han dicho que Wilbur Blake no había muerto.

El reportaje de Burke, acerca del regreso de Wilbur, fue una obra maestra de literatura periodística. La cabecera «De regreso de la muerte», apareció bajo la foto del millonario.

Era un remate sensacional a la historia de los Siete Silenciosos. Siguiéndola, venía la identificación del muerto, Dodge, y después la confesión de Rodney Paget como asesino.

Pero nunca se dijo nada del horroroso tormento sufrido por Harry Vincent.

Ni se hizo ninguna mención del papel que Burke había desempeñado.

La identidad del hombre que visitó a Dodge y que más tarde escapó del coche volcado, seguía siendo un misterio. La batalla entre el hombre de la capa negra y el gigante, Bron no fue recogida por la Prensa.

¡Estos hechos quedaron escritos sólo en los anales privados de La «Sombra»!

FIN